

Universidad Autónoma de Querétaro
Facultad de Psicología
División de Estudios de Posgrado

"La Ambivalencia en Psicoanálisis Freudiano"

TESIS

Que como parte de los requisitos para obtener el grado de

MAESTRÍA EN PSICOLOGÍA CLÍNICA

Presenta

ROSA MARÍA ARMENDÁRIZ GARCÍA

Santiago de Querétaro, Noviembre 2009.



Universidad Autónoma de Querétaro
Facultad de Psicología
Maestría en Psicología Clínica

"La Ambivalencia en Psicoanálisis Freudiano"

TESIS

Que como parte de los requisitos para obtener el grado de
MAESTRÍA EN PSICOLOGÍA CLÍNICA

Presenta
ROSA MARÍA ARMENDÁRIZ GARCÍA

Dirigido por
MTRA. LUCÍA CUÉLLAR TORRES

SINODALES

Mtra. Lucía Cuéllar Torres
Presidente



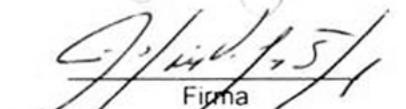
Firma

Mtra. María Eugenia Venegas Fernández
Secretario



Firma

Mtro. Andrés Velázquez Ortega
Vocal



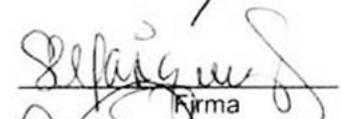
Firma

Mtra. Betzaved Palacios Gutiérrez
Suplente



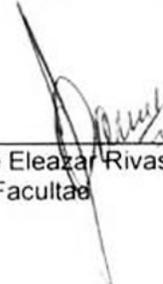
Firma

Mtra. Susana Rodríguez Márquez
Suplente

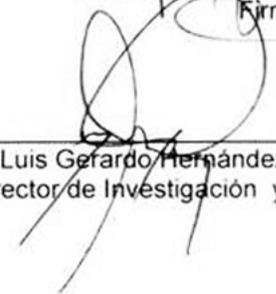


Firma

M. D. H. Jaime Eleazar Rivas Medina
Director de la Facultad



Dr. Luis Gerardo Hernández Sandoval
Director de Investigación y Posgrado



Centro Universitario
Querétaro, Qro.
Noviembre de 2009
México

Resumen

El incesante encuentro y desencuentro del sujeto con sus objetos suelen ser vividos en una sucesión de condiciones tan diversas que es imposible definir las dentro de un marco que de alguna forma pudiera atribuírsele a un determinismo donde se ignorara la presencia del resto de las representaciones y sus correspondientes quantum de afecto; Desde esta perspectiva, resultaba por demás ilustrativo el estudio de un caso tan paradigmático como lo es el de Ernst Wagner, en donde localicé un especial acento en la vivencia de formas opuestas de sentir, creer y responder a las representaciones de su propia persona como de los demás y de su ambiente, y que me pareció precisamente que era su resistencia a aceptar su constitución ambivalente lo que desencadenó su actuar. Estudiar desde el psicoanálisis freudiano la variabilidad de los encuentros sujeto-objeto, en la que incluso se localizan formas opuestas de ir estableciendo el lazo entre estos, fue el propósito fundamental del presente trabajo de tesis, de forma que localizar las construcciones teóricas elaboradas por Sigmund Freud en relación a la ambivalencia me interesaba particularmente ya que consideraba que en éste fenómeno se daban formas de encuentro tan diversas que se oponen entre sí. Hube así de investigar el recorrido histórico de Freud respecto tres conceptos básicos: El Sujeto, El Objeto y La Ambivalencia. El hallazgo principal fue que si bien Freud partía de la idea bleuleriana de ambivalencia, el desarrollo que él continuó de este término daba cuenta de algo diferente, mucho más complejo: Señalaba la subjetividad, mucho más allá de la tendencia de la psique a otorgar al mismo tiempo un índice positivo y otro negativo, indicando no una condición dual, sino de constitución múltiple, complejidad que daba muestras desde los tiempos más tempranos del desarrollo psicológico y se hacía evidente a cada paso del sujeto; En resumen, cuando Freud hacía mención de la ambivalencia, en realidad se remitía a procesos más amplios y complejos que no se acotaban en la oposición activo-pasivo, amor-odio...

(Palabras clave: Wagner, sujeto, objeto, ambivalencia)

Summary

The subject's ceaseless experience of successful and unsuccessful encounters with its objects are usually experienced as a sequence of conditions of such diversity that it is impossible to define them within a frame of reference that could be attributed to some kind of determinism where the presence of the rest of the representations and their corresponding affection quantum are ignored. From this perspective, it was very illustrative to study such a paradigmatic case as the one of Ernst Wagner; where I found a special stress on the experience of opposite ways of feeling, believing and responding to the representations of his own person, of others and of his environment because it seems to me that his resistance to accept his ambivalent constitution triggered his action. The fundamental purpose of this thesis was to study the variability of the successful and unsuccessful encounters subject-object (where we can even find opposed forms to establish the link between the two of them) from the point of view of Freudian psychoanalysis. I was particularly interested in finding the theoretical constructions developed by Sigmund Freud regarding ambivalence because I believed that in this phenomenon occurred such a great diversity of encounter forms that they opposed each other. Therefore, I had to research Freud's historic journey regarding three basic concepts: Subject, Object and Ambivalence. The main discovery was that even though Freud's starting point was the bleulerian concept of ambivalence, his subsequent development of this concept was something different and even more complex: the subjectivity that goes beyond the psyche's tendency to give a positive and negative rating at the same time, pointing out a multiple constitution condition, not a dual one. This complexity gave signs from the early stages of psychological development and became more evident with each step of the subject. So in summary, when Freud talked about ambivalence, he was really talking about broader and more complex processes that were not enclosed in the active-passive, love-hate oppositions.

(Key words: Wagner, Subject, Object, Ambivalence)

**A quien me enseñó que aprender
es disponer los sentidos al mundo,
dándose a los sentimientos.**

AGRADECIMIENTOS

De manera muy particular deseo agradecer a todo y cada sujeto que compartió conmigo la emocionante experiencia de cursar el grado, desde dentro y desde fuera de las aulas, y se mostró entusiasta de acompañarme, caminando juntos en los tiempos en que se concretó la realización del presente trabajo de tesis, que como la mayoría de este tipo de tareas, no escasa de vicisitudes; A cada uno de ellos, mi más profunda gratitud por haberme echo objeto de su apoyo, colaboración, ánimo y sobre todo, afecto; de forma distintiva quiero dar gracias a mis asesores de tesis quienes tubieron la disposición de dirigir este trabajo de investigación, Mtra. Lucía Cuellar Torres y Mtro. Andrés Velázquez Ortega.

CONTENIDO

Resumen		i
Summary		ii
Dedicatoria		iii
Agradecimientos		iv
I	INTRODUCCIÓN	1
II	REVISIÓN DE LITERATURA	
	Capítulo 1	5
	Ernst Wagner, un sujeto ambivalente	
	1.1 Biografía	6
	1.2 Alemania: Su lenguaje y sus dialectos	9
	1.3 Su nombre: Ernst Wagner, el serio bufón	11
	1.4 Su familia, suaba; Su pueblo, suabo: apellido e identidad regional	13
	1.5 La exclusión: Un deseo y un temor	14
	1.6 El bilingüismo de Wagner	15
	1.7 Amor y odio	17
	1.8 Lo que no tenía cabida: Las debilidades humanas	18
	1.9 Sanear=Depurar	21
	1.10 Natura y contranatura	22
	1.11 La Confesión de Wagner: “Soy sodomita”	22
	1.12 Reconocimiento: “¿Acaso no tiene cada uno el derecho a ser considerado en todas sus facetas?”	24
	1.13 Antes y después del pasaje al acto criminal	25
	1.14 Reflexiones	26
III	Capítulo 2	29
	Nociones freudianas de “objeto” y “sujeto”	
	2.1 Primer acercamiento a la concepción de sujeto y objeto: Un punto de vista positivo	29
	2.2 Manuscrito G: Noción freudiana inicial del impacto en el sujeto del objeto sexual	31
	2.3 Proyecto de psicología: El sujeto dependiente, su objeto de la vivencia de satisfacción y de la vivencia de dolor	32

2.4	La Carta 52: El sujeto de la condición mnémica excluyente de la percepción; La temporalidad del objeto que se extiende más allá de sus límites fácticos hacia una atemporalidad	35
2.5	Estudios sobre la histeria: Sujeto sintomático y objeto provocador del síntoma	36
2.6	Sobre el mecanismo de la desmemoria: Objeto psíquico genuino	37
2.7	La interpretación de los sueños: Desde una concepción filosófica positiva de sujeto-objeto, a la idea de sujeto-deseante/objeto-del-deseo	38
2.8	Tres ensayos de teoría sexual: La historicidad sexualizada del sujeto y el objeto, el gradual sujeto pulsional y el contingente objeto de la pulsión	39
2.9	Puntualizaciones psicoanalíticas sobre un caso de paranoia descrito autobiográficamente: Objeto persecutor – sujeto perseguido	53
2.10	Tótem y tabú: La ambivalencia del objeto sometedor y del sujeto sometido	54
2.11	Introducción del narcisismo: La inevitable fusión entre el objeto huidizo que construye al sujeto y el sujeto autoerótico que es objeto de sí mismo	57
2.12	Pulsiones y destinos de pulsión: El objeto como parte del concepto “pulsión” – El objeto variable y el sujeto de las pulsiones	61
2.13	La represión: El sujeto dividido y el objeto de la represión	65
2.14	Lo inconsciente: Las investiduras del objeto denegado e investido y el sujeto neurótico	66
2.15	Duelo y melancolía. La imperiosa presencia del objeto ausente; El sujeto en dolor por la pérdida del objeto	67
2.16	Más allá del principio del placer: El objeto del miedo y de la angustia; el sujeto compulsivo	69
2.17	Psicología de las masas y análisis del yo: El Yo como objeto del ideal del yo.	70
2.18	El yo y el ello: El yo, producto de los sedimentos de la historia personal	71
2.19	La negación: Unas notas sobre lo subjetivo y lo objetivo	74
2.20	Inhibición, síntoma y angustia: Dinámica del sujeto en falta y el objeto ausente	75
2.21	Sujeto y Objeto freudianos	77
Capítulo 3		
“Ambivalencia” en la Obra de Freud		81

3.1	Construcción bleuleriana del término ambivalencia	81
3.2	Estudios sobre la histeria: La conexión disociada entre el suceso traumático y el afecto	83
3.4	Interpretación de los sueños: La desmentida de los afectos intensos y contradictorios del soñante, “figuración onírica de su ambivalencia”	85
3.4	Tres ensayos de teoría sexual: La ambivalencia como carácter de la organización libidinal sádico-anal	86
3.5	Sobre la dinámica de la transferencia: Ambivalencia “normal” y ambivalencia “enferma”	90
3.5.1	Ambivalencia normal y psiconeurótica, cuestión de grados.	90
3.5.2	La ambivalencia y la vida pulsional	91
3.6	Tótem y Tabú: Ambivalencia de las mociones de sentimiento	92
3.6.1	La obsesión y el tabú: Lo pulsional y la ambivalencia entre el placer y la prohibición	92
3.6.2	La Ley, caldo de cultivo para la ambivalencia del Sujeto	94
3.6.3	Los sentimientos bi-escindos tiernos-hostiles: contraposición	96
3.6.4	El Padre totémico, el padre ambivalente	97
3.7	Pulsiones y destinos de pulsión: subsistencia de mociones pulsionales opuestas	98
3.7.1	Activo - Pasivo	98
3.7.2	La ambivalencia como herencia arcaica	100
3.7.3	Amor y odio	100
3.8	La represión: La ambivalencia como el espacio del retorno de lo reprimido en la neurosis obsesiva	102
3.9	Duelo y melancolía: el conflicto de ambivalencia en melancolía	103
3.10	De guerra y muerte	107
3.10.1	Es designado como “ley” el constructo teórico acerca del sentimiento de ambivalencia que preside los vínculos amorosos más importantes para el sujeto	107
3.10.2	La ambivalencia del hombre primordial, doctrina del alma y la ética; La ambivalencia del hombre moderno, la neurosis	108
3.11	Más allá del principio del placer: Pulsiones de vida-pulsiones de muerte, amor-odio	109
3.12	El yo y el ello	111

3.12.1	La ambivalencia hacia el padre y el Complejo de Edipo positivo o simple	111
3.12.2	Lo constitucional de la ambivalencia	112
3.12.3	Bisexualidad y ambivalencia	112
3.12.4	Las dos clases de pulsiones, mezcla y desmezcla	113
3.13	El malestar en la cultura: El odio, la culpa, el arrepentimiento y el amor = aquello que empezó en odio, devino en amor; la ambivalencia en la castración	114
3.14	Sobre la sexualidad femenina: No es ley La ambivalencia de las investiduras de sentimiento	116
3.15	La ambivalencia en Freud	117
3.15.1	En relación a lo social	117
3.15.2	En relación al psiquismo	118
3.15.3	En relación a lo psicopatológico	119
III	CONCLUSIONES	121
	Un punto de vista epistémico	121
	La vida pulsional	122
	Sujeto y Objeto	124
	Ilustración: El caso Wagner	124
	La ambivalencia	126
IV	LITERATURA CITADA	129

Introducción

La inquietud que me movió a definir un proyecto de investigación fue, a raíz de mi práctica profesional, el encontrarme con que muchos sujetos se viven limitados al tratar de alcanzar una condición de tener aquello que anhelan: Una restricción en la posibilidad de ir en búsqueda de un objeto trascendental; así, en un primer intento, consideré que el estudio de las vicisitudes entre la pulsión y el objeto, podría ser un punto angular en la dilucidación de respuestas a mi interrogante.

La finalidad última que me proponía al integrarme a un trabajo de esta naturaleza era intentar entender las particularidades de la relación pulsión-objeto, de su construcción y la de localizar en qué términos puede el individuo aspirar a que al ver concretizado su “deseo de objeto” que esté en posibilidad de sentirse completo o complementado para funcionar íntegramente en la variedad de situaciones en las que deba de dirigir su energía a una finalidad que represente, en ese momento, su búsqueda de la vida y su transitar por el mundo con la confianza de que es precisamente ese mundo (el no yo) en donde es factible que localice aquellos objetos que tienen las propiedades de disminuir el estado de tensión propio de la condición humana.

Luego, al cursar el primer semestre de los Maestría en Psicología Clínica, sus contenidos temáticos me ofrecieron la posibilidad de acceder a una mayor perspectiva al respecto del tema de mi interés, de modo que mi noción del sujeto en relación con su objeto, pasó a ser el del sujeto en relación con sus objetos.

Acepto que la pregunta que originalmente me interesó, habrá de ser redefinida y pospuesta, por la complejidad que implica ya que, primero requiero explicarme cuestiones más básicas de la relación del individuo con sus objetos. Sin embargo, también éste es un tema por demás amplio, que también hube de

redefinir en mi proyecto de investigación y postergar en buena medida, por la amplitud del estudio de las relaciones objetales.

Consideré, en este punto, que un estudio que me puede permitir un esclarecimiento importante de esa condición del sujeto de no acceder a los objetos, puede bien empezar por dirigirme a una tesis de cómo es la manera, cuál es el proceso en que, en la psique, se desarrolla la variabilidad de objetos a los que el sujeto aspira y los modos en que se relaciona con ellos, pero en esta tarea, mi atención e interés quedaron atrapados por un aspecto específico: la ambivalencia.

Me pareció leer, detrás de muchos escritos y, las más de las veces entre líneas, esta condición compuesta contradictoriamente al seno del sujeto y del objeto, como algo que les pertenece desde su mismo inicio y que está en constante mezcla y desmezcla.

Consideré que esta condición ambivalente requiere de un estudio de las formas en que aparece y del impacto que imprime en cada sujeto, que precisamente se encuentra sujeto del intermitente ir y venir de los componentes de esas ambivalencias.

Ya un tanto avanzado el estudio del *sujeto*, el *objeto* y la *ambivalencia* incluí el análisis de una lectura segmentada de un caso con fines explicativos y de riqueza metodológica. Elegí un sujeto, Ernst Wagner en la monografía que construye de Anne-Marie Vindras, compilación y lectura en la que podía localizar la riqueza de la escritura sobre el acto en puño y letra del propio Wagner, aquello con ese plus de emoción con la fuerza de llevarlo al papel con su firma, y en esa elaboración subjetiva de la propia vida fui buscando desmenuzadamente aquello que pudiera hablar de sus ambivalencias.

Este argumento es, en suma, el que me llevó a formular el presente proyecto de tesis alrededor de tres conceptos básicos: el sujeto, el objeto y la ambivalencia, y un referente clínico en un estudio dinámico estructural de sus cursos y cruces.

Luego de estas consideraciones, hay algunas preguntas por plantear. ¿Cómo es la instauración de los objetos en la vida anímica?, ¿Qué cursos suelen tomar en su desarrollo durante los primeros años de vida del sujeto?, ¿Cómo se establece la forma de sus principales relaciones objetales? y, principal y finalmente ¿Qué impacto tiene la ambivalencia en todo esto? Estas son las preguntas centrales sobre las que girará el presente trabajo de tesis a través de los 3 capítulos desarrollados en una investigación teórica.

En presentación del trabajo final, *El caso Ernst Wagner* es el capítulo número uno; Se trata de una lectura segmentada y analizada a partir de sus escritos literarios, delimitando en estos aquello que muestre tener en relación a lo ambivalente o condición ambivalente. El objetivo es localizar los dinamismos ambivalentes y la trascendencia de la constitución subjetiva de Wagner a partir de elementos contrapuestos, lo que construye un dinamismo que le lleva a un pulsional, premeditado y teatral acto: una puesta en escena de un drama delirante devenido en tragedia. A cada párrafo en el análisis de esta lectura, se muestra el conflicto por la no aceptación de su condición ambivalente, su insistencia es ser uno, su angustia por ser un sujeto dividido.

El segundo capítulo, *Nociones Freudianas de Sujeto y Objeto*, se localiza la noción de “objeto” y “sujeto” en psicoanálisis; El primero hace referencia a la pulsión, al amor, al deseo, al goce, implicando en cada caso, un objeto diferente, característico y distintivo, que responde a un proceso de desarrollo también específico, que va dejando huella en los ulteriores vínculos que el sujeto establece con los objetos que le van quedando cotidianamente cercanos e incluso, con aquellos que no teniendo frecuente presencia, llegan a

significar en algún momento, algo valioso para el sujeto; El *sujeto* (tan vasto y complejo como el *objeto*), organismo anatomofisiológico, psíquico y sociocultural, dinámicamente estructurado y estructuralmente dinamizado; Ambos (sujeto y objeto) en una relación de constructor y producto del otro.

El principio de la contingencia del objeto implica que el objeto está compuesto por características singulares que se han definido en la historia infantil del individuo y es precisamente a esa historia a la que me quiero referir como el marco donde se desarrollan los procesos por los que se representan los objetos en la psique, su lugar y función en la vida anímica, las variaciones en las demandas que el sujeto le hace a sus objetos, el desarrollo de éstos objetos y de las relaciones objetales, cómo es que se va definiendo y redefiniendo su forma, su constitución, a qué obedecen las vicisitudes a las que se ven sometidos.

Este segundo, al igual que el tercer capítulo, es organizado como un recorrido histórico desde las primeras nociones de los tres conceptos principales de este trabajo de tesis, hasta los constructos más acabados.

El capítulo tres, *La ambivalencia en la obra de Sigmund Freud*, inicia con la ambivalencia bleuleriana, sigue con un análisis general del término ambivalencia y transita por los textos freudianos persiguiendo tanto la evolución del término como el peso en el psiquismo de las condiciones y elementos designados por Freud como *ambivalentes*.

En conclusión, el objetivo básico de este trabajo de tesis es tratar de dilucidar si la ambivalencia en las relaciones del sujeto con sus objetos (incluyéndose a sí mismo) es una condición constitucional de la vida psíquica.

CAPÍTULO 1. ERNST WAGNER, UN SUJETO AMBIVALENTE

La inclusión del caso Wagner en una tesis que versa sobre la ambivalencia tiene la finalidad de mostrar, antes de un abordaje teórico explicativo, el análisis de un caso que se podría tentativamente interpretar como *básicamente ambivalente* localizando en lo concreto la ambivalencia de él como sujeto así como la forma en que también sus objetos vienen siendo estructurados o dinamizados como ambivalentes.

Este no es un abordaje general o total del caso Wagner, se trata de una lectura segmentada que va tras aspectos específicos buscados en la compilación que Anne Marie Vindras (2002) reunió de las producciones literarias de Ernst Wagner,

La segmentación del texto tiene por objetivo localizar específicamente datos que pudieran estar en relación al enfrentamiento angustiante de Ernst Wagner con su(s) ambivalencia(s); de modo que des-construir el caso es para volverlo a armar evitando ver a Wagner a través del estigma de sus actos criminales, se trata de acceder a su subjetividad ambivalente por la vía de las parcialidades que señalan sus sentimientos, conflictos, temores, anhelos, imperativos, etc., ver todo ello por medio de su palabra escrita.

En sus escritos aquí seleccionados y analizados pudiera ser posible localizar indicadores de lo angustiante que le era el vivir ambivalente: hay una tensión en Wagner por no vivirse unificado, necesitaba representarse como uno solo, no como muchos a los que remitían la diversidad y oposición de sus actos y sentimientos.

Antes del análisis de estas referencias parciales, resulta necesaria la introducción de algunos datos biográficos, por los que luego sea posible ubicar,

en la vida general de Ernst Wagner, lo específico del objeto de estudio de este trabajo de tesis: la ambivalencia.

1.1. Biografía

Esta resumida recapitulación de la historia de Ernts Wagner es construida a partir de la monografía elaborada por Anne Marie Vindras (2002) *Ernst Wagner, ¡Ecce animal!: pastor, maestro, masacrador, dramaturgo*.

Ernst Wagner, nace en la región alemana de Suabia el 22 de septiembre 1874, siendo el noveno de diez hijos en una familia campesina; prácticamente no conoce a su padre, quien murió cuando Ernst tenía dos años de edad y de quien se forma una imagen nada positiva, como un sujeto inestable, insatisfecho, presuntuoso y desmedido en la ingesta alcohólica. Su madre se casó de nuevo cinco meses después de la muerte del padre de Ernst, estando embarazada de otro hombre; ella sostiene relaciones sexuales con un hombre más, por lo que su marido la rechaza, lo cual le hace vivir sentimientos de abatimiento; luego se sentencia el divorcio a causa de infidelidades cometidas por ella. A partir de este evento, las condiciones de vida material de la familia fueron difíciles, la migraña, los arrebatos y el pesimismo de la figura materna complicaban más la situación.

En su familia por vía materna, había algunos casos de anormalidad mental (su abuela y dos de sus tíos), pero Ernst Wagner no quiso escudarse en ello para evitar las consecuencias de sus actos tras la explicación de una posible tara hereditaria, si bien se llegó a considerar proveniente de una estirpe enferma, de una familia degenerada, en consecuencia a sus propios hijos les adjudicó la misma condición.

En su historia académica se desarrolló brillantemente por ser aplicado y capaz, solía mostrar una conducta impecable y ordenada, muchas veces petulante, orgulloso, engreído o fanfarrón; tenía sensibilidad a la nobleza, la

verdad, la rectitud, la religión, la ciencia y el arte. En febrero de 1889 obtuvo una beca para formarse como docente en el magisterio en donde se le distinguió por hablar invariablemente en alemán literario, vestía elegantemente, daba suma importancia a las apariencias y se sentía obligado a mantener la palabra empeñada. En un tiempo, intentó convertirse en un buen cristiano, se apartó de los juegos con los compañeros, leyó viejos libros y quiso convertirse en pastor. Se sentía destinado a una mejor vida. Llegó a ser un hombre culto.

Fue en el tiempo en que cursaba la escuela normal, que a los 18 años inició su práctica masturbatoria, que a su juicio, dirigió su vida a la desgracia, al autoreproche, avergonzado y apesadumbrado. Consideraba que su onanismo se le notaba en el rostro.

En 1894, luego de su primer examen, fue designado Maestro Auxiliar en Renningen, pasando a Böbligen en 1895 y el siguiente año a Röthenbach para después ocupar varios cargos de corta duración. Mostraba entonces un carácter problemático, un espíritu crítico y actitudes reservadas y afectadas. En 1901 lo transfieren a Mülhausen an der Ezn, cumpliendo como profesor con las expectativas de su comunidad y de sus superiores aprobando también su segundo examen con notas sobresalientes.

Durante su estadía en Mülhausen tiene intercambios sexuales con animales, actos cometidos en los establos, en estado de ebriedad y a altas horas de la noche, al salir del mesón e ir rumbo a su casa. Sus actos de zoofilia desencadenan un delirio de contenido persecutorio, en un período que al menos se sostiene hasta 1913.

También en 1902 en Mülhausen, se involucra sexualmente con la hija del tabernero Schlecht, Anna, quien resulta embarazada; a raíz de éste último hecho, es trasladado a Radelsetten auf der Alb. Ernst Wagner pidió la mano de Ana varias veces, pero le fue negada porque ella explicaba a sus padres que no

lo quería. Se casaron 1903 (ya nacida su hija Klara); procrearon cuatro hijos más, muriendo uno a los dos meses de nacido, se le reconocía como un padre amoroso, incluso excesivamente indulgente, a pesar de que consideraba que su familia era un freno a su progreso personal.

Ya como maestro titular, conquista una posición de respeto por su capacidad docente y su trato amable, ya sin las anteriores actitudes altivas y amaneradas, se le conocía como un hombre bondadoso y generoso. Su hogar parecía bueno y hospitalario, aunque él hablaba de que no amaba a su mujer, que se había casado con ella por obligación y que era un error haberlo hecho, pese a lo cual, nunca la trató mal.

En estado de sobriedad, Wagner mostraba ser templado y taciturno, en ocasiones, ingenioso y entretenido, pero bastaba un poco de alcohol para que cambiara su actitud hacia la locuacidad, hablando de modo liberal de cuestiones religiosas y sexuales, o incluso expresando discursos obscenos y vulgares.

De 1908 a 1913 escribe diversas obras: una de corte histórico (Nerón), otras de inspiración bíblica (Saúl, Job, Absalón y El Nazareno), además, termina su autobiografía que tituló *Uno más* en la que expresa su intensa y prolongada lucha contra la masturbación, de lo que consideraba sus debilidades, su condición enferma, su genética degenerativa y además elabora un plan criminal de cuatro actos detalladamente articulado cuyo objetivo es terminar con la vida de su familia (para impedir la continuación de la degeneración de la condición genética degenerativa de la que se creía portador) y de los vecinos varones de Mülhausen (por quienes, en su construcción delirante, se sentía gravemente agraviado por las habladurías respecto de su sodomía).

En 1912 asume el cargo de maestro titular en la escuela primaria, habitaba una vivienda agradable y tanto su vida familiar como su situación económica eran estables. A finales de agosto de 1913, empaqueta sus escritos.

En la madrugada del 3 al 4 de septiembre de 1913, en su casa, Wagner asesina a su mujer y a sus 4 hijos, se traslada a Mülhausen luego de hacer algunas escalas y preparar la continuación de su plan, en donde asesina a 9 vecinos, hiere a otros 11 e incendia diversos sitios en ese último pueblo, de este modo, en parte su venganza. Lo que no logró concretar es el aniquilamiento de sus hermanos y sobrinos, ni su majestuoso suicidio ya que algunos vecinos lo enfrentan y detienen, siendo luego aprehendido.

Al iniciar el proceso penal, la forma descriptiva en que habla de sus crímenes perpetrados y de los planes criminales que no alcanzó a consumir, son motivo para que el juez requiera de la realización de un peritaje psiquiátrico al autoculpado Wagner, evaluación que se dejó a cargo del Dr. Rober Gaup a fin de determinar la existencia de trastorno mental, llevado a cabo en la Clínica Real para Enfermedades Mentales y Nerviosas de Tubinga, siendo declarado “paranoide”, y por lo mismo, inimputable respecto a sus crímenes. Contra su deseo de ser condenado a muerte por los actos de los que se sabía responsable, en febrero de 1914 Wagner fue internado definitivamente en el Asilo para Alienados de Winnental. Fue el caso principal del ejercicio profesional de Gaup, quien le otorgó la categoría de ser el paradigma de la paranoia.

En 1916, intenta por la vía legal, tener la categoría de responsable de sus actos, y ser castigado por ellos, pero fracasa y se le sigue considerado inimputable, continuando su estancia en el hospital psiquiátrico de forma definitiva. En 1919 y hasta 1936 retoma su escritura y produce dos obras más: Delirio (Luis II, Rey de Baviera) y La Preceptora.

El 27 de abril de 1938 Wagner muere de tuberculosis en el hospital Winnenden de Wüttemberg.

1.2. Alemania: Su Lenguaje y sus dialectos

Alemania es un país que se fundó con la integración de pequeños reinos, feudos y territorios, los cuales compartían muy pocas cosas, y esas pocas cosas no incluían un idioma común; en ese contexto hubo la necesidad de contar con una forma de comunicación común. Así nació el Hoch Deutsch. El alemán que conocemos actualmente como la lengua oficial de Alemania y de Austria (Hochdeutsch) surge con la traducción de la Biblia realizada por Martín Lutero en el siglo XVI. Aun después de Lutero, la unidad lingüística alemana se limitaba al idioma escrito, al grado que aún en la actualidad, en algunas regiones se le conoce como Schriftdeutsch –alemán escrito- (Vindras, 2002).

Sin embargo, todavía hoy en día no existe un lugar en donde ese idioma sea hablado al cien por ciento, debido a que la gente persiste en hablar en sus dialectos regionales en mayor o en menor medida. De modo que para los germanos, el "Hoch Deutsch" no es un idioma "natural" sino que se formó artificialmente con el consenso de los que hablaban los diversos dialectos germanos, sin embargo, la lengua que de cotidiano hablan los alemanes es el dialecto que transita en la región donde viven, así, se dice que los suabos se sienten más suabos que alemanes, en el sentido que el dialecto les da un sentido de pertenencia a una comunidad (Vindras, 2002).

En suma, el dialecto es una forma de mantener la regionalidad e individualidad del pueblo suabo frente al conglomerado que ahora forma el país alemán.

El dialecto así constituye la comunidad. En Alemania, en vez de reconocer a una persona por el tono de su piel, su estatura o el color de sus ojos, se sabe de la comunidad de la que viene por el acento y el dialecto que habla. Un alemán podrá hablar Houch Deutsch en la calle, en la oficina, pero siempre hablará su dialecto en casa. El dialecto es preponderante.

Vindras (2002) explica:

[En Suabia] Hasta nuestros días, el dialecto toda la población de la región –tanto los campesinos como la burguesía de las ciudades, si bien con un acento más “distinguido”–de es el suabo. Es el dialecto que se habla en familia y en tiendas y oficinas. La identidad suaba está determinada ante todo por el idioma, tal como lo manifiesta el humorista Thaddäus Troll en Alemania, tus suabos: (p. 67)

Transcribe la cita a la que hace referencia:

El oído ejercitado del suabo no sólo reconoce por el idioma de dónde proviene su compatriota pues, según la mayor o menor libertad con que usa el dialecto, es capaz no sólo de determinar su posición social, sino de deducir además su inteligencia, tacto, conciencia de sí y humanidad. (Thaddäus Troll, Deutschland, deine Schwaben, Hoffman und Lange Verlang, 1967) (p. 67)

1.3. Su nombre: Ernst Warger, el serio bufón

Más allá de su identidad nacional, la identidad que pareciera regocijaba a Wagner era la de dramaturgo, el que habla y escribe en alemán literario; en este idioma creó algunas obras, entre ellas su autobiografía, en la cual al finalizar la primera parte Wagner se autonombra *el gran bufón*. Vindras (2002) pone sobre alerta de un juego de palabras y de significados:

(...) hay un dilema sobre la traducción. La palabra alemana elegida por Wagner es *Narr*. En sus obras, Wagner juega muchas veces con la polisemia del término, que según el contexto se puede traducir como loco o bufón. La palabra alemana designa al loco, al ser privado de la razón, y al enfermo mental, incluso al bufón del rey. Wagner se complace especialmente en contraponer en término *Narr* a su nombre, Ernst. La contraposición resulta significativa en alemán, idioma en la que *ernst* significa serio.

Wagner indica así los rasgos del ‘bufón’ que, al ejercer su papel, decide el objeto sobre el que recaerá la risa (...) representa en una sola persona la cara seria del bufón (...) [y] muestra la cara irrisoria que le hace burlarse de sí o de quienes le toman en serio. (pp. 48-9).

Su aceptación puesta en letras de su constitución a partir de pares antitéticos aparenta el haberse asumido en una condición subjetiva discordante, incompatible un aspecto con otro; quizá es un esfuerzo de tolerancia hacia sí mismo, o tal vez un reclamo a su desacorde subjetividad; más allá de tolerancia o reclamo, pudiera tratarse de la tensión de sentirse nulificado: el bufón serio, deja de ser bufón, vive el riesgo de no divertir, a pesar de ello, un bufón que no es tomado en serio; el serio bufón termina con la sensatez de la seriedad, pero difícilmente será un hombre divertido; Por lo cual, esta aceptación estaría tomada por la inconformidad y en éstos términos no resolvería la tensión de la ambivalencia.

¿Desde cuando podemos tener nota de que lo contrapuesto de su subjetividad le era angustiante? Vindras (2002) localiza una relación de historicidad:

Si ubicamos la creación teatral de Wagner en la cronología de su vida, vemos que ésta comienza después de que comete los actos de bestialismo (...) la figura de Wagner como bufón/serio emerge a la par que su delirio de persecución (...) se cree objeto de burla y del escarnio de los hombres del pueblo” (pp. 52-3);

Antes de ello, no hay registros puesto que no hay palabras propias, no hay escritos que corran a cargo de su propia pluma, los antecedentes se elaborarían a partir de lo que otros dijeron acerca de Wagner, de allí podríamos elaborar la hipótesis que fue a partir de sus actos masturbatorios, que cometía pese a sus esfuerzos, sus actos rompían su voluntad en la intimidad de su arrebatado del deseo, contraria a la seriedad del aplicado y correcto estudiante que siempre buscaba sobreponerse a las debilidades. En 1901 acudió repetidas veces a un médico en demanda de ayuda para salir del estado decadente al que sentía que la masturbación lo sometía, sin lograr los resultados anhelados, al respecto, Vindras (2002) interpreta: “...pierde la confianza para hablar y solo le queda la escritura” (p. 48).

Es esta escritura el espacio privilegiado para dar cuenta de sus ambigüedades, aceptándose tanto serio como bufón, reconociendo (o doliéndose de) que son diferente cara de una sola moneda, así, ya en su vida adulta, en su obra *Nerón*, Wagner escribe un monólogo del protagonista: “Chistosa seriedad o chiste serio, una misma cosa” (p. 54). En *Saul*, David que encarna el papel de bufón es anunciado por el capitán del rey de la siguiente forma: “Para ser bufón de la corte no es necesario estar loco; Es más: todo bufón quiere, cuando no está en servicio, que lo tomen en serio” (p. 55).

A partir de un juego que Wagner hace con su nombre, da cuenta de una posición de alteridad y es precisamente con la palabra que Ernst Wagner da cuenta de su tensión de vivirse contrapuesto, de su rechazo a la ambigüedad propia, lo que es expresado con el habla del alto alemán, quizá en un esfuerzo de encontrar significado racional, lo que al parecer, no podía obtener mediante el suabo.

1.4. Su familia, suaba; su pueblo, suabo: Apellido e identidad regional

El significado de *familia* está en Ernst Wagner en estrecha relación con el lazo asfixiante que vincula aquello que él rechaza, de otro modo, no le sofocaría, la familia que, más allá de un grupo de soporte y de protección, residía en un origen social y genético que a Wagner inquietaba y que escribió en los términos siguientes:

Lazos y cadenas, calabozo y esclavitud. Todo lo que es mezquino, insensato y embustero, todo lo que impide la liberación de la existencia, todo eso tiene como punto de partida y sustento a la familia, y es por eso que rompí con los míos, por eso es que para mí no son más ni menos que todos los demás: pobres seres sufrientes. Si la familia no es más que eso, entonces está libre el camino a la redención (p. 109):

Su familia suaba y su comunidad suaba no remitía, en Ernst Wagner, a una sensación de pertenencia, él no quería mantener de este modo un sentido de

identidad con aquellos, diré que no se sentía “compatible” en sus modos de asumir y llevar la vida:

- * La familia y lo mezquino, lo insensato, lo embustero. Mezquindad de no ofrecer lo bondadoso, lo deseable, el entregar aquello que es miserable, que hace miserable al que se le otorga. Insensatez de la imprudencia, del disparate, del descuido, de llevar al sujeto al aturdimiento de la razón o de mostrarse al sujeto como una familia de razón aturdida. Embuste, patraña, fingimiento, ficción, revelándose como algo que no es lo que exhibe.
- * La familia como el lazo que más que sostener, impide la liberación, que lo ata a aquello indeseable, red de opresiones y limitaciones.

Las condiciones comunes que definen para sus miembros tanto la familia como la comunidad no son para Wagner los vínculos que dan soporte, sino lo que esclaviza, subyugando el continuar el camino a la redención y sometiendo a la opresión de la exoneración. Así, la forma de destituir lo que degradaba a su persona, era la separación de su familia, pero igual, el desconocimiento de su constitución suaba.

1.5. La exclusión: un deseo y un temor

Ante esta idea de familia se podría pensar que el anhelo inequívoco y único de Ernst Wagner era romper el lazo familiar y que, al hacerlo, podría estar menos angustiado al sentirse más libre de las cadenas que lo oprimían, pero no resulta así, tanto que vive la angustia de sentirse un paria, de sentirse un excluido, la angustia de ser segregado, exclusión por la que no podía acceder a los disfrutes de los grupos de los que renegaba.

Así, en su escrito *Los paseos en Stuttgart* se localizan al respecto, dos citas interesantes. Una de ellas habla de ese afán de exclusión: “¡Oh, si tan sólo

hubiera desaparecido mi otra mitad y yo me encontrara totalmente sin patria...” (p. 267). Otra cita expresa la angustia de vivirse excluido:

El día de nochebuena es para mí el más desgraciado del año. Quien diga esto debe estar desesperado, pensarán mis colegas. Es verdad, estoy desesperado. La alegría navideña de los demás aumenta mi desdicha. ¡no es que les tenga envidia! Pero me siento como un paria. (p. 285).

Hay un conflicto por la exclusión, parece resultarle tan agobiante el deseo y el temor de ser excluido: como si quisiese abandonar todo aquello que le era angustioso o desagradable, pero sin renunciar de algún modo a conservar el sentimiento de pertenencia que pudiera redituarle quizá en sensación de cercanía, del poder compartir, participar, concurrir.

“No es que les tenga envidia”, quizá realmente no les tenía envidia, porque ocupaban un lugar que Wagner no pretendía. Aún así, sufría con el no compartir lo que los demás si podían hacerlo, padecía el sentirse excluido. Su habla parecía indicar una exclusión voluntaria de los grupos de soporte primario.

1.6. El bilingüismo de Wagner

Vindras (2002) escribe, a modo de título que “es suabo es quien habla suabo” (p. 67), para dar cuenta del bilingüismo de este personaje y para subrayar que esto es algo de lo que hay que hablar, bilingüismo que incluye, más allá de Wagner, sino al resto de los habitantes germanos. Pone un acento especial en que Wagner “se rehusaba a hablar en suabo con sus colegas; para asombro de todos, incluso en la taberna se expresaba en alto alemán. Ello significa que se expresaba en el alemán que los demás reservaban a la escritura.”(pp. 67-68)

Gaupp insiste sobre este aspecto, calificándolo que su hablar en alto alemán era de un modo *impostado*, a lo que Wagner le responde que sí *podía*

hablar suabo pero que prefería “no hablar el idioma de los campesinos” (p. 68), dialecto que, sin embargo, hablaba en estado de ebriedad, respecto de lo cual, Vindras lanza una hipótesis a saber, que

(...) se entremezclaría entonces, muy íntimamente con los significantes suabos de su lengua materna y de su infancia. Así podemos suponer que actos semejantes (de bestialismo), llevados a cabo en un establo tras salir de la taberna, fueron cometidos “en suabo”, y que en este mismo dialecto “de campesinos” se comunicaban quienes se burlaban de él en Mühlhausen, Radelstetten y Degerloch. (p. 68).

Al decir Gaupp la expresión verbal de Wagner tenía un *modo impostado* indica que, cuando Wagner hablaba, mediante su misma habla reforzaba algo propio, robustecía algo; si bien Gaup señalaba que el rechazo de Wagner por la norma del dialecto de su región se debía al

...desprecio a la clase de campesinos de la que provenía. Se trata de una reacción de prestancia de quien desea llegar a ser un caballero. Sin duda, tiene el deseo de distinguirse a cualquier precio, de elevarse por encima de la masa (...). (p. 128).

Si hacemos caso a esta interpretación, lo que Wagner estaría reforzando es la imagen de aquél que pertenece a una clase social diferente, privilegiada en relación de la que procedía. En cambio, Vindras tiene otra hipótesis, explica que

Es más interesante suponer que a Wagner, al parecer, le fue impuesto el odio hacia su apellido, es decir, hacia el apellido de su padre; un odio en que se entretajan vocablos y sonoridades suabias de su primera infancia y que resurgen en las burlas y habladurías de los hombres que lo persiguen. La pasión narcisista que representa el odio lo lleva a aniquilar a quienes alimentan el odio y el desprecio que siente hacia sí, y que se perpetúa en la relación con sus hijos, que han heredado su apellido. (p. 128).

Aquí parecería estarse postulando que lo que se está reforzando es el alejarse de otro origen, no el de su pueblo, sino el de su familia, de su apellido, de su padre. Al fin, ambas hipótesis indican que Wagner rechazaba su procedencia.

Ahora, respecto a que Wagner odiaba lo suabo, amar y odiar están en tan estrecha relación que tanto *debía* destruir lo que amaba como lo que odiaba; amar y odiar llevaban las mismas condiciones de algo que *debía ser destruido*.

1.7. Amor y Odio

Cito un pasaje de la obra escrita por Wagner, "El Nazareno".

(...) esta ley y este evangelio: ¡Destruyan la vida! ¡Maten! Maten a los que odian, porque les hacen un bien. Con más razón aún, maten a los que aman, para demostrarles lo verdadero de vuestro amor. Y después, mátense a sí mismos. (p. 310)

El trámite que le da a los objetos de amor y a los objetos de odio es, en esencia, el mismo: la destrucción; si bien, en su pasaje al acto, Wagner asesina de manera diferente a sus hijos (a los que amaba), y a sus vecinos (a quienes odiaba), donde a los primeros les da muerte *piadosa* y procura que no vean su propia muerte, en cambio, a los segundos, los mata de modo que sufran la escena de su fallecimiento.

Me parece que ambos objetos, los amorosos y los odiados, le eran por igual amenazantes, a grado tal que le era imperioso destruirlos. La angustia a la que ambos objetos le inducían, le hacía necesario el destruirlos, ya que le era imposible huir de ellos o de algún modo evitarlos.

Los componentes agresivos de la pulsión no pudieron ser tramitados mediante la sublimación o cualquier otro mecanismo que le hiciera más tolerable la angustia que le atormentaba. Así, amor y odio no llevaban aquí a la conservación del objeto o a la apropiación del objeto, sino al aniquilamiento del mismo, como si algo de esos objetos a los que correspondía algunas mociones de sentimiento le fuera intolerable e incluso persecutor.

Había un aspecto en particular, de aquello que odiaba y, era precisamente algo que él mismo compartía con los que él señalaba: la claudicación ante los imperativos del deseo y del cuerpo. Albergaba, en su mismo ser, lo que mayor repulsa le causaba.

1.8. Lo que no tenía cabida: las debilidades humanas

En el prólogo del drama “El Nazareno” (Vindras, 2002), con fecha 21 de mayo de 1913, Ernst Wagner escribe:

Por supuesto, no he querido escribir sobre el Jesús histórico. El Nazareno sólo es el portavoz del pesimismo de Ernst Wagner. Ruego a todos ustedes no ver en ello una degradación del crucificado, a quien en todo momento he tenido en alta estima. La verdadera imagen del Jesús de Nazaret la darán, para toda la eternidad, los Evangelios. Por supuesto, desconté los milagros. El verdadero Jesús no fue un pesimista. Ni siquiera predicó la vanidad de todos los bienes terrenales, como se complacen en destacar, sino que sólo advirtió contra su sobrevaloración. No podía haber sido pesimista por la simple razón de que era sano. Por supuesto, no lo juzgo libre de culpa porque lo considero un ser humano. No obstante, fue un hombre puro, de conciencia despejada. Un hombre así mantiene la cabeza alta incluso en las circunstancias más desfavorables y, si lo acosa el humor maligno de la melancolía no le permitirá anidar en su seno. El sol de su alegre disposición atravesará hasta los más sombríos nubarrones. (p.308)

El ideal aquí descrito corresponde a aquello unívoco, aquello de una sola cara, y en su misma metáfora se encuentra su imposibilidad “El sol de su alegre disposición atravesará hasta los más sombríos nubarrones”: el afán por creer que habrá un sol tan férreo que traspase las nubes, franqueando el paso luminoso que entonces, no proyecte la sombra que el nublado delante del sol trace: la esperanza de algo sin sombra, solo luminosidad.

En cambio, la comparación de ese ideal luminoso e iluminado, con la propia imagen resultaba en un desencanto que le contrariaba (Vindras, 2002).

Mi caso no es tan favorable. Seguramente ya era pesimista desde el vientre materno y vine al mundo con nervios débiles. Cuando todavía era niño e inocente, ya poseía un temperamento deprimido. Sentía angustia aún cuando no sabía de culpas. Y ahora que la culpa está presente, siento el dolor de la angustia en su máxima potencia. Soy pesimista. En El Nazareno presenté mis pensamientos y en parte también mi vida. En realidad, todos mis escritos sólo hablé de mí mismo. Quien sepa algo de los seres humanos estará de acuerdo conmigo cuando digo que los pesimistas son siempre vanidosos, arrogantes y extremadamente egoístas. Cada uno de ellos lo desmentirá, pero de vez en cuando llego a pensarlo de mí mismo. (p.308).

Más delante, en la misma obra, se duele amargamente de la miseria del alma humana (Vindras, 2002).

¡Qué miserable es el alma humana! Sufre hasta en su último refugio, sufre hasta la locura. Lo que hoy destruye a las personas es el pecado del sexto mandamiento, el pecado con la mujer, el pecado de Onán, el pecado de Sodoma, toda la cloaca del asqueroso goce. Eso es lo que debilita los nervios, corrompe la sangre y vuelve inservible el cuerpo entero. Y como se avergüenzan de sus ojos hundidos, de sus huesos fatigados y de toda su decadencia física, tienen que culpados de todo al trabajo y a la lucha por la vida. (pp. 309-310).

Lo que le destruyó es el pecado del sexto mandamiento, el que versa *no cometerás actos impuros*; actos impuros que vienen a ser un referendo de su propia debilidad para contender contra lo prohibido y, sobre todo, por no haberle podido poner freno al goce concupiscente del trato sexual con animales.

Enseguida continúa (Vindras, 2002):

Si el hombre fuera dueño de sí, ¿acaso se pondría en peligro? ¿Se precipitaría hacia la deshonra? Es empujado a todo, y los ojos le son dados para después ver, y el entendimiento para después saber qué locura cometió y cuán espantosamente actuó. Para que los pelos se le pongan de punta, para que se los quiera arrancar, y con ellos toda la cabeza. Oh, hay experiencias que nos obligan a ver, en la ignota voluntad cósmica, un diablo que se ríe cuando nos retorremos de dolor [...] Despojar al hombre de la autoacusación, el remordimiento y la angustia: ¿acaso no significa hacerlo más feliz? Estar en

desavenencia conmigo mismo es la peor de las enfermedades y las penurias de la vida. ¿Cómo vas a huir de ti mismo? ¿Cómo escapar de la automortificación? Para quien sufre debido a su pasado, ¿no sería liberador que lo convenciera de que siempre hizo lo que fue preciso? ¿Y si lo necesario fue malo o pecaminoso? No es por su culpa. (p. 310)

Escribe que el hombre “es empujado a todo”, de aquí, considero que Ernst Wagner daba vida a la idea de que si fuera incólume ese empuje no bastaría, se quedaría firme y fuerte, se quedaría sano, el hombre se quedaría unívoco, de una sola cara y no fuera ese sujeto disociado entre la fortaleza y la debilidad.

Hay también en este párrafo citado unas frases que llaman poderosamente mi atención:

(...) y los ojos le son dados para después ver, y el entendimiento para después saber qué locura cometió y cuán espantosamente actuó. Para que los pelos se le pongan de punta, para que se los quiera arrancar, y con ellos toda la cabeza. (p. 310)

Es manifiesto el asombro por lo que él hizo, expresión del propio desconocerse, la extrañeza, la estupefacción y el espanto de verse creador de aquello que le repulsa, o que le teme, o que le inquieta; al fin de cuentas el reconocimiento de que es un sujeto contrapuesto, pero a la vez, la insistencia en el *deber ser* un sujeto libre de contraposiciones.

Prosigue con la urgencia de convertir la debilidad en fortaleza, las deformaciones en correcciones, lo enfermo en lo sano (Vindras, 2002).

Los principales males de la vida son la debilidad, las deformaciones y la enfermedad. [...] ¿Cómo puede lo enfermo, lo débil, engendrar fortaleza? ¿Dónde están los sanos? Jamás encontré una sola persona que, al cabo de pocos días, no se quejara de que sufre de esto o aquello. Cada miembro del cuerpo tiene una larga lista de enfermedades, y cada día puede aportar una nueva. Entre ustedes, ¿dónde están los sanos? (p. 313).

1.9. Sanear = Depurar

En la autobiografía de Wagner (Vindras, 2002) es posible notar lo imperativo de que lo impuro fuera purificado, lo malsano, saneado. Pero esta *labor de limpieza* no era el *convertir en lo contrario*, era el acabar con la insania. Ideas vigentes en esa época por la ideología nazi; Wagner se afilia al Partido Nacional Socialista, que sustentaba la eugenesia, esto es, la aplicación de las leyes biológicas de la herencia al mejoramiento de la raza humana; solo que para Wagner, como para los demás militantes de ese partido, el perfeccionamiento de los humanos se daba mediante el exterminio de los que transmitían la degeneración de la raza humana.

Por todas partes es necesario hacer un gran saneamiento de la humanidad, y así como en las ciudades viejas se demuelen casas y calles ruinosas, así como en los campos se arranca la maleza, también el género humano se debe barrer radicalmente toda la inmundicia. Según mis observaciones y cálculos, más de un tercio se debe eliminar; sí, creo que hasta entonces habríamos eliminado lo peor. Ya hemos navegado demasiado por hondonadas nauseabundas y ahora debemos arrojar finalmente el lastre, para salir a flote una región más limpia y más sana (...) (pp. 249-250).

¡Cuánto le amenazaba lo que él llamaba *la inmundicia del género humano*! Esa *inmundicia* que le era tan ajena como propia.

Lo que le era ajeno y, a la vez, propio, anclado aquí está el rechazo (visto en los demás y a la vez en sí mismo) de lo que compartían aquellos que no debieran asumir ni gozar de la atribución a existir, que no pueden apelar a él porque no son merecedores de ello; repudio de lo que le era perteneciente y, por ese mismo rehusarse, le reflejaba extraño a sí mismo.

1.10. Natura y Contranatura

Una de las principales exigencias que Wagner se hacía era el de ser congruente con la naturaleza humana. En su obra “El Nazareno” (Vindras, 2002) se duele al respecto:

¡Si al menos lo hiciéramos con naturalidad! ¡Si al menos fuéramos aún tan naturales como un animal! Un animal se relaciona con sus iguales, pero el hombre! ¡Oh, hay una cosa que sucede de manera generalizada, que no ocurren en forma aislada: onanismo (Selbstschändung) actos contra natura con niños (Knabenschändung) y animales (Tierschändung) depravaciones (Schändlichkeiten) a las que sólo puede llegar la desviación humana! Y todavía invitan a sus dioses a morar en el recinto de su corazón, cuando el mejor ámbito que pueden ofrecerles está más sucio que un chiquero (...). (p. 314).

Al darse a lo que él consideraba actos contranatura una categoría de ser *generalizada*, Wagner mismo se hacía y se sabía parte de todos aquellos que así se desviaban de la elección de un objeto de la pulsión aceptado por los cánones sociales y morales; Wagner es así parte del suabo, del pueblo que comparte como una práctica propagada las desviaciones *humanas*, es uno más, es un sodomita, ya no había para él posibilidad de ser ese sujeto excepcional y diferente que anheló ser, aquel que empezaba a distinguirse de los otros ya en la apariencia que ofrecía, ya en el lenguaje que le era característico, pero esto no bastaba, era solo la imagen que pretendía ser un reflejo de su persona, de su civilizada y perfeccionada naturaleza, de su humana constitución.

1.11. La confesión de Wagner: Soy sodomita

Cito a la primera parte de la autobiografía de Wagner: “De entrada, quisiera liberarme de una confesión: soy sodomita. ¡Ya está! Logré sacarlo, ya no diré más.” (Vindras, 2002, pp. 69-70).

Vindras (2002) cita una definición de Sodomía, extraída de un diccionario alemán de psiquiatría (Wörterbuch der Psychiatrie und medizinischen Psychologie, Peters Urban und Schwarzenberg, 4ª edición), puesto que Wagner hacía referencia al término *sodomita* siempre que se aludía a los actos sexuales cometidos con animales, por lo que Anne Marie Vindras sugiere que, en este caso, se traduzca al español como bestialismo.:

Práctica sexual designada a partir de los extravíos sexuales de los habitantes de Sodoma (Génesis IX, 5-9). Realización del acto sexual con animales... En la mayoría de los casos, se trata de débiles y dementes (senilidad, alcoholismo), o de enfermos en estado maniaco, pastores solitarios, tensionados trabajadores agrícolas que no pueden llevar una vida sexual normal. (p. 69),

La sodomia como el acto que le alejaba de la parte virtuosa del ser humano, como lo que le ponía más del lado de lo animal, de lo insano, de lo impuro, en fin, de lo que *debía ser destruido, borrado de la vida humana*. Además, era lo que le dejaba en la cara su propia mezquindad, su insensatez, su disimulo de ocultar lo que era. El ser sodomita le hacía formar parte, evidentemente, de todo aquello que él rechazaba, la debilidad de cometer actos inmorales, tan inmorales que transgredían los límites de lo humano.

Esta trasgresión de los límites de lo humano que le llegó a ser tan angustiante porque lo hacía parte de aquello que rechazaba con mayor ahínco al hacerse partícipe de un acto que le colocaba en la misma línea de lo no humano, de lo impuro, lo malsano (Vindras, 2002):

(...) Nada valen vuestras lúbricas risotadas ante un solo minuto de autodesprecio. Ese mismo autodesprecio y la pesadumbre me han hecho encanecer antes de tiempo, pues sólo tengo 34 años: exactamente ésa ha sido la duración de mi sufrimiento. Les ruego bajar al Nazareno de la cruz y clavarme en su lugar, soy el sufrimiento encarnado. (p. 69).

El precio de sus actos de sodomia fue alto: ser el sufrimiento encarnado, verse tempranamente envejecido por la carga de sus actos impuros, pero, por sobre todo, verse remitido a la participación de lo que degrada la condición humana, lo que le ofrece la imagen de lo primitivo, donde la civilidad y la educación no pudieron hacer nada por no ser arrastradas al goce salvaje que desatiende los principios de la moralidad, renunciando a ser un hombre puro.

1.12. Reconocimiento: “¿Acaso no tiene cada uno el derecho a ser considerado en todas sus facetas?”

El reconocimiento de la diversidad que alberga en su propia subjetividad que hace Ernst Wagner se expresa de forma contundente en la carta que escribe al Sr. Schrempf, la que aquí cito prácticamente completa. Esta carta fue escrita antes del pasaje al acto, es, en si, una carta que abogaba por su derecho a ser todo lo que era y, que el llegar a cometer actos homicidas, no le quitara la brillantez de dramaturgo que presumía tener (Vindras, 2002):

¡Disntinguido señor Schrempf! Me llamo Ernst Wagner. Ahora su asombro será igual que su espanto. En este momento, la más profunda depravación está ligada a dicho nombre (...)

Sé que su asombro no será exiguo. ¡Pero si yo no conozco a este hombre!. Gracias a Dios que no lo conozco, dirá usted. Y querrá librarse de mí, pero no me dejo sacudir tan fácilmente, me sujeto con fuerza, así como lo hizo el hijo pródigo (...)

Si alguien me preguntara cómo llegué exactamente a cometer algo tan espantoso, no sabría responder. Siempre quise ser alguien especial y realizar algo extraordinario, y ahora felizmente lo he conseguido. Pero si fue impertinencia, locura, anormalidad o simplemente vileza, lo dejo a elección suya o de cualquier otro. No tengo en absoluto la intención de defenderme o de disculparme al respecto (...)

¿Acaso no le está permitido a un hombre que puso despiadadamente al desnudo toda su “culpa” por expresar el deseo de que no se pasen por alto sus aspectos positivos? ¿Acaso no tiene cada uno el derecho a ser considerado en todas sus facetas? Sé bien que querrán burlarse de mí incluso después de mi muerte. Y en su burla resonará ruidosamente su indignación de que yo haya osado vengarme.

(...)

Ernst Wagner

Degerloch, 26 de agosto de 1913. (pp. 321-324)

Es hasta estos escritos donde Ernst Wagner puede dar cuenta de su constitución miscelánea, combinada y contrapuesta a si misma. La exigencia es el ser juzgado por sus defectos y virtudes, por sus aciertos y errores, por sus encuentros y desencuentros.

Aunque en su Autobiografía, ya empieza a aceptar esa posibilidad de mezclarse en elementos contradictorios al señalar que él, un maleducado, puede escribir sobre formación (Vindras, 2002):

Bonita cosa puede resultar cuando un maleducado escribe sobre formación. Pero la grosería no me es congénita. Me fui volviendo grosero poco a poco. En otros tiempos parecía que de mí saldría algo por completo distinto: un muchachito acicalado. (p. 151).

Explicación en la que no encuentra consuelo ni descaso, en cambio si un doloroso reconocimiento entre el *deber ser* y el *ser*, la idea de que su genética no solo contenía aspectos negativos, y a pesar de ello, le fueron rasgos constitutivos que venían a anular o a transformar en lo contrario su condición natural o constitucional a la educación y la cortesía.

1.13. Antes y después del pasaje al acto criminal

Observo, en alrededor del pasaje al acto de Ernst Wagner un cambio de situación, y aunque después no *habló* de las especificidades de sus actos de sodomia, si pudo, de alguna manera, aceptarlos como ejecutados por él, dándoles así la categoría de lo propio, de lo que le pertenece.

Un antes en el que la insistencia en la univocidad era sostenida; la exigencia de ser él mismo y los demás, de una sola cara, compuesto de una sola

cosa, de ahí la exigencia de lo “puro”, el reclamo de congruencia con la naturaleza humana.

Un después donde, con todo y el sufrimiento que conlleva, se sabe un maestro formador tanto como un grosero maleducado; se vive en una historia de un muchachito acicalado y de un monstruo, se ve tanto en el hombre que toma una pluma y escribe sus creaciones literarias tanto como el que toma un arma y termina con la vida de personas amadas unas, odiadas otras.

El pasaje al acto por el que pudo al fin vivirse en todo lo primitivo que era, a la vez, con toda la premeditación de la que era también capaz. Acto criminal que da cuenta de una subjetividad que por fin le puede totalizar ante la angustia de estar parcializado e imposibilitado de vivirse en cada una de sus parcialidades, fragmentos unos opuestos a otros, unos símiles y otros aliados, daban cuenta de que no era *un uno*, que era un *sujeto dividido* entre deseos y pulsiones contradictorias, su subjetividad era una subjetividad múltiple.

1.14. Reflexiones

Considero que la intolerancia de los sentimientos contradictorios no le permitió darle un trámite diferente a su agresión, esta intolerancia lo llevó a destruir los objetos que así le amenazaban (tanto los amados como los odiados), no pudo sobrellevar el conservarlos. La angustia de aceptarse bueno y malo, amoroso y hostil, puso el escenario para la imposibilidad de reconocerse ambivalente.

La ambivalencia de sus relaciones objetales, la ambivalencia con que miraba sus objetos, la mirada mediatizada por su propia subjetividad, por su propia ambivalencia, acto en el cual, no mira solo al objeto, mira en el objeto su propia imagen y es precisamente esa imagen contrapuesta lo que le abruma al grado de angustiarse. Son, en mucho, sus actos de sodomia los que le persiguen

y, al margen de que los otros hablen de ello, él mismo se lanza un mudo grito que le costó mucho en palabras, su decir “soy sodomita”.

Por esto, lo que no era denigrado era idealizado, se tenía el descrédito y desaprobación o el noble enaltecimiento. No podía Wagner tolerar los sentimientos contradictorios; tan paradójicos como lo que significaba ser bilingüe con todo el peso que en Alemania tiene este bilingüismo. Este hablar en dos lenguas era la muestra de su división como sujeto y el suabo significaba el aceptarse partiendo de un origen genéticamente degradado y socialmente desfavorecido en relación a sus fantasías.

Supongo que el aceptarse multiconstituido puede llevar a paradojas en el sentimiento respecto de la constitución de la subjetividad, pero conjeturo que podría ser mayor la angustia de tener que ser siempre unívoco, congruente e integrado. Antitéticamente a esta idea, parece ser que Ernst Wagner lo que le agobiaba precisamente era saberse y sentirse integrado a partir de opuestos, lo que daría como resultado “no ser *uno solo indivisible*”, con insistencia en ser solo lo ético, moral y socialmente correcto, reclamando que su vida pulsional se siguiera por los causes de la normatividad definidos por los imperativos que aún siendo para él categóricos, no podía someterse a ellos, de aquí su intolerancia hacia sí mismo y hacia todo aquello que reflejara o expusiera lo que sentía como su fragilidad de voluntad.

El acto destructivo, postulo, tuvo que ver con la imposibilidad de ponerlo antes en palabras, de hablarlo, de dialogarlo; su sufrimiento era mudo y su intención destructora también, esto fue lo que instó a buscarle una expresión, una salida que, en este caso fue tan violenta como eficaz en la posibilidad de luego ponerle palabras a lo antes indecible. La enunciación hubiera, posiblemente, equivalido como un trámite a los componentes sádicos y libidinosos de la pulsión, que de alguna manera estuvieran al servicio de aceptarse ambivalente. En este sentido, quizá sus actos de sodomia puedan ser leídos como la expresión,

moralmente rechazada de su vida pulsional, la que por su misma constitución siempre contendrá elementos contradictorios y, por lo mismo, en conflicto.

La conclusión de mi lectura respecto del pasaje al acto criminal de Ernst Wagner, es que se trató de la puesta en escena de su propio drama escrito en un idioma consecuente a su alto alemán dramaturgo, encarnado en una vivencia pulsional que asumía como correspondiente a su condición suaba: de este modo está en posibilidad (por fin) de realizar un acto que señala la agresión vehemente, apasionada e impetuosa, pero a la vez, cuidadosamente articulada en una tragedia escrita con todo el discernimiento y escrúpulo del que fue capaz.

CAPÍTULO II. NOCIONES FREUDIANAS DE OBJETO Y SUJETO

Al estudiar la teoría psicoanalítica Freudiana, es común encontrarse con continuas referencias a su objeto de estudio que van siendo modificadas en función de dos aspectos: Uno de ellos es el ejercicio clínico de Freud, el otro, lo que va coligiendo precisamente de su objeto de estudio; Y es que a cada paso se fue construyendo un marco conceptual de postulados que intentaban cada vez dar cuenta de lo que acontecía en la vida psíquica de sus pacientes en su intento de exponer en su discurso la dinámica de algo tan difuso. Es por esto que los conceptos de Freud fueron variando desde su inicio hasta su conformación final, incluyendo sus elucidaciones en torno al Sujeto y al Objeto.

Luego de estos comentarios que me parecieron aptos para abrir este primer capítulo de *nociones Freudianas de objeto y sujeto* (esto es, las conceptualizaciones que Freud acuñó y/o tomó como válidas en torno a la vida subjetiva y la construcción de la misma subjetividad) me dedico a un abordaje histórico en la obra de Sigmund Freud, del concepto objeto y sujeto; pretendo localizar el origen del mismo, las nociones que en ellos están implícitas hasta concluir con la conceptualización final a la que Freud llegó en relación con estos términos.

2.1. Primer acercamiento a la concepción de *sujeto y objeto*: un punto de vista filosófico positivo

Inicialmente, la noción que Freud expone de *objeto y sujeto* es en el sentido filosófico tradicional positivo (objeto: aquello que se percibe y conoce; sujeto: el ente percibente y cognoscente), lo cual es comprensible si localizamos a Sigmund Freud como un hombre de su época, de modo que esta noción aparece de forma nítida como primer acercamiento a la postulación de una categoría general de objeto, incluyéndolo en el escrito realizado entre 1888 y

1893 *Algunas consideraciones con miras a un estudio comparativo de las parálisis motrices orgánicas e histéricas* (Freud, 1893 [1888-93]):

...cuentan la cómica historia de un súbdito real que no quería lavar su mano porque su soberano la había tocado. El nexo de esta mano con la idea del rey parece tan importante para la vida psíquica del individuo, que él se rehúsa a hacer entrar esa mano en otras relaciones (...). El valor afectivo que atribuimos a la primera asociación de un objeto repugna hacerlo entrar en asociación nueva con otro objeto y, a consecuencia de ello, vuelve inaccesible a la asociación la idea de ese [primer] objeto. (p. 208)

Es aquí cuando por vez primera hace mención a objeto, pero aún cuando la noción está asociada a un funcionamiento psíquico, todavía dista de un referente más allá de la oposición filosófica sujeto-objeto; la del sujeto que entra en asociación con el objeto y la modificación del significado del objeto para el sujeto mediante que éste último capta sensiblemente al primero y así se reordena este mismo sujeto en la medida que el objeto afecta el psiquismo del sujeto.

También es este el primer referente *al sujeto*, es localizado en un texto clínico, una plataforma en la clínica de la que Freud seguirá obteniendo fenómenos de la vida psíquica que luego él mediatiza por la reflexión, la elucidación, el comentario y las determinaciones teóricas al respecto.

Al exponer la noción inicial de objeto en Freud, correlacionándola con una filosófica, resulta necesario definir el concepto objeto desde la perspectiva de la filosofía, aquí la contenida en el Diccionario de Filosofía de Ferratér Mora (1986):

(...) deriva de *objetum*, que es el participio pasado del verbo *objicio*... El cual significa <echar hacia delante>, <ofrecerse>, <exponerse a algo>, <presentarse a los ojos>. En sentido figurado *objicio* significa <proponer>, <causar>, <inspirar> (un pensamiento o un sentimiento), <oponer> (algo en defensa propia) <interponer> (...) [interponer su disco entre los rayos del sol]... Se puede decir que 'objeto' es significa

en general, <lo contrapuesto> (análogamente al vocablo alemán *gegenstand* que se traduce comúnmente por 'objeto').

Es precisamente este objeto filosófico del que parte Freud.

A su vez, la inicial idea freudiana de sujeto puede ser correlacionada con la concepción filosófica de *Sujeto* desde un punto de vista gnoseológico, también localizada en el Diccionario de Filosofía de Ferratér Mora (1986):

(...) el sujeto es el sujeto cognoscente, el que es definido como 'sujeto para un objeto' en virtud de la correlación *sujeto-objeto* que se da en todo fenómeno del conocimiento y que, sin negar su mutua autonomía, hace imposible la exclusión de uno de los elementos. (p. 3166)

2.2. El Manuscrito G: Noción inicial del impacto en el sujeto del objeto sexual

Desde sus primeros escritos, Freud alude a la noción de objeto ya con connotaciones sexuales, aunque no se localiza aún una explicación de dicha noción de objeto. En el *Manuscrito G "Melancolía"*, el que como fecha tentativa tiene 7 de enero de 1895:

Toda la educación trabaja en el sentido de no despertar la s.S. [excitación sexual somática]¹, sino de trocar en estímulos psíquicos todas las excitaciones que pudieran despertarla (...) en caso de una viva s. S., el ps. G. [grupo sexual psíquico] (...) cobraría pronto, intermitentemente, una intensidad tal que (...) bastaría para poner el objeto sexual en posición favorable mediante reacción específica. (244 p.)

De nuevo aquí se localiza la idea de que el objeto impacta en el sujeto, delimitadamente en su neurofisiología con la facultad de alterarlo de algún modo; se está postulando un objeto preformado desde lo somático que puede bien

¹ El contenido de este paréntesis y el siguiente no están incluidos en el texto original, los introduje a fin de que el discurso fuera comprensible.

resolver la situación específica de la excitación y un sujeto también preformado somáticamente en sus procesos y reacciones; el anclaje es con la fisiología que demanda la aparición de un objeto fijado con anterioridad al encuentro con el sujeto también preestablecido o preintegrado desde la anatomofisiología.

2.3. Proyecto de Psicología: El sujeto dependiente, su objeto de la vivencia de satisfacción y de la vivencia de dolor

Es complicado llevar aquí un seguimiento puntualmente cronológico, debido a los tiempos mismos de producción de la teoría freudiana, donde los lapsos de escritura de un texto se empalman con los de al menos otro, aún así y tratando de hacer un seguimiento respetuoso de los tiempos de escritura, me remitiré a un escrito fechado entre 1886 y 1899, denominado *Proyecto de Psicología*. En él, se constituye una idea de un sujeto imposibilitado a ir por su objeto, sujeto dependiente de otro sujeto (un semejante) y a su vez, la de un objeto estructurado al seno de una vivencia de satisfacción o de una vivencia de dolor:

Si bien en este *Proyecto de psicología* (1950 [1895]) se vuelve a indicar un sentido filosófico del objeto y el sujeto, pero ahora además se relaciona al objeto con algo que viene de fuera a fin de procurarle al sujeto lo que no se puede gestionar por sí mismo:

(...) una cancelación de estímulo sólo es posible mediante una intervención que elimine por un tiempo en el interior del cuerpo el desprendimiento {desligazón} de qn [cantidad]², y ella exige una alteración en el mundo exterior (provisión de alimento, acercamiento del objeto sexual) que, como acción específica, sólo se puede producir por caminos definidos. El organismo humano es al comienzo incapaz de llevar a cabo la acción específica. Esta sobreviene mediante auxilio ajeno. (362 p.)

² Paréntesis no incluido en el texto original.

Freud (1950 [1895]) continúa su explicación de este objeto que provee el auxiliador, el individuo desvalido:

(...) es capaz de consumir sin más en el interior de su cuerpo la operación requerida para cancelar el estímulo endógeno. El todo constituye entonces una vivencia de satisfacción (...) y (...) Se genera en el manto la investidura de una neurona (o de varias), que corresponden a la percepción de un objeto (...) (p. 363)

Se perfila la idea de un sujeto de inicio invalido, incapaz, dependiente y necesitado el que está en proceso de ir, de a poco a poco, en ir ganando ciertas autonomías, a la vez, este es un ente casi mecánico en su funcionamiento, un organismo que sigue leyes de motilidad automática y que tiene relación con el objeto el cual le viene dado de afuera y, su sensibilidad al mismo está en que se produce un cambio al cancelar un estímulo interno, operación que el sujeto requiere hacer pero que se encuentra imposibilitado de realizarlo por sí mismo, es precisamente este auxilio ajeno en la presencia de un semejante, el que empieza a formar la noción de un algo ajeno al sujeto, esto es, un objeto.

Ese objeto, ajeno al sujeto, pero apto para gratificarle, es, como ya el mismo Freud lo explica, otorgado por un semejante; en ese tiempo el semejante no es en sí el objeto primordial (este es el alimento), pero sí es quien puede ofrecerlo: esto pone al semejante también en condición de objeto, de algo ajeno al sujeto que le viene desde afuera, un objeto que, por su aptitud para ofrecerle aquello indispensable, es preponderante.

También de este modo, la noción de objeto como correlato de la pulsión se va definiendo paulatinamente en las ideas de Sigmund Freud. A la vez, empieza a introducir la posibilidad de que el símbolo mental que corresponde al objeto, juegue especial papel en lo psíquico, a saber, en las siguientes citas: “tal vez sea la imagen-recuerdo del objeto la alcanzada primero por la reanimación del deseo” (p. 364), “(...) Cuando en el estado de deseo inviste de nuevo el objeto-recuerdo y entonces decreta la descarga, no obstante que la satisfacción

por fuerza faltará, porque el objeto no tiene presencia real sino sólo en una representación-fantasía” (p. 370).

Al señalar la imagen recuerdo del objeto, está implicada una idea de psiquismo donde se está inscribiendo la historia del sujeto, cobra así su condición de un ser histórico, al igual que el primer señalamiento de que vive tanto una realidad fáctica como una realidad psíquica por la posibilidad de que esta psique le ofrezca un objeto mental (objeto recuerdo) a manera de sustitución de ese otro objeto recordado, sin embargo, esto no puede dar trámite adecuado al deseo, entonces, el deseo de objeto queda sin cumplirse, no hay la descarga anhelada, descarga que sólo puedo asociar a la vida pulsional en la que entonces, sigue reinando un estado displacentero.

A la vez, señala que el objeto no solo es causa de displacer, sino también de dolor (Freud, 1950 [1895]): “merced a la vivencia de dolor, la imagen-recuerdo del objeto hostil ha conservado una facilitación privilegiada (...), en virtud de la cual se desprende entonces displacer en el afecto” (pp. 365-366). Se empieza aquí a dar vida a la idea de que el objeto, si bien parte de “afuera”, llega a estar representado psíquicamente y que son precisamente dichas representaciones objetales las que pueden tener una vida privilegiada en la psique del sujeto, quien verdaderamente queda sujeto a ellas.

Resulta interesante el señalamiento de *objeto hostil*, que en esta concordancia estaría en relación con un *sujeto hostilizado*, sosteniéndose de manera tácita la dicotomía sujeto-percibiente/objeto-percibido, pero que además, empieza a conferirle al objeto mayores posibilidades que la del trámite del placer, hay así una excitación más que es capaz de provocar, el dolor.

Además de esto, los objetos son comprendidos ahora como parte del mismo sujeto al tener su correlato en la imagen-recuerdo a la que éste puede acceder, habiendo aquí una fractura en el entendimiento de la dicotomía sujeto-

objeto, fractura que viene a reelaborar esta dicotomía que implica un intercambio permanente hacia la integración de ambos, el sujeto y el objeto.

Otro aspecto de este Proyecto de Psicología (1950 [1895]) llama la atención lo que se designa como el *complejo del prójimo*:

Supongamos ahora que el objeto que brinda la percepción sea parecido al sujeto, a saber, un prójimo... un objeto como este es simultáneamente el primer objeto-satisfacción y el primer objeto hostil, así como el único poder auxiliador. Sobre el prójimo, entonces, aprende el ser humano a discernir. (p. 376).

Es este un objeto biológico, psíquico y culturalmente privilegiado, organizador del sujeto por su intervención en las vivencias de satisfacción y de dolor.

(...) el complejo del prójimo se separa en dos componentes, uno de los cuales impone por una ensambladura constante, se mantiene reunido como una cosa del mundo, mientras que el otro es comprendido por un trabajo mnémico, es decir, puede ser reconducido a una noticia del cuerpo propio. (p. 377):

Huella mnémica reconocida en el otro, en el semejante, equiparado con lo correspondiente a sí mismo, pantalla donde puede ver en un “afuera” lo que le es propio, parece un símil, posiblemente un prototipo del mecanismo proyectivo, no necesariamente funcionando aquí como una defensa, sino al modo de una posibilidad de reconocerse en el otro, de verse en el objeto tal si fuera un espejo, quizá en un tipo de funcionamiento al estilo antropomórfico.

2.4. La carta 52: El sujeto de la condición mnémica excluyente de la percepción; la temporalidad del objeto que se extiende más allá de sus límites fácticos, hacia una atemporalidad

Enseguida un breve análisis de un documento con data el 6 de diciembre de 1896, al que luego se le llamó la Carta 52 de la correspondencia de

Freud con Fliess, en la que se ubica un gran punto de partida en sus entendimientos dinámicos del sujeto y el objeto. El sujeto de la Carta 52 es aquél que, por su división entre ser cognoscente e incognoscente, no puede dar cuenta de un complejo proceso del funcionamiento de su aparato psíquico, el de las transcripciones que sufre la percepción del objeto en virtud de las asociaciones y nexos a los que le somete el dinamismo psíquico, por lo cual, la representación psíquica del objeto puede ser asumida de un modo muy diverso por el sujeto. Este sujeto es atemporal, puesto que sus respuestas no necesariamente coinciden con lo acotado del concreto perceptual del objeto fáctico, y lo percibido puede transformarse en virtud de que la actividad de percepción sea relegada por la memoria. Así el objeto es histórico, tan histórico como el sujeto mismo, así como también, el objeto percibido por el sujeto pasa por entero al orden de la subjetividad.

En este entendido, la reacción del sujeto ante el objeto es atemporal y no necesariamente corresponde al objeto concreto, al objeto de la realidad fáctica, con lo que el sujeto de la carta 52 está extraviado en una extensa espacio-temporalidad, en la que queda prendido de su pasado y ligado a sus expectativas.

2.5. Estudios sobre la histeria: Sujeto sintomático y objeto provocador del síntoma

Otros escritos que cronológicamente son paralelos al *Proyecto de Psicología* continúan en referencia a estas nociones de objeto, por ejemplo, en *Estudios sobre la histeria* (1893-5), desde aquí es posible retomar los andamiajes clínicos que sostienen los desarrollos teóricos Freudianos, ya que estos escritos contienen historiales clínicos, a saber, los de la Señorita Anna O., Señora Emmy Von N., Miss Lucy R., Katharina, Señorita Elisabeth Von R; pacientes en las que investiga a través de la clínica, aspectos psíquicos de la histeria. De modo que es por vía del discurso de las histéricas que le es posible

colegir la dinámica de los afectos de sus pacientes, así como los vínculos que establecen con sus objetos, tanto como el impacto de los sucesos en la vida psíquica de ellas: Un sujeto que viene a ser modificado en su función por la acción del objeto.

2.6. Sobre el mecanismo de la desmemoria: Objeto psíquico genuino

En *Sobre el mecanismo psíquico de la desmemoria* (1898) Freud localiza un valor especial, dentro de la vida psíquica, de un objeto significativo para el individuo, lo llamó “objeto psíquico genuino” (p. 287), remitiendo a éste la aptitud para desprender un displacer por lo que se reprimen los pensamientos asociados a éste, así, el objeto psíquico genuino (el nombre del cual se ha olvidado) es también, en última instancia, el provocador del síntoma. La noción de objeto se va complejizando paulatinamente en Freud, en este escrito ya no es necesaria una relación directa con el objeto, en ese preciso momento, para que éste ejerza su influencia sobre el sujeto, así la presencia-ausencia “objetiva” o “concreta” del objeto, podría no hacer diferencia en el efecto que causa en él: ya completa su tesis de que una idea que corresponda al objeto, tiene la misma validez que el objeto mismo, habiendo figura o presencia (del objeto) no solo en ausencia del mismo, sino también en la desmemoria que el sujeto hace respecto de aquél.

El objeto es provocador del síntoma, esto es, causa de enfermedad del sujeto; la acción del objeto rompe así el esquema de una causa que se da directamente (acción del objeto – efecto en el sujeto), esto es, de un objeto que sin mediación de nada ni nadie, causa placer, displacer u hostilidad, el efecto se mediatiza por el síntoma: objeto-formación del síntoma-efecto. La acción del síntoma es tanto como proceso mediático como por apariencia de figuración (da cuenta de algo diferente a sí mismo) por la que se vislumbra el aspecto de lo oculto, por supuesto se trata de lo escondido en el síntoma, por lo que hay una aparente escisión entre la acción del objeto y su efecto en el sujeto, agregada a

aquello que entraña algo que va en otra línea en relación con la expresión del síntoma.

2.7. La interpretación de los sueños: Desde una concepción filosófica positiva de sujeto - objeto, a la idea de Sujeto deseante - Objeto del deseo

Aún con estos desarrollos en la definición de objeto, en su texto *La interpretación de los sueños (continuación)* (1900) la concepción que Freud tiene de *objeto*, sigue el sentido tradicional filosófico, en un dualismo sujeto-objeto: Sujeto capaz de conciencia (y de inconsciencia) y objeto susceptible de ser conocido o desconocido por el sujeto, de alguna manera accesible o inaccesible para él. Como ejemplo, cito: "... La satisfacción polutoria no se consume, como es lo habitual, con relación a un objeto aunque sólo sea imaginado, sino que sucede sin objeto (...)" (p. 394), haciendo ahora una puntualización como característica del objeto de conciencia "(...) no son objeto de la conciencia mientras no le ofrezcan un placer o un displacer para su percepción" (p. 566), así, la posibilidad de estimular el placer-displacer es la particularidad que aporta a las representaciones mentales de los objetos una cualidad psíquica. El esquema continúa siendo en mucho, naturalista, con el acento puesto en la neurofisiología de los procesos perceptuales y en la cualidad de percibido o no-percibido como condición primordial de lo consciente e inconsciente respectivamente y como proceso de recepción de información necesario para que el objeto cobre ante el sujeto una categoría como tal.

En este texto se localiza el concepto de *deseo* en el capítulo donde hace referencia al proceso primario y el proceso secundario, el que Sigmund Freud plasma como una corriente que arranca del displacer y apunta al placer a consecuencia de la añoranza de una huella mnémica que registra la primera vivencia de satisfacción (p. 588), me interesa hacer unas puntualizaciones al respecto ya que esto explica que es precisamente esa huella mnémica de una vivencia de satisfacción la que el sujeto toma como *su objeto*; Aunque no se

encuentra explícita la definición de una huella mnémica como objeto, puede ser pertinente hacer coincidir estos elementos y definir el objeto ahora en su cualidad de situación de aquello por lo cual se busca el cumplimiento de un deseo que tiene su correlato en un registro psíquico: el sujeto va tras sus huellas mnémicas de la vivencia de satisfacción tal si fueran un objeto fáctico por el que la pulsión pueda ser tramitada, procurando revivir esa vivencia, su objeto es, entonces, una representación inscrita en su historia, y como apuntara Luis Buñuel, un *objeto oscuro* en verdad y sobre el cual es imposible poner luz, fuliginoso por el efecto de un dinamismo que, continuadamente, empaña su forma.

2.8. Tres ensayos de teoría sexual: La historicidad de la sexualización del sujeto y el objeto: el sujeto del desarrollo pulsional y el contingente objeto de la pulsión

Como se ve, el concepto de *objeto* y *sujeto* se fue conformando gradualmente en la teoría Freudiana hasta que en *Tres ensayos de teoría sexual* (1905) la noción de objeto es madurada bajo un aspecto particular que viene a definir en gran medida su significado: Adquiere una estrecha relación con la pulsión.

En el ensayo que corresponde a las aberraciones sexuales (Freud, 1905), se localiza en la primera página del texto la frase siguiente: “Introduzcamos dos términos: llamamos objeto sexual a la persona de la que parte la atracción sexual, y meta sexual a la acción hacia la cual esfuerza la pulsión” (p. 123). El objeto tiene una función para y con el sujeto: para el sujeto se hace necesario un objeto, así y sólo así, puede dar trámite a la pulsión.

Explicita con mayor acento y puntualidad en el objeto y en el sujeto la categoría de *sexual* que tienen, esto es, de estar ligado al deseo; de ser sujeto deseante y objeto de deseo por el que se aspira tramitar la descarga pulsional. Este objeto de la sexualidad es dinámico en su relación sujeto ya que es

conceptuado como *la persona de la que parte la atracción sexual*, esto indica un objeto activo, que pone en juego algo suyo en la atracción, lo que implica una suerte de interacción (inter-acción) entre el sujeto y el objeto, y si bien la pulsión surge desde el sujeto, es por acción del objeto (incluso solo con su presencia) que se sigue la dinámica de la relación. Por otro lado, al detallar la existencia de objetos sexuales, también se muestra que hay objetos no sexuales.

El objeto es postulado en esta obra de los *Tres ensayos de teoría sexual*, como aquello por vía y acción de lo cual la pulsión demanda alcanzar su meta. Se explica aquí la contingencia del objeto de la pulsión así como de su meta, las desviaciones respecto de la norma de éstos. Con esto, es posible señalar que si bien el objeto es necesario para que la pulsión siga su curso, este mismo objeto presenta las marcas que el sujeto imprimió en ellas: la forma en que se va construyendo el objeto responde a la historia de las vicisitudes de la vida pulsional del sujeto: el sujeto mismo va definiendo su objeto o sus objetos, va detallando sus formas, sus aspectos, sus cualidades en una construcción a la deriva de los avatares, azahares y vicisitudes de sus encuentros; esto dota al sujeto de una condición menos pasiva respecto del objeto y efectivamente dinámica.

Así, en referencia a la elección del objeto (que por norma es una persona del sexo opuesto) se pueden presentar extravíos de modo que una persona no se encuentra indisolublemente ligada desde su nacimiento a un objeto sexual prefijado: el enlace entre pulsión y objeto sexual no está adelantadamente establecido y por el contrario, se encuentra sometido a una indeterminación de origen que hace harto difícil, si no que imposible, aventurar un pronóstico acerca de la predilección de los objetos sexuales que el individuo va a mostrar en su vida adulta.

Respecto a la variabilidad en la elección de objeto, Freud (1905) advierte: "...debemos aflojar, en nuestra concepción, los lazos entre pulsión y

objeto. Probablemente, la pulsión sexual es al comienzo independiente de su objeto, y tampoco debe su génesis a los encantos de este” (p. 134). Además, añade que:

(...) la pulsión sexual... Admite una variación tan grande y semejante rebaja de su objeto (...)
(...): bajo gran cantidad de condiciones, y en un número sorprendentemente elevado de individuos, la clase y el valor del objeto sexual pasan a un segundo plano. (pp. 135-136).

¿Cómo entender éste “debemos aflojar los lazos entre pulsión y objeto”?

La respuesta sólo está en el punto que un sujeto no se corresponde forzosa y necesariamente a un objeto específico. La ligadura entre el objeto y el sujeto se va conformando a medida que también se forma el mismo sujeto con toda su historicidad y sus objetos con sus particularidades, es un proceso que se da sostenido en el desarrollo de los otros elementos, por esto el lazo entre el sujeto y el objeto no está dado desde un inicio ni predeterminado a seguir caminos consolidados con antelación.

El objeto de la pulsión tiene también la indulgencia del sujeto (Freud, 1905): Es un objeto sobrevaluado al que se le adjudica una estima psíquica preponderante (p. 136), pero igualmente, el acceso al objeto puede verse obstaculizado por restricciones en la meta sexual que figuren ya como asco (p. 138), la vergüenza (p. 143), el dolor (p. 144) y se contraponen como resistencias.

La historia del individuo va acotando las características del objeto de pulsión, como una marca que perfila algunos aspectos que luego van a tener para el individuo el peso de la atracción.

En el ensayo de teoría sexual *La sexualidad infantil*, Freud (1905) va ubicando el objeto del niño, concluyendo acerca de la organización de la vida

sexual infantil una suerte de evolucionismo³ por el cual el objeto sexual y la forma de relacionarse con el mismo se encuentra esbozado de una manera más bien rígida. A cada tiempo le corresponde una acción particular, se enlaza con una función vital también específica y lleva a algunas particularidades a la sexualidad madura.

La primera elección de objeto, igual que las que le advienen, presenta características también específicas: se apuntalan en una función física vital, es autoerótica (el objeto se localiza en el cuerpo del mismo niño) y funciona bajo el predominio de una zona erógena (pp. 165-166). Hay aquí un parteaguas en la teoría Freudiana respecto del objeto y el sujeto, el primero ya no solamente es un algo externo o su representación mental, también puede figurar como objeto el cuerpo del mismo sujeto, e incluso, una parte de éste cuerpo, que viene a ser o erotizada y puede procurarle el trámite a la pulsión y en relación con el segundo, puede comportarse como un objeto: Objeto y sujeto están fundidos en uno solo, una porción del sujeto es el propio objeto de éste lo que implica una valiosa autonomía para el niño quien ya no necesariamente se encuentra a expensas de que le sea proporcionado para darle curso a la vida pulsional.

La contingencia del objeto que en los *Tres ensayos de teoría sexual* Sigmund Freud (1905) va perfilando en el devenir de las pulsiones se muestra desde la infancia en la que el niño va variando en la preferencia respecto del objeto y la idoneidad de éste para procurarle trámite a ésta, ya que a no obstante cualesquiera parte del cuerpo es apta de conducirse como zona erógena, se hallan determinados lugares favorecidos donde ésta posibilidad es mayor, zonas que no se portan con equivalente intensidad a la vez, debido al desarrollo psicosexual o libidinal, durante el cual existe un predominio gradual de estadios o fases: Inicialmente la fase oral, enseguida la anal, la fálica y la genital como

³ La denomino como una suerte de evolucionismo porque se establece un orden en función de un principio, pero aclaro que no se trata de un evolucionismo tajante en el que el avance a una etapa implique el entierro o la superación de la anterior, puesto que no hay aquí una fase que inicie y cierre, los correlatos de cada una de ellas puede aparecer, y de hecho lo hacen, a lo largo de la vida del individuo toda vez que esté transitando o ya lo haya hecho por ella.

última etapa. Es así como en cada tiempo el sujeto se transforma al ir viviendo sensaciones por las que se erotizan diversas partes del propio cuerpo, el cuerpo es así heterogéneo y por tanto, el sujeto lo es también al ir condensando paso a paso la oralidad, analidad y genitalidad.

Fases que, en relación a los imperativos de cada una de ellas, implican un acotamiento en las actividades que son propias para suministrarle placer al infante de un modo peculiar y que Freud denominó como pregenitales, por ser “organizaciones en que las zonas genitales todavía no han alcanzado su papel hegemónico” (p. 180). En estas organizaciones pregenitales se ordenan de un modo peculiar en las pulsiones parciales y definen momentos privilegiados de cómo se va a desarrollar la relación de objeto; Las etapas libidinales se determinan por una regularidad marcada en la disposición de la libido bajo la preeminencia de una zona erógena y por la supremacía de un modo de relación de objeto, de modo que con todo y lo heterogéneo del sujeto, esta heteronomía resulta supeditada, en cada paso, a algún elemento (de esa misma variabilidad) que guíe por un cauce más consistente y estable, pero igualmente, este elemento preeminente puede luego ser otro, sosteniéndose de alguna manera la heterogeneidad, más específicamente, su hete-ero-genidad, sus otras erogenidades.

La fase oral o canibática es la primera etapa del desarrollo psicosexual (Freud, 1905), aquí

(...) La actividad sexual no se ha separado todavía de la nutrición, ni se han diferenciado opuestos dentro de ella. El objeto de una actividad es también el de la otra; la meta sexual consiste en la incorporación del objeto, el paradigma de lo que más tarde, en calidad de identificación (...). El chupeteo puede verse como un resto de esta fase hipotética {fiktiv} (...); en ella la actividad sexual, desasida de la actividad de la alimentación, ha resignado el objeto ajeno a cambio de uno situado en el cuerpo propio. (p. 180)

El modo que el placer sexual privilegia depende predominantemente de la excitación de la cavidad bucal y de los labios, relacionados con la alimentación; esta actividad organiza las modalidades y significaciones de la relación con el objeto, que se encuentra en correspondencia con el de la alimentación; todo esto sienta las bases para el mecanismo psicológico de la introyección, por el que el sujeto desliza objetos de lo exterior al adentro. Aquí se deduce la relación de objeto como aquel conjunto de vínculos pulsionales entre el objeto y el sujeto, si bien un lazo de tal naturaleza implica que el objeto con el que el sujeto se relaciona no sea el concreto, sino el correspondiente a la representación que el segundo construya del primero y de la que inequívocamente se puede esperar un carácter infiel.

La introyección se encuentra ligada a la incorporación (su modelo es incorporación corporal –del alimento–), es un fin pulsional, un modo que caracteriza la relación de objeto en la fase oral y se vincula estrechamente a los procesos de identificación a través de los cuales el sujeto se construye sobre un modelo; estas son relaciones de objeto desde aquí definidas como prototipos de las formas posteriores de relación de objeto, a través de prácticamente todo contacto que el individuo tiene con su medio ambiente.

En el objeto de la pulsión oral está implícita una relación del sujeto con un semejante, donde la erotización del cuerpo viene dada por el lazo del sujeto con aquél que con su presencia y cuidados, se encarga de proveer al desvalido infante de los suministros necesarios, al menos, para la supervivencia. De modo que al estudiar a los niños, Freud tiene también bajo su observación el entorno donde se encuentran y las posibilidades y cualidades de ese entorno para ir participando en la constitución de los modos específicos de la subjetividad del sujeto. Es precisamente en estas condiciones donde observa al infante y colige de sus observaciones, sus teorías de la sexualidad infantil.

Ahora, en la organización sádico-anal, segunda en el desarrollo psicosexual, se identifica por una disposición de la libido bajo el primado de la zona erógena anal; la relación del objeto está típicamente marcada por las funciones de defecación (retención-expulsión), dado el valor simbólico de las heces (Freud, 1905):

Aquí ya se ha desplegado la división en opuestos, que atraviesa la vida sexual; empero, no se los puede llamar todavía masculino y femenino, sino que es preciso decir activo y pasivo. La actividad es producida por la pulsión de apoderamiento a través de la musculatura del cuerpo, y como órgano de meta sexual pasiva se constituye ante todo la mucosa erógena del intestino; empero, los objetos de estas dos aspiraciones no coinciden. Junto a ello, se practican otras pulsiones parciales de manera autoerótica. En esta fase, por tanto, ya son pesquisables la polaridad sexual y el objeto ajeno. (p.180)

El modo de relación de objeto con la zona anal está en función del retener y el soltar (Freud, 1905):

(...) los niños que sacan partido de la estimulabilidad erógena de la zona anal se delatan por el hecho de que retienen las heces hasta que la acumulación de estas provoca fuertes contracciones musculares y, al pasar por el ano, pueden ejercer un poderoso estímulo sobre la mucosa. De esa manera tienen que producirse sensaciones voluptuosas junto a las dolorosas. (p. 169)

De modo que las relaciones objetales también pueden tomar otro tinte, el del juego de la agresión, que luego toma forma en relaciones sadomasoquistas, además, el retener-soltar viene luego a aportar su legado a los vínculos que el sujeto establece con su ambiente en formas de ligarse con los objetos mediante el atesoramiento y acumulo o el dispendio y dilapidación, que luego puede dar lugar a relaciones de objeto obsesivo compulsivas.

Aquí introduce Freud (1905) a su teoría otro concepto, tomado de Bleuler: la ambivalencia, al señalar respecto a la analidad que

(...) esta forma de la organización sexual puede conservarse a lo largo de toda la vida y atraer permanentemente hacia sí una buena parte de la práctica sexual. El predominio del sadismo, y de la zona anal en el papel de cloaca, le imprimen un sesgo notablemente arcaico. Además, posee este otro carácter: los pares de opuestos pulsionales están plasmados en un grado aproximadamente igual, estado de cosas que se designa ambivalencia. (pp. 180-181)

Ahora, las relaciones de objeto no solamente son tiernas o agresivas, pueden contener ambas pulsiones.

La fase genital se especifica por la organización de las pulsiones parciales bajo la primacía de la zona genital; se compone de dos tiempos, separados por un período de latencia: la fase fálica (u organización genital infantil), y la organización genital propiamente dicha, que sólo se instaura definitivamente en la pubertad.

La organización fálica es especificada por una cierta unificación de las pulsiones parciales bajo la primacía de los órganos genitales, pero donde no se reconoce más que un sólo órgano genital, el masculino; la oposición sexual se expresa por la oposición equivalente fálico-castrado; esta fase corresponde al momento culminante del Complejo de Edipo. Al mencionar el complejo de Edipo, lleva a señalar una triangulación en las relaciones objetales, remite a la prohibición implícita en la leyenda de Sófocles: atañe a la inscripción del padre, sumo despojador de la madre, que inhibe la moción pulsional del hijo, instaurando el inconsciente en el que permanece suspicazmente vigilado el deseo del cumplimiento de mociones sexuales agresivas hacia los otros dos que intervienen en el triángulo edípico, la búsqueda del objeto sigue ahora algunas prescripciones y prohibiciones de las figuras parentales, la búsqueda será de hoy en más la del subrogado, que está ahora impreso vía el complejo de castración.

Es la interdicción paterna en el complejo de Edipo la que viene, vía la represión, a dotar al objeto de su cualidad de claroscuro prohibir tanto que el niño goce a su madre como ésta goce de su hijo, con lo que se enturbia o se nubla la

conciencia respecto del objeto e inclusive, del mismo deseo de objeto: el sujeto ya no sabe de su objeto ni de sí mismo, se es entonces, un sujeto ignorante y un objeto del cual se ignora.

Respecto del período de latencia, Freud (1905) entiende:

Parece seguro que el neonato trae consigo gérmenes de mociones sexuales que siguen desarrollándose durante cierto lapso, pero después sufren una progresiva sofocación; Esta, a su vez, puede ser quebrada por oleadas regulares de avance del desarrollo sexual o suspendida por peculiaridades individuales. (p. 180)

En este sentido, la latencia la pudiera considerar como un tiempo de ruptura por una resignación natural de las pulsiones que hasta el momento el individuo vivió, aunque tal resignación es sólo en apariencia y que el sujeto sigue siendo perturbado en su economía psíquica por la acometida constante de las pulsiones, al respecto, explica (Freud, 1905) que “las mociones sexuales infantiles... Cuyo aflujo no ha cesado, pues, ni siquiera en este periodo de latencia, pero cuya energía -en su totalidad o en su mayor parte- es desviada del uso sexual y aplicada a otros fines” (p. 161), cita, por ejemplo, la adquisición de la cultura personal y la normalidad posteriores del individuo, que requieren de la sofocación de las pulsiones ya que “la práctica sexual hace ineducable al niño” (p. 162). Unas cuartillas delante de esta frase, Freud va a exponer el valor sexual del trabajo intelectual y de la actividad muscular (pp. 184-186) de modo que si a estas actividades les corresponde una función sexual, también traen aparejadas un objeto sexual. El sujeto que aquí Freud dibuja es influenciado por condiciones socioculturales las que tienen poder de contender y contener sus pulsiones, incluso pareciera que es su misma condición biológica la que se resigna a ceder en pro del desarrollo intelectual y social, los que al poder tener un valor sexual, poseen la facultad de ser vía hacia objetos de la sexualidad. Es esta una renuncia temporaria y en ese sentido Freud aclara que no se espera una dominación total de la vida pulsional y que los visos que de muestras tiene que ver con *peculiaridades individuales*, esto es, se trata de un sujeto de su especie

tanto como un sujeto que presenta sus particularidades diferenciadoras de las genéricas.

Los modos de inhibir la sexualidad en el período de latencia, Freud (1905) señala que pueden ser de forma total o parcial, en la edificación de

(...) los poderes anímicos que más tarde se presentarán como inhibiciones en el camino de la pulsión sexual y angostarán su curso a la manera de unos diques (el asco, el sentimiento de vergüenza, los reclamos ideales en lo estético y en lo moral) (...). Tiene la impresión de que el establecimiento de esos diques es obra de la educación, y sin duda alguna ella contribuye en mucho. Pero en realidad este desarrollo es de condicionamiento orgánico, fijado hereditariamente, y llegado el caso puede producirse sin ninguna ayuda de la educación. Esta última se atiene por entero a la esfera de competencia que se le ha asignado cuando se limita a marchar tras lo prefijado orgánicamente, imprimiéndole un mayor orden. (p. 161)

La inhibición que sufre el sujeto en sus procesos, funciones y actividades sexuales resulta entonces algo que le es propio e inherente a su condición de sujeto: procede una interrupción temporal que se requiere en esos términos y que está sintetizada en el sujeto como también lo están las pulsiones mismas. El enfoque con el que Freud estudia estos procesos es en mucho organicista, a pesar de su señalamiento de la influencia de la educación. Este planteamiento denota el condicionamiento orgánico de los diques que inhiben la sexualidad y que vienen a organizar o a formar los sentimientos desagradables (como el asco y la vergüenza) por el rechazo de algo, así como las ideas de perfección que guían al sujeto, como los ideales estéticos y morales; a éstos se les está otorgando un origen condicionado orgánicamente y con todo que en su expresión también intervenga lo sociocultural, es algo que le viene al sujeto intrínsecamente, tal como si se tratara de una moción pulsional: La pulsión y la inhibición de la pulsión son integrantes del sujeto.

La segunda oleada de la etapa genital, sobreviene con la metamorfosis de la pubertad (Freud, 1905):

Con el advenimiento de la pubertad se introducen los cambios que llevan la vida sexual infantil a su conformación normal definitiva. La pulsión sexual era hasta entonces predominantemente autoerótica; ahora halla al objeto sexual. Hasta ese momento actuaba partiendo de pulsiones y zonas erógenas singulares que, independientemente unas de otras, buscaban un cierto placer en calidad de única meta sexual. Ahora es dada una nueva meta sexual; para alcanzarla, todas las pulsiones parciales cooperan, al par que las zonas erógenas se subordinan al primado de la zona genital. (p. 189)

En estos términos, el objeto es conformado por series de objetos parciales supeditados a lo genital, por ende, las relaciones de objeto también son susceptibles de verse teñidas varios modos de relación; a más de esto, también el sujeto que aquí implícitamente se describe, corresponde al de la supremacía de lo genital que integra así sus parcialidades.

En la supremacía que ahora cobra la genitalidad como integradora de las pulsiones parciales, hay una categoría la de normalidad de la vida sexual (Freud, 1905):

(...) es garantizada únicamente por la exacta coincidencia de las dos corrientes dirigidas al objeto y a la meta sexuales: la tierna y la sensual. La primera de ellas reúne en sí lo que resta del temprano florecimiento infantil de la sexualidad. (p. 189)

Más o menos aparejada con esta etapa genital (en sus dos oleadas) es donde, en sus *Tres ensayos de teoría sexual*, Freud (1905) localiza los dos tiempos de la elección de objeto:

(...) la primera se inicia entre los dos y los cinco años (...). Se caracteriza por la naturaleza infantil de sus metas sexuales. La segunda sobreviene con la pubertad y determina la conformación definitiva de la vida sexual (...)
Los resultados de la elección infantil de objeto se prolongan hasta una época tardía; o bien se los conserva tal cual, o bien experimentan una renovación en la época de la pubertad (...) A consecuencia del desarrollo de la represión (...) Sus metas sexuales han experimentado

un atemperamiento, y figuran únicamente lo que podemos llamar la corriente *tierna* de la vida sexual (...) La elección de objeto de la época de la pubertad tiene que renunciar a los objetos infantiles y empezar de nuevo como corriente *sensual*. La no confluencia de las dos corrientes tiene como efecto tantas veces que no pueda alcanzarse uno de los ideales de la vida sexual, la unificación de todos los anhelos en un objeto (pp. 181-182),

En esta última condición, el objeto puede volverse aún más contingente por su incompletud para procurar al sujeto el placer anhelado, aquí se localiza una de las principales premisas del psicoanálisis: La del sujeto incompleto, pero en este segmento está especialmente relacionado con lo inconcluso del objeto de la pulsión. Si bien la postulación del sujeto inconcluso e incompleto es rastreable desde el *Proyecto de Psicología* (1950 [1895]), en este apartado lo que resulta novedoso es que el objeto que el sujeto reclama, es un objeto pulsional.

Además, con esto, Freud empieza a dotar a su idea de pulsión de una posible asociación del objeto de la pulsión con otros objetos, lo que se da en una especie de proceso al avanzar en las etapas del desarrollo psicosexual, que si bien empiezan con un funcionamiento estrictamente pulsional (pulsiones sexuales, pulsiones de autoconservación) apuntan ir cumpliendo con otras condiciones de la vida social que ponen en marcha la represión, a costa de ir, en alguna medida, sosegando la fuerza pulsional.

En conclusión, la noción de “objeto” que Sigmund Freud va desarrollando en *Tres ensayos de teoría sexual* es que toda relación que el sujeto tiene con su entorno es una relación de objeto; de esta manera, el objeto es prácticamente todo, está dentro, está fuera, es una parte del cuerpo (propio o ajeno) es un ente, una cosa, una persona, pero, sobre todo, es algo investido pulsionalmente que da cuenta de la historia del sujeto, siendo por lo mismo al irse construyendo en función de la misma; Y respecto del “sujeto” es que el engarce entre lo psíquico y lo somático toma una vertiente acotada en la sexualidad, además, de que el sujeto freudiano es un sujeto histórico, por lo que la infancia tiene su peso en la conformación del mismo, no en un estricto sentido lineal de

“infancia es destino”, más si en la conformación de un abanico de posibilidades en el cual el sujeto se va moviendo en función de las vicisitudes de su vida misma, abanico que también se sigue construyendo en relación con estos mismos acontecimientos. No se trata, entonces del biologismo que reduce y especifica la forma del objeto, del sujeto y del nexo entre ellos, sino que esta triada está expuesta a avatares, accidentes, vicisitudes, urgencias y demás circunstancias que los van conformando consecutiva y recíprocamente.

Hay algo más en la noción del sujeto freudiano de los tres ensayos donde poner especial atención: se trata de un sujeto pulsional: un sujeto de erotización de zonas genitales y no genitales, un sujeto que vive sus pulsiones desde la más temprana edad, un perverso sujeto de objetos y metas particulares y también, un sujeto acorralado en un conflicto defensivo entre las pulsiones sexuales y las pulsiones de autoconservación. De igual forma es un sujeto de la libido, fuerza que varía cuánticamente en sus dos tipos, a saber, libido sexual y libido yoica.

Con todo y que los *Tres ensayos de teoría sexual* está fechado en 1905, éste es un escrito que Sigmund Freud modificó en el transcurso de las dos décadas siguientes, de modo que aunque resulta complejo, por esto mismo, hacer una referencia a sus andamiajes clínicos, considero que hay algunas obras en las que es posible apreciarlos claramente, cito, *Análisis de la fobia de un niño de cinco años –El caso Juanito* (Freud, 1909) y *Historia de una neurosis infantil – El hombre de los lobos-* (Freud, 1914[1918]), que fueron casos paradigmáticos en el desarrollo de la teoría psicoanalítica al encontrar en ellos elementos para postular y/o fortalecer cuestiones respecto del complejo de castración, lo pregenital, las teorías infantiles sobre la sexualidad sobre el nacimiento, la escena primordial, la elección de objeto, las fuentes de la sexualidad infantil, la masturbación infantil, la función paterna y materna, el autoerotismo...

En 1909, con el *Análisis de la fobia de un niño* se aprecia que sostiene tesis acordes a los Tres ensayos, en el párrafo que versa “a este placer de zonas erógenas lo adquirió con asistencia de la persona que lo cuidaba, la madre, y eso conduce ya a la elección de objeto. (p. 89), luego continúa reforzando su tesis del papel de la historia personal en la elección de objeto y de la primacía de ésta última sobre el devenir pulsional en el modo preferido de goce y placer buscados:

(...) es de todo punto inadmisibles distinguir una pulsión homosexual particular; lo que define a los homosexuales no es una particularidad de la vida pulsional, sino de la elección de objeto (...). Erróneamente nos hemos representado demasiado íntima la unión entre pulsión y objeto en la vida sexual. El homosexual, con su pulsionar -quizá normal-, nunca llega a desprenderse de un objeto singularizado por una determinada condición. (p. 90)

Hasta aquí, la concepción de la noción de objeto se prefigura como un medio para lograr un fin estrictamente pulsional y para asociar más directamente éste a condiciones del orden de lo social; y el sujeto se perfila como aquel organismo con una vida sexuada histórica y engarzada somática y psíquicamente, que va tras un fin pulsional y que luego puede amarrar a otras condiciones de orden social.

En el texto de *Cinco conferencias sobre psicoanálisis* (Freud, 1910), señala:

(...) [En] la pubertad las más de las veces queda listo, plasmado, el carácter sexual definitivo del individuo. Por una parte, las pulsiones singulares se subordinan al imperio de la zona genital (...) Y la satisfacción de aquellas conserva un valor sólo como preparadora y favorecedora del acto sexual en sentido estricto. Por otra parte, la elección de objeto esfuerza hacia atrás al autoerotismo, de modo que ahora en la vida amorosa todos los componentes de la pulsión sexual quieren satisfacerse en la persona amada. Pero no a todos los componentes pulsionales originarios se les permite participar en esta conformación definitiva de la vida sexual. Aún antes de la pubertad se imponen, bajo el influjo de la educación, represiones en extremo enérgicas de ciertas pulsiones, y se establecen poderes anímicos, como la vergüenza, el asco, la moral, que las mantienen a modo de

unos guardianes (...) Formaciones anímicas reactivas (...) Imposibilitan reanimar las pulsiones (...) Sobre todo las mociones placenteras coprófilas (...). Además, la fijación a las personas de la elección primitiva de objeto. (pp. 40-41)

Siguen en el mismo tenor las ideas de Tres ensayos, solo que en este párrafo se descubre la idea de que no se trata solo de pulsiones sexuales y de conservación, también considera la actuación de elementos amorosos, así como de poderes anímicos que descansan en la orden de lo social. La viabilidad de acceder al objeto elegido está de este modo aprehendida a condiciones que no son ni del objeto ni del sujeto.

2.9. Puntualizaciones psicoanalíticas sobre un caso de paranoia descrito autobiográficamente: Objeto persecutor - sujeto perseguido:

Freud no solamente hizo referencia al objeto de la pulsión y al objeto de amor, explica que la relación que se tiene con el objeto también puede ser una amenaza al sujeto, explicación que ofrece en unas notas acerca del mecanismo paranoico en *Puntualizaciones psicoanalíticas sobre un caso de paranoia descrito autobiográficamente* (1911), que dicen a la letra

(...) en la medida en que el objeto impugnado deviene lo más importante en el mundo exterior, por una parte quiere atraerse toda libido, por la otra moviliza contra sí todas las resistencias, y la lucha en torno de ese objeto único se vuelve comparable a una batalla general en cuyo transcurso el triunfo de la represión se expresa por el convencimiento de que el mundo ha sido sepultado y ha quedado el sí mismo solo. (p. 67)

Así, al objeto ya no solo se le puede adjudicar las condiciones de dar placer o displacer (si se accede o no a él), también puede aparecer como la única y amenazante vía de relacionarse el sujeto con el mundo; el objeto ya no es solo libidinal, de sobrevivencia o de amor, también puede trocar en uno de odio, temor, persecución. Objeto impugnado y sujeto que lo impugna: dinámica de contraposición, de rechazo y rebatimiento, ese es el objeto persecutor del sujeto perseguido, acosado por la idea de que no tiene en quien confiar, es entonces un

sujeto intranquilo, desesperado por no tener un lugar donde tener bienestar, un espacio de bien-estar.

2.10. Tótem y Tabú: La ambivalencia del objeto sometedor y del sujeto sometido

Un objeto de naturaleza tan persecutoria como protectora está impreso en el texto de *Tótem y tabú* (1913-14). El tótem es

(...) por regla general un animal comestible, inofensivo o peligroso y temido; rara vez una planta o una fuerza natural (lluvia, agua) que mantienen un vínculo particular con la estirpe entera (...). Es en primer lugar el antepasado de la estirpe, pero además su espíritu guardián y auxiliador que le envía oráculos. (p. 12)

El objeto totémico, protege y ataca, es bueno y es a la vez malo, puede personificarse en cualquier ente, además, lo trascendente aquí es que no se trata de un objeto personal, individual, es propio de todos los sujetos de una estirpe y, más aún, es lo que les mantiene unidos y en algunas ocasiones paradójicamente definiendo al incesto al margen de los lazos estrictos de consanguinidad sino por definición de los sujetos de cada tótem.

El tótem es el objeto que, en relación con el sujeto, define una serie de interdicciones en la forma del tabú. Respecto del tabú, Freud (1913-14) declara:

El significado del tabú se nos explicita siguiendo dos direcciones contrapuestas. Por una parte, nos dice «sagrado», «santificado», y, por otra, «ominoso», «peligroso», «prohibido», «impuro». Lo opuesto al tabú se llama en lengua polinesia «noa»: lo acostumbrado, lo asequible a todos. Así, adhiere al tabú algo como el concepto de una reserva; el tabú se expresa también esencialmente en prohibiciones y limitaciones. Nuestra expresión compuesta «horror sagrado» equivaldría en muchos casos al sentido del tabú. (p. 27)

Aquí rastrea la ambivalencia en las mociones de sentimiento, en un objeto siempre mixto, de componentes opuestos en encontrados adjetivos que

representan lo más contradictorio, pero a la vez, lo menos familiar, lo que está lejos de la cotidianidad: El objeto que representa el tótem compuesto, mezclado y, por ello, heterogéneo y desemejante en sus constituyentes.

Es en este marco de referencia donde Freud (1913-14) explica que el tótem es tan poderoso que se desagravia a sí mismo tanto por la vía del propio sujeto que lo ofendió transgrediendo los lineamientos del tabú, como por mano de los congéneres del sujeto con castigos prácticamente automáticos (p. 29). Aquí se encuentra un aspecto especial en las interdicciones inherentes al tabú, su influencia en las personas a modo de una avanzada que enferma, aquél objeto totémico al que no se debe acceder, que debe permanecer fuera del alcance del sujeto: "...prohibiciones... Como si ellas fueran necesarias por poseer ciertas personas y cosas una fuerza peligrosa que, casi al modo de una infección, se contagiara por contacto con el objeto cargado" (P. 30). Así, el tabú genera miedo y más que eso, Freud indica que es el miedo: "el tabú no es más que el miedo, devenido objetivo, al poder demoníaco que se cree escondido en el objeto tabú" (P. 32). El objeto al que aquí se hace referencia es por vía del cual el primitivo sufre un impacto que establece el tabú, ese *miedo devenido objetivo*, y es que, si al objeto le son adjudicados poderes demoníacos, resulta entonces que casi cualquier cosa que pueda intentar el sujeto para contender contra esa influencia será infructuosa y hasta contraproducente: El poder demoníaco tanto como el sagrado son superiores respecto del sujeto y él se somete a los designios de éstos. El objeto es, entonces, el sometedor y el sujeto el sometido, sumisa posición devenida de la subjetividad que le inclina ante el poder de lo sobrehumano.

Respecto del contagio que puede partir del objeto tabú, en este texto (Freud, 1913-14) se hace una analogía respecto a las prohibiciones obsesivas, que dicen a la letra,

(...) es característica de las prohibiciones obsesivas una grandiosa desplazabilidad; siguiendo unas vías de conexión cualesquiera, se propagan de un objeto a otro y vuelven también a este último

«imposible», según la certera expresión de una de mis enfermas. La imposibilidad termina por invadir el mundo todo. (P. 35)

De modo el objeto no se circunscribe sólo a sí mismo, su naturaleza puede invadir hacia fuera del límite físico que lo encierra, lo que rompe el límite que lo circunda, ya no es más un objeto ceñido a un espacio cerrado. Además de esto, resulta interesante la analogía entre prohibiciones tabú y prohibiciones obsesivas, siendo aquí necesario remitirse a ese aspecto de *miedo devenido objetivo* y al *poder del objeto* indicados en el párrafo anterior; eso es precisamente lo que comparten esos dos objetos, el poder de provocar un miedo devenido tan objetivamente que paraliza el movimiento del sujeto hacia el objeto, un miedo que tiene la fuerza de aparecerse en el sujeto con la contundencia de lo concreto, de lo que el sujeto puede dar cuenta de él tal si se tratase de una realidad fáctica.

Luego amplía la explicación del mecanismo psíquico en la neurosis obsesiva:

(...) He aquí el historial de un caso típico de angustia de contacto: al comienzo, en la primerísima infancia, se exteriorizó un intenso placer de contacto (...) Pronto una prohibición contrarió desde afuera ese placer; la prohibición, justamente, de realizar ese contacto, (...) La prohibición no consiguió cancelar a la pulsión (...) Tanto prohibición como pulsión se conservaron. La segunda, porque sólo estaba reprimida, no cancelada; y la primera, porque si ella cejaba, la pulsión se abriría paso hasta la conciencia, y se pondría en ejecución (...) El carácter principal de la constelación psicológica fijada de ese modo reside en lo que se podría llamar la conducta ambivalente del individuo hacia un objeto o, más bien, hacia una acción sobre el objeto. Quiere realizar una y otra vez esa acción -el contacto- [ve en ella el máximo goce, mas no tiene permitido realizarla], pero al mismo tiempo aborrece de ella (...) La prohibición es expresa y conciente; en cambio, el placer de contacto, que perdura, es inconciente. (Totem y tabú, El tabú y la ambivalencia de las mociones de sentimiento, parte 2, párrafos 12 y 13)

Prohibición y placer convergen en un mismo objeto o una misma actividad (aunque en sí la actividad puede ser también un objeto), mezcla difícil de tramitar, o se incumple el placer conteniendo la imperiosidad de su demanda, o se las tiene que ver con las interdicciones de la prohibición; A la vez, el sujeto es ambivalente y contrapuesto a sí mismo, contrapuesto en los elementos de esa constelación psicológica fijada; éste término de *constelación* aplicado al ámbito de lo *psicológico* remite a dos consideraciones, la primera es que se refiere que un grupo de cosas que convergen en un tiempo y un espacio determinado, igualmente, implica que esos objetos presentan un dinamismo cíclico. Es interesante la explicación del dinamismo psíquico de la obsesión en la forma de una constelación específica, bordeada y dinámica del sujeto.

En esta *constelación*, la ambivalencia que se favorece en el sujeto se describe como un modo enfermo de la relación con el objeto; la propuesta es que el objeto de algún modo se viera afectado por el sujeto ambivalente y, particularmente afectado por un modo impreciso, diría que su ambigüedad de posturas contrapuestas, puesto que la referencia que Freud hace es hacia una relación con el objeto, esto significa el cierre de un círculo, ya que no sería solamente el objeto quien viene de afuera (o de dentro) e impresione al sujeto, sino que el mismo objeto estaría en condición de ser perturbado por el tipo de vínculo que lo amarra al sujeto. A la vez, el sujeto mismo parece sufrir esta “mezcla difícil de tramitar”, que a final de cuentas, es la que lo constituye.

2.11. Introducción del narcisismo: La inevitable fusión entre El objeto huidizo que construye al sujeto y el sujeto autoerótico que es objeto de sí mismo

Desde *Puntualizaciones psicoanalíticas sobre un caso de paranoia descrito autobiográficamente*, Freud (1911) va desarrollando un concepto trascendental en sus teorizaciones respecto del objeto, el de narcisismo. Donde ya lo explica como un estadio de la libido entre el autoerotismo y el amor de

objeto (p. 67). Desde los *Tres ensayos de teoría sexual* ya se localiza la noción de autoerotismo y, como lo señalé, sus implicaciones respecto de poseer en el propio cuerpo al objeto de la pulsión, libera en cierta medida al sujeto de su dependencia con el exterior. Ahora, en *Introducción del narcisismo* (1914), este objeto autoerótico deviene en objeto de amor y el sujeto en sujeto amoroso.

En *Introducción del narcisismo*, Freud (1914) distingue la relación de objeto por apuntalamiento –basada en la necesidad–, de la relación de objeto narcisista, basada en la proyección del ideal del yo. En inicio aparece un par de ideas al análisis de la construcción del sujeto y el objeto freudiano: (1) regresa al objeto de la necesidad, aquél objeto preformado y tipificado a resolver una necesidad fisiológica determinada y vital, y (2) define también a un sujeto con un modelo de referencia, una instancia yoica ideal que viene a ser un sustituto del narcisismo primero que este sujeto perdió.

Una tesis central en la teoría del narcisismo, idea al yo a modo de una organización que sobreviene de un acto psíquico específico en el que las pulsiones se conjugan en una unidad y el yo es tomado como objeto libidinal siguiendo el prototipo del autoerotismo. Se corresponde a un sujeto es pos de un objeto externo que, por lo inaprensible o escurridizo que le resulta, se dirige a tomar a una instancia de su propia personalidad como su objeto, al yo, el que se convierte en un objeto libidinizado, sexualizado y así, el sujeto vive sexualizadamente cada una de las funciones de ese yo.

Para empezar explica que el narcisismo es (Freud, 1914) “... el complemento libidinoso del egoísmo inherente a la pulsión de autoconservación. (p. 71-72). Freud está aquí haciendo mención de la pulsión de autoconservación se remite a la idea del sujeto biológico, a las funciones fisiológicas de un organismo, pero igualmente señala que está en estrecha relación con el sujeto de la pulsión, del engarce entre lo psíquico y lo somático.

Freud (1914) explica en este texto que la libido se retira de los objetos investidos para ser vuelta al yo, esto es narcisismo; la libido objetal es máxima en el amor, a mayor libido objetal, mayor empobrecimiento de libido narcisista y viceversa. Señala también que la libido se hace objetal cuando la carga libidinosa del yo sobrepasa cierta medida, así, un intenso egoísmo protege contra la enfermedad; hemos de comenzar a amar para no enfermar, y enfermamos en cuanto una el amar está impedido.

Aludiendo a la figura mitológica de narciso, Freud se valió del término *narcisismo* a fin de puntualizar un estadio primitivo de desarrollo sexual en el que la libido recae en el propio sujeto y no en otra persona. El narcisismo es entonces una investidura libidinal que busca anular al objeto; esta inexistencia del *otro* o de *lo otro* es por fundición de *eso otro* con el sujeto mismo, una primitiva manera de protegerse de angustias también primitivas: el sujeto se aleja del objeto que lo priva, niega la dependencia que con éste tiene al recrear en sí mismo aquello que del otro le hace falta, una parte del yo es convertido el ese objeto y el yo se ofrece así como objeto pulsional, objeto que resulta investido desde las pulsiones.

Aquí, *objeto* ya no solo se circunscribe a una cosa exterior, a un suceso que causa el deseo, a una parte del mismo cuerpo del sujeto: objeto es una instancia, el yo, el cual sobreviene así de un acto psíquico específico, acto que se sienta en que las pulsiones se conjugan en una unidad y el yo ha venido a colocarse en el lugar deshabitado del objeto de la pulsión. Y la concepción de sujeto producto de su propia historia toma un referente más en el seguimiento de *autoerotismo* - *narcisismo primario* - *narcisismo secundario* y constituido por la serie de objetos libidinizados que luego lo conforman al seno de su misma dinámica psíquica.

El narcisismo que es una tiempo de la vida libidinal, de la constitución del yo y de las relaciones objetales en el que hay una fusión entre el yo y el

objeto a fin de hacerse el sujeto tan independiente en el trámite de sus pulsiones que no requiera de nada más, sólo de sí mismo. A causa del narcisismo el yo, queda sexualizado y es de este modo le provee al sujeto un cierto margen respecto del mundo exterior en el cual el sujeto ubica la motivo de la angustia que amenaza con disgregar ese yo.

Las operaciones que hace el yo para representar a los objetos amados opera a manera de síntesis como de separación:

- Síntesis de condensar en sí mismo aquello que le apremia o que desea.
- Síntesis de fundirse con aquello que, desde afuera, le deja ver el propio desamparo del sujeto, desamparo respecto de los objetos.
- Separación hacia dentro de sí mismo, ya que en la propia instancia del yo se embuten representaciones, a manera de una imagen de objeto e incluso, el mismo objeto (el objeto en sí); funciona hacia adentro con el carácter de un objeto fuera del yo.
- Separación del yo y del mundo, si bien ese yo representa al mundo, se ofrece al ello a fin de divorciarlo de su dependencia con los objetos pertenecientes al ambiente.

No solo es una etapa en el desarrollo del yo, que va del autoerotismo, al narcisismo y termina en la elección de objeto; es un proceso por el que el yo se constituye: Instauración de una instancia psíquica que remite a una imagen integrada, aunque integrada en sus parcialidades.

Un aspecto a trabajar respecto del narcisismo es su origen con una connotación de lo social; una lectura ligera podría llevar fácilmente al equívoco de que el narcisismo nace y prosigue en el quebranto del lazo social. El sujeto reconoce un peligro y busca desasirse de él, por el riesgo de la falta de tramitación de una exigencia pulsional, lo que se vivencia con angustia; si bien se rechaza esa realidad, no se niega, esto es, se reconoce como peligrosa, una

situación que definitivamente compromete al sujeto, instaurando al yo como una suerte de identificaciones con los objetos anhelados: el vínculo del yo con lo social aquí se amarra y el semejante se instaura como un imperativo al que no se puede renunciar. Es un sujeto amarrado a sus objetos y un objeto que solo cobra vida, para el sujeto a través de sus contactos con él.

Así, en su afán de liberarse del mundo, el narcisista queda atrapado en este entorno ya que el narcisismo, a modo de núcleo libidinal egoísta, impone la dependencia al entorno, además, es sólo por la vía de los demás como el sujeto confirma la propia identidad, con todo y lo narcisista que resulte ser. Paradójicamente, el rechazo de ser vulnerable por la dependencia al objeto, lleva a la fusión entre el sujeto y el objeto.

Por si esto fuera poco, en el narcisismo podemos encontrar el prototipo de las primeras relaciones objetales que aún y cuando hagan referencia a un objeto “de dentro”, remite a una forma de vinculación, ligazón que al menos implica “otro”. El yo como un objeto libidinal se forja como una exigencia inevitable de cualquier posterior libidinización objetal, de suerte que toda la libido puesta en los objetos, es secundaria a la libido narcisista.

2.12. Pulsiones y destinos de pulsión: El objeto como parte del concepto “pulsión”; El objeto variable y el sujeto de las pulsiones

Posteriormente, en *Pulsiones y destinos de pulsión* (1915a) son precisados a mayor detalle los componentes de la pulsión, concepto que contiene, además de objeto y meta, las nociones de esfuerzo y fuente:

Por esfuerzo {drang} de una pulsión se entiende su factor motor, la suma de fuerza o la medida de la exigencia de trabajo que ella representa {repräsentieren}. Ese carácter esforzante es una propiedad universal de las pulsiones, y aun su esencia misma. Toda pulsión es un fragmento de actividad (...).

La meta {ziel} (...) Es en todos los casos la satisfacción que sólo puede alcanzarse cancelando el estado de estimulación en la fuente de la pulsión (...) [La] Meta última permanece invariable (...) [pero] los caminos que llevan a ella pueden ser diversos (...). (p. 118)

El objeto {objekt} de la pulsión es aquello en o por lo cual puede alcanzar su meta. Es lo más variable en la pulsión; no está enlazado originariamente con ella, sino que se le coordina sólo a consecuencia de su aptitud para posibilitar la satisfacción (...) [desplazamientos por los que sufre] cambios de vía {wechsel}...". (Ibid)

Por fuente {quelle} de la pulsión se entiende aquel proceso somático, interior a un órgano o a una parte del cuerpo, cuyo estímulo es representado {repräsentiert} en la vida anímica por la pulsión (...). (pp. 118-119)

Así, la noción de pulsión se liga a otra noción (energética), al registro económico del placer (disminución de la tensión) y displacer (aumento); Se configura un sujeto sometido a fuerzas dinámicas que ponen en movimiento al mismo sujeto en búsqueda de la cancelación del estímulo displacentero y la procuración del placer que da la disminución de la tensión.

Esta noción de pulsión (trieb), que implica una representación psíquica de estímulos cuyo origen se encuentra en procesos somáticos, no tienen un objeto único y prefijado, es por ello el señalamiento de que el objeto es lo más variable de la pulsión, así en la oralidad, la necesidad de comer, el displacer del hambre únicamente se satisface con un objeto, necesidad que se satisface mediante el alimento y no con otro, su objeto está indisolublemente enraizado. En cambio, respecto de la tramitación de la pulsión, se puede llevar mediante una variabilidad de objetos, la elección de los cuales depende de las vicisitudes y características de la relación entre pulsión y objeto en la historia singular de un sujeto.

Es en este texto de *Pulsiones y destinos de pulsión* (Freud, 1915a) se localiza otro importante acento en la perspectiva del estudio del objeto al liberarlo de su estrecha relación con la pulsión sexual y asociarlo a funciones de conservación, aunque es una condición que Freud ya venía explicando desde *Tres ensayos*, es un aspecto que en este texto de *Pulsiones* no se puede dejar

de lado: "(...) En el hallazgo de objeto (las pulsiones) siguen los caminos que les indican las pulsiones yoicas (...). (p. 121), aquí que el impacto que el objeto impone a la pulsión es significativo, puesto que implica una localización tópica y dinámica de los objetos, que ahora no solo sirven al ello, son también objetos del yo.

Asimismo en *Pulsiones y destinos* (Freud, 1915a) hay una explicación que cambia la dinámica del objeto, cuando la pulsión se vuelve hacia la propia persona, para lo que Freud hace referencia al sadomasoquismo en su vuelta del sadismo para convertirse en masoquismo; la vuelta sobre la pulsión es aquí la novedad.

- A. El sadismo consiste en una acción violenta, en una afirmación de poder dirigida a otra persona como objeto.
- B. Este objeto es resignado y sustituido por la persona propia. Con la vuelta hacia la persona propia se ha consumado también la mudanza de la meta pulsional activa en una pasiva.
- C. Se busca de nuevo como objeto una persona ajena, que, a consecuencia de la mudanza sobrevenida en la meta, tiene que tomar sobre sí el papel de sujeto. (p. 123)

El sujeto de cargas de energía, el sujeto activo por la condición del empuje de la pulsión, luego puede ser el objeto al que esa pulsión se dirige, la meta pasiva.

Otra categoría que en el presente escrito Freud (1915a) incluye es el objeto de amor y el objeto de odio, el ser objeto de amor y el tener un objeto de amor, unidas indisolublemente ya que "de la oposición amar-odiar, hay la que media entre amar y ser amado, y, por otra parte, amar y odiar tomados en conjunto se contraponen al estado de indiferencia". (p. 128)

En estas líneas se continúa diluyendo el límite entre sujeto y objeto: en la dinámica psíquica puede acontecer que el sujeto sea objeto y viceversa. El sujeto es objeto para sí mismo y para el otro, para su objeto, y es precisamente

en esta toma de posesión del sujeto a manera de objeto como opera la vida libidinal en los pares pulsionales que en el presente escrito explica, a saber, sadismo-masoquismo, vouyerismo-exhibicionismo y en la múltiple oposición entre los objetos de amor-odio y ser uno mismo el objeto de amor o tenerlo y la indiferencia respecto del objeto.

Aún y cuando en el texto se muestra esta ruptura de las demarcaciones entre sujeto-objeto, se encuentra un párrafo en el que Freud explica el límite entre estos: “La oposición entre yo y no-yo (afuera), [o sea] sujeto-objeto, se impone tempranamente al individuo... Por la experiencia de que puede acallar los estímulos exteriores mediante su acción muscular, pero está indefenso frente a los estímulos pulsionales” (p. 128), el objeto viene del exterior e impacta al individuo, como una fuerza de choque, pero lo que se señala aquí es la diferenciación, para el sujeto, de lo que es yo y lo que es *no-yo*, y no la dinámica de las relaciones del sujeto y el objeto.

Señala que (Freud, 1915a)

(...) El objeto es aportado al yo desde el mundo exterior en primer término por las pulsiones de autoconservación; y no puede desecharse que también el sentido originario del odiar signifique la relación hacia el mundo exterior hostil, proveedor de estímulos... Lo exterior, el objeto, lo odiado, habrían sido idénticos al principio. Y si más tarde el objeto se revela como fuente de placer, entonces es amado, pero también incorporado al yo, de suerte que para el yo-placer purificado el objeto coincide nuevamente con lo ajeno y lo odiado. (p. 131)

La mezcla de los objetos imprime aquí de nuevo la noción de ambivalencia objetual, ahora estudiada desde lo bueno y lo malo (por lo placentero y displacentero que le resulte al sujeto) que luego se trasponen entre lo amado y lo odiado; además, localizo la proyección (un hacia fuera) del objeto malo y la introyección, como lo de dentro es el objeto bueno: el objeto del placer fusionado con el sujeto, en cambio, lo hostil como lo diferente de él, lo que le es ajeno. Y en todo ello, hay un tratamiento igual a los objetos externos y a los objetos internos.

Es desde 1914, en *Introducción del narcisismo* y luego en 1915 en *Pulsiones y destinos de pulsión* que Freud asigna a los objetos la particularidad de conformar una instancia psíquica, el yo:

(...) el amor proviene de la capacidad del yo para satisfacer de manera autoerótica, por la ganancia de un placer de órgano, una parte de sus mociones pulsionales. Es originariamente narcisista, después pasa a los objetos que se incorporaron al yo ampliado, y expresa el intento motor del yo por alcanzar esos objetos en cuanto fuentes de placer. (p. 133)

Con esto, termina por romper definitivamente la idea del objeto de fuera, ya que los objetos, al ser incorporados al yo, pasan necesariamente a un *adentro*. Y en todo ello, hay un tratamiento igual a los objetos externos y a los objetos internos.

2.13. La represión: El sujeto dividido y el objeto de la represión

Es en *La represión*, texto también fechado en 1915, cuando Sigmund Freud (1915b) continúa el estudio de la relación del objeto con la angustia, esto es, el objeto de angustia; a esto sigue la disertación sobre los objetos que pueden ser motivo de la represión, con una referencia específica al representante de la representación de la pulsión.

Algunas ideas que Freud propone en este texto (Freud 1915b) con relación a la constitución del sujeto y el objeto:

- El objeto viene a ser un objeto reprimido o un objeto de la represión: aquél al que le es denegado el acceso a la conciencia.
- Es un objeto al que se le desaloja (de la conciencia) y se le caza.
- Este objeto de la represión es, privilegiadamente, la pulsión.

- La represión se extiende luego a los representantes de la pulsión en la mente y a su representación, esto es al delegado psíquico de los estímulos provenientes del cuerpo.
- Es por la represión de los representantes pulsionales que se funda en el sujeto el inconsciente.
- El sujeto está, así, dividido entre lo que sabe y lo que ignora de él.
- Es un objeto parte importante y constituyente del sujeto y de la división que éste último presenta.

2.14. Lo inconsciente: Las investiduras del objeto denegado e investido y el sujeto neurótico

Sus elucidaciones al respecto continúan en otro ensayo fechado por el mismo tiempo, *Lo inconsciente*, (Freud, 1915c) donde escribe respecto a las neurosis de transferencia (histeria de angustia y de conversión, neurosis obsesiva):

(...) se sabía que la denegación {frustración} del objeto generaba el estallido de la neurosis y esta envolvía la renuncia al objeto real, y también que la libido sustraída del objeto real revertía sobre un objeto fantaseado, y desde ahí sobre uno reprimido (introversión). Pero la investidura de objeto misma es retenida en estas neurosis con gran energía, y la indagación más fina del proceso represivo nos forzó a suponer que la investidura de objeto persiste en el interior del sistema icc a pesar de la represión -más bien, a causa de ella- sin duda, la capacidad para la transferencia, que en estas afecciones aprovechamos terapéuticamente, presupone una imperturbada investidura de objeto. (p. 193)

Subsiste la tesis del objeto (concreto en exterior o como un concreto de pensamiento, con toda su naturaleza abstracta) que viene a enfermar, solo que ahora presupone que en ese objeto fantaseado la investidura persiste, no solo a pesar de los procesos represivos, incluso por acción de la represión que empuja y detiene en el inconsciente, esta es entonces una condición de un objeto que para el individuo es trascendental, la posibilidad de se le continúe otorgando un valor

prominente en la vida psíquica aún y cuando esté censurado de la conciencia, así, el sujeto puede tomar de diversas maneras y a la vez un mismo objeto, el que entonces puede tener para él significados contrapuestos.

La tesis sobre el objeto investido se aparece con contundencia en toda la obra metapsicológica freudiana desde la *Introducción del narcisismo* (Freud, 1914) hasta el presente texto (Freud, 1915c) que es donde se concreta la explicación de los aspectos económicos en el inconsciente de las investiduras de objeto.

Es en la obra metapsicológica la teoría freudiana completa el estudio del sujeto y el objeto contemplando su topografía, dinamismo y economía psíquica, a través de todo ello va sosteniendo el constante engarce del sujeto y el objeto, su recíproca conformación y continua influencia mutua.

2.15. Duelo y melancolía. La imperiosa presencia del objeto ausente; El sujeto en dolor por la pérdida del objeto

En el trabajo de *Duelo y melancolía* (1915d) continúa Freud el estudio de los objetos que “no están en la realidad”, pero que subsisten en la vida psíquica con un peso significativo, tanto así que pueden poner dirección a los contenidos mentales y afectivos del sujeto. Además, esa significación que tiene el objeto rebasa los límites de los que el sujeto puede tolerar con entereza, precisamente en los tiempos en que el objeto se pierde, ya que “... La existencia del objeto perdido continúa en lo psíquico”. (p. 243)

El duelo pesaroso (es) la reacción frente a la pérdida de una persona amada, contiene idéntico talante dolido, la pérdida del interés por el mundo exterior -en todo lo que no recuerde al muerto-, la pérdida de la capacidad de escoger algún nuevo objeto de amor -en remplazo, se diría, del llorado-, el extrañamiento respecto de cualquier trabajo productivo que no tenga relación con la memoria del muerto. (p. 242)

En este reconocimiento de este objeto, tanto en el duelo como en la melancolía, se habla de un objeto perdido, pero que en tanto la libido no se retira de este objeto, el objeto sigue estando ahí, al interior y actúa a modo de un complejo de representaciones de objeto pulsionalmente investido. Un objeto así hace referencia a una organización de símbolos que significan algo que está sustentado por una investidura libidinal regularmente duradera.

En el proceso de duelo, un objeto que ya forma parte del yo, un objeto libidinizado y/o amado, al desaparecer, deja al yo sin el referente exterior, imposible ahora de aprehender o captar por vía sensible, pone al sujeto en situación de alarma ante una pérdida. No es suficiente que el objeto haya sido introyectado, por el contrario, a mayor trascendencia tenga ese objeto en el psiquismo, mayor el dolor de haberlo perdido.

Generalmente los duelos se resuelven con el paso del tiempo, así como algunas veces la lejanía de los objetos va aflojando los lazos amorosos en función de que aparezcan otros objetos que vayan siendo importantes para el sujeto, y de que el objeto primero deje de resolver deseos del sujeto; con esto, en el texto de duelo y melancolía está implícita la explicación de las relaciones de objeto como un doble lazo, al interior del sujeto (hacia la parte del yo que habiendo introyectado al objeto, se ha convertido a sí mismo en objeto pulsionalmente investido), y hacia el exterior, hacia el objeto mismo.

Freud (1915d) explica que en la melancolía “el objeto tal vez no esté muerto, pero se perdió como objeto de amor” (p. 243) y que en otras circunstancias “el sujeto sabe a quién perdió, pero no lo que perdió en él” (ibid). El objeto de la melancolía es sumamente escurridizo, difícil de aprehender por la conciencia un objeto que puede seguir existiendo, pero que no existe más para el sujeto, aquí la preminencia de la vida psíquica sobre la vida fáctica.

Luego, Freud (1915d) hace una distinción importante: “en el duelo, el mundo se ha hecho pobre y vacío; en la melancolía, esto le ocurre al yo mismo” (p. 243). Un entendimiento así de los objetos del duelo y de la melancolía es de nuevo el de un adentro y un afuera, pero muy diferente a la posición tradicional filosófica, puesto que si bien en el duelo el mundo es pobre y vacío, es por la pérdida de un objeto de ese mismo mundo de lo que da cuenta el sujeto en virtud de la vida que tuvo ese objeto al interior del sujeto mismo, en su vida emocional; y en la melancolía, ese yo pobre y vacío, lo es en situación del extravío de un objeto, que luego Freud colige, es algo del yo mismo, es una pérdida del yo. Continúo con una cita de este mismo texto, “una parte del yo se contrapone a otra, la aprecia críticamente, la toma como objeto” (p. 245); un objeto resulta censurado por la instancia yoica, y ese objeto vienen a ser precisamente, una parte de esa misma instancia, no se trata entonces de un objeto de amor, es un objeto devaluado, inferior a miras de ese mismo yo, pero es, en definitiva, un objeto que, otrora, si fue objeto de amor (p. 246).

2.16. Más allá del principio del placer. El objeto del miedo y de la angustia; el sujeto compulsivo

La teorización acerca del objeto continúa igual hasta 1920. Con *Más allá del principio del placer* (1920), en el cual se concibe una exclusiva diferenciación de un objeto, ya que menciona al miedo y a la angustia (cada una tiene su objeto, más concreto o más difuso, más presente o más ausente). El concepto de objeto en este texto implícito tiene que ver con la definición la alteridad que proporciona el objeto con relación al desfase entre placer que se busca y al placer que se encuentra y las pulsiones asociadas a estas dinámicas, a la vez, asoma la idea de una ruptura de la protección anti estímulo.

Respecto de la noción de sujeto, ya no se trata de un sujeto que va necesariamente en busca del placer, ya sea por vías directas o con rodeos, vive procesos anímicos que no se encuentran acompañados de placer o no conducen

a éste debido a los influjos del principio de realidad, a requerimientos pulsionales irreconciliables con el yo o a apremios por resolver una situación en la que se siente en grave peligro. Un aspecto de radical importancia en este texto es el concepto de la compulsión a la repetición que lleva tanto a montos de placer como de displacer.

El sujeto que postula aquí va más allá de su principio de placer en una compulsión que repetidamente le pone en un estado displacentero; al traer la noción de placer-displacer se atañe obligatoriamente a las pulsiones y es en este escrito donde Freud define su segundo dualismo pulsional: pulsiones de vida vs. pulsiones de muerte, así, la pulsión no solo es una fuerza al desarrollo, también las hay que son una fuerza conservadora y se habla así de la pulsión de regresar a lo inanimado, a la estabilidad orgánica: Es un sujeto tanto erótico como tanático que va por objetos de placer, pero también por objetos de displacer.

2.17. Psicología de las masas y análisis del yo: El Yo como objeto del ideal del yo.

En 1921, cito, *Psicología de las masas y análisis del yo* Freud continúa con una noción que empieza desde *Introducción del narcisismo* (1914) y que luego seguirá en *El yo y el ello* (1923): La identificación del yo sobre la base de los objetos con los que se relaciona el sujeto.

En este texto (Freud, 1921) señala la relación edípica como matriz de identificación del sujeto, esto es, las investiduras de objeto con el otro par del trío edípico; la noción de que los objetos forman parte constitutiva de la ordenanza del sujeto, de lo que lo establece y lo conforma: "...la identificación aspira a configurar el yo propio a semejanza del otro, tomado como «modelo»" (p. 100) es en esta acción en la cual el objeto mismo resulta resignado e introyectado (pp. 100-102), en este proceso, "la identificación reemplaza a la elección de objeto; la elección de objeto ha regresado hasta la identificación" (p. 100).

Cuando Freud (1921) suscribe que “... La identificación es la forma más originaria de ligazón afectiva” (p. 101) está indicando que la afiliación de los representantes de los objetos en la psique del sujeto se enraízan en el lazo afectivo que vincula al sujeto con sus objetos, entonces, la identificación funciona en una suerte de amarre mismo con los objetos, de manera que quedan inscritos como registros, atados al funcionamiento psíquico, no excluibles del mismo ya que se encuentran, después de la identificación, admitidos como propios en el sujeto.

En el presente argumento de *Psicología de las masas* Freud (1921) ensaya al ideal del yo, en el apartado intitulado *Un grado en el interior del yo* asume que el yo ocupa también un lugar de objeto no solo respecto de las pulsiones, también en cuanto del mismo ideal del yo:

Repárese en que el yo se vincula ahora como un objeto con el ideal del yo desarrollado a partir de él, y que posiblemente todas las acciones recíprocas entre objeto exterior y yo-total que hemos discernido en la doctrina de las neurosis vienen a repetirse en este nuevo escenario erigido en el interior del yo. (p. 123)

Aquí se expresa la nula diferencia, para una instancia (el ideal del yo) al tomar un objeto ajeno al mismo sujeto o a tomar, más que el sujeto, a otra instancia (el yo) con el carácter de su objeto. ¿Se podría hablar aquí de que el yo es un objeto investido de libido desexualizada, vale decir, sublimada?

2.18. El yo y el ello. El yo, producto de los sedimentos de la historia personal

El ensayo que culmina las nociones respecto del objeto es *El yo y el ello*, escrito en 1923. El yo es el intrincado de investiduras de objeto renunciadas, que son resignadas y de algún modo integradas a esta instancia yoica e incluye

igualmente la historia de esas relaciones objetales. Si bien estas elucidaciones venían de tiempo atrás.

La primera referencia que en este escrito (Freud, 1923) se hace al objeto es: “el cuerpo propio y sobre todo su superficie es un sitio del que pueden partir simultáneamente percepciones internas y externas. Es visto como un objeto otro...” (p.27), hasta aquí, pareciera que no hay mayores novedades en las enunciaciones que de la noción de objeto apunta.

Sus aportaciones continúan en un tenor similar, con algunas variaciones en el concepto del superyo:

(...) en otros textos se expusieron los motivos que nos movieron a suponer la existencia de un grado {stufe; también, «estadio»} en el interior del yo, una diferenciación dentro de él, que ha de llamarse ideal-yo o superyó. Ellos conservan su vigencia (...). Esta pieza del yo mantiene un vínculo menos firme con la conciencia (...)
Habíamos logrado esclarecer el sufrimiento doloroso de la melancolía mediante el supuesto de que un objeto perdido se vuelve a erigir en el yo, vale decir, una investidura de objeto es relevada por una identificación (...). Desde entonces hemos comprendido que tal sustitución participa en considerable medida en la conformación del yo, y contribuye esencialmente a producir lo que se denomina su carácter”.
(pp. 30-31)

Esta significación del yo como objeto del superyo ya venía visualizándose específicamente desde *Psicología de las masas y análisis del yo* (Freud, 1921), sin embargo, este objeto en que se convierte el yo tiene una significación más específica, señala que las condiciones que le impone el superyo imprimen en la instancia yoica un carácter distintivo, signándole así una representación de aspectos más acorde a los requerimientos superyoicos: el yo es entonces un objeto hecho a la medida.

Otro distingo (Freud, 1923) es la diferenciación entre investidura de objeto e identificación, la que versa,

(...) al comienzo de todo, en la fase primitiva oral del individuo, es por completo imposible distinguir entre investidura de objeto e identificación (...). Más tarde, lo único que puede suponerse es que las investiduras de objeto parten del ello, que siente las aspiraciones eróticas como necesidades. El yo, todavía endeble al principio, recibe noticia de las investiduras de objeto, les presta su aquiescencia o busca defenderse de ellas mediante el proceso de la represión.

Si un tal objeto sexual es resignado (...). No es raro que a cambio sobrevenga la alteración del yo que es preciso describir como erección del objeto en el yo (...). Es este un proceso muy frecuente, sobre todo en fases tempranas del desarrollo, y, puede dar lugar a esta concepción: el carácter del yo es una sedimentación de las investiduras de objeto resignadas, contiene la historia de estas elecciones de objeto (...). (p. 31)

Es en estos términos como se representa el pasaje de la investidura de objeto a la identificación, la investidura es de un objeto que el sujeto toma como externo y la identificación el pase de un espacio *fuera* a otro *dentro*, éste último transformado en representación de aquello antes externo. En última instancia, si bien los dos remiten funcionalmente a un mismo objeto, el cambio es de orden espacial o tópico. Un poco más adelante se localiza que

(...) Esta trasposición de una elección erótica de objeto en una alteración del yo es, además, un camino que permite al yo dominar al ello y profundizar sus vínculos con el ello, aunque, por cierto a costa de una gran docilidad hacia sus vivencias. Cuando el yo cobra los rasgos del objeto, por así decir se impone él mismo al ello como objeto de amor, busca repararle su pérdida 73ándole: «mira, puedes amarme también a mí; soy tan parecido al objeto (...)». (p. 32)

La identificación conduce a una alteración del yo, que acoge a su interior las representaciones de objeto y la relación que el sujeto vivió con ellos, es entonces tanto el sedimento de la historia primitiva del individuo, igualmente el remanente de la biografía más contemporánea, integrando en su seno una variedad de objetos, cada uno de los cuales remite a un evento donde el sujeto requirió de un tal objeto. De suerte tal, que en ese afán integrador del yo, su supuesta unidad queda cada vez más comprometida, puesto que entre más

objetos introyecte, es menos posible que esos objetos sean congruentes entre sí, lo que pudiera facilitar justo lo contrario, la disgregación del yo.

Ahora unas notas acerca del superyo (Freud, 1923):

Discerniendo, en los progenitores, en particular en el padre, el obstáculo para la realización de los deseos del Edipo,- el yo infantil se fortaleció para esa operación represiva erigiendo dentro de sí ese mismo obstáculo. En cierta medida toma prestada del padre la fuerza para lograrlo, y este empréstito es un acto extraordinariamente grávido de consecuencias. El superyo conservará el carácter del padre, y cuanto más intenso fue el complejo de Edipo y más rápido se produjo su represión (por el influjo de la autoridad, la doctrina religiosa, la enseñanza, la lectura), tanto más riguroso devendrá después el imperio del superyo como conciencia moral, quizá también como sentimiento inconciente de culpa, sobre el yo. (p. 36).

La diferenciación ocurrida en el yo (que dio por resultado el superyo) tiene una función crítica, por la que muchas veces se opone al yo, puede de esta forma ser el yo un objeto de crítica y censura superyoica.

Hasta este documento del *Yo y el ello* cuando Freud (1923) completa su concepto de *Sujeto* con una vida psíquica de componentes y características dinámicas y estructurales definidas.

2.19. La negación. Unas notas sobre lo subjetivo y lo objetivo

En 1925, en un escrito intitulado *La negación*, Freud expone:

(...) Todas las representaciones provienen de percepciones, son repeticiones de estas. Por lo tanto, originariamente ya la existencia misma de la representación es una carta de ciudadanía que acredita la realidad de lo representado. La oposición entre subjetivo y objetivo no se da desde el comienzo. Sólo se establece porque el pensar posee la capacidad de volver a hacer presente, reproduciéndolo en la representación, algo que una vez fue percibido, para lo cual no hace falta que el objeto siga estando ahí afuera. El fin primero y más inmediato del examen de realidad {de objetividad} no es, por tanto,

hallar en la percepción objetiva {real} un objeto que corresponda a lo representado, sino reencontrarlo, convencerse de que todavía está ahí.
(p. 255)

Este es el sepultamiento definitivo de la idea estrictamente filosófica kantiana de oposición entre el sujeto y el objeto, entre el afuera y el adentro, aún más, entre el pasado y el presente. Ahora pareciera que los límites que aparentaban estar instaurados desde del comienzo mismo del ejercicio filosófico tradicional, se diluyeran; la difusión de las entidades como aquí se enuncia, es una integración de otra perspectiva filosófica que lee a cada paso de los sujetos y los objetos una historia integrada, que se altera y perturba mutuamente.

Es una historia tanto recíprocamente fundada como continuamente edificada en ese lazo al menos bilateral: el objeto construye al sujeto a la vez que es construido por éste, en un entorno que no puede totalizar las posibilidades que este vínculo tiene ya que nada está escrito y cada relación objeto-sujeto se abre en un amplio abanico de posibilidades que si bien llevan la marca de la historia personal, la antigua y la actual, que definen formas predominantes, me parece que son sesgos generales, lo que se sigue en esa relación es producto del sujeto, del objeto, de los elementos que el entorno disponga para ese vínculo, incluyendo a veces, el azahar o también historias de otras relaciones con diversos objetos; así también, el curso específico de un vínculo se alza en un tiempo mítico, un tiempo solo ajustado a cada específica relación del sujeto con su objeto.

2.20. Inhibición, síntoma y angustia. Dinámica del sujeto en falta y el objeto ausente

Un texto que no quiero dejar de considerar es *Inhibición, síntoma y angustia* (1926) aún cuando las contribuciones dominantes respecto de una teoría del objeto ya fueron enunciadas, hay en esto un aspecto interesante del objeto a en esto señala, indicando que la angustia ocasionada por la de pérdida de objeto (en la angustia de separación con la madre, que luego transmuda en

ansiedad por la pérdida de el amor de la madre), es la angustia arquetípica que explicará las otras angustias en relación al objeto.

Hay aquí una reafirmación de lo escrito en *Duelo y melancolía* (1915d); Una imagen mnémica investida y luego añorada, remite a un objeto que se perdió, situación que forma el arquetipo de la angustia. Entonces, con todos los procedimientos que el yo ensaye y las identificaciones con objetos de las que pueda hacer uso, siempre estará la falta de aquél otro objeto.

Al respecto de esta circunstancia, la reflexión más somera lleva considerar que con todo y la fundición sujeto-objeto, el sujeto siempre sufre la falta del objeto y siempre se afanará en buscar la posesión de ese objeto, de modo que las representaciones que de ellos existan al interior del yo, quizá sólo actúen, finalmente, como meros recordatorios de que hay objetos que nos construyeron, pero que se requieren presentes en su forma inicial, en una dinámica que siempre remite a la búsqueda de aquello otro constitutivo del propio ser.

En dicha situación, el yo jamás va a cumplir con la expectativa para lo que fue construido: Otorgarle de completa integridad al sujeto.

Más allá de esa angustia por la pérdida de objeto, esta insistencia en la búsqueda de ese objeto como la lectura de “un algo” que aunque ya esté “dentro” el sujeto lo necesita también “fuera”, en un lugar espacial desde donde pueda accederlo quizá por medio de los órganos de los sentidos. Si bien el que ya se encuentre posesionado “dentro” es el argumento que le otorga al objeto un lugar significativo, no es suficiente para gozar de él. Por esto no se puede hablar de “algo interno” versus “algo externo”, sino de un movimiento circular y continuo donde ambos espacios conforman tanto al sujeto como al objeto, en una dinámica dual, en una dialéctica mutuamente afectada por el otro elemento, ya el objeto, ya el sujeto.

Freud postuló su teoría en tesis de relaciones dualistas y la noción de *objeto* no es la excepción. Así, el objeto siempre va a estar conformado en relación con el sujeto y el objeto a su vez es lo que va a permitir al sujeto mantener una postura ante el entorno lleno de esos “otros”, que también son objetos. Asimismo, en esta circularidad también el sujeto se va estructurando en relación con sus objetos.

2.21. Sujeto y Objeto freudianos.

A manera de conclusión, el sujeto que postula el psicoanálisis freudiano es el de un organismo anatómicamente y fisiológica conformado y con un psiquismo continente de un conjunto de características dinámicas-estructurales de naturaleza:

- Dividida, entre la conciencia y la inconciencia.
- Temporal, como un momento en parte producto de su historicidad.
- Ontogenéticamente evolutiva, involutiva y/o fijada. El desarrollo psicológico del sujeto no sigue un proceso estrictamente madurativo por esto, ir concretando una etapa (caracterizada por el tipo y complejidad en la adquisición y uso –y desuso- de recursos intelectuales, emocionales...) no exime al sujeto de la posibilidad de regresar a la anterior ni de avanzar al siguiente estadio, tampoco de abandono total de características de una etapa al llegar a la posterior.
- Intrapsíquica, con la participación de los deseos, pulsiones sexuales y agresivas y emociones

- Vincular, afectado por el contacto que vive con sus semejantes y sus condiciones socioculturales y de contexto particular.

La fusión de todos estos aspectos tiene la tarea de ser una instancia integradora en un andamiaje que sostiene lo subjetivo, incluyendo

- los procesos psíquicos (afectos, pensamientos, defensas, representaciones, etc.),
- las estructuras psíquicas (también afectadas) y los intercambios entre éstas
- sus manifestaciones en la conducta, en los síntomas, en los lapsus-lingües, en los actos fallidos, en los sueños...

Sujeto anatómico y fisiológicamente conformado, habitante de una serie de condiciones socioculturales por las que es afectado y habitado por un psiquismo que también le afecta con su riqueza de representantes y representaciones, la mayoría inconscientes y en gran parte reprimidos, conformando todo ello una configuración subjetiva que es propia de ese ser e irrepetible en otro, y que es dinámica por la incesante escritura y reescritura de huellas mnémicas.

Al igual que la elaboración del constructo teórico “sujeto” caminó de la mano con la práctica clínica de Sigmund Freud, el constructo de “objeto” corrió con la misma condición, se fue definiendo a la par que del ejercicio clínico del Padre del Psicoanálisis, quien fue localizando cada vez la forma en que ambos participan en la construcción de uno y el otro. En esta definición epistémica del constructo *objeto* habrá que señalar también una tercera de elementos trascendentales del paradigma freudiano: el inconsciente, las pulsiones y las representaciones. Ese es el entramado que habrá que tener presente para de ahí partir hacia la respuesta de ¿qué es el objeto psicoanalítico freudiano?

Freud postuló su teoría en tesis de relaciones dualistas y la noción de *objeto* no es la excepción. Así, el objeto siempre va a estar conformado en relación con el sujeto y el objeto a su vez es lo que va a permitir al sujeto mantener una postura ante el entorno lleno de esos “otros”, que también son objetos. Asimismo, en esta circularidad también el sujeto se va estructurando en relación con sus objetos.

El objeto es un representante de la realidad (por un lado tanto física como psíquica y por otro lado tan subjetiva como intersubjetiva en lo sociocultural), y cómo representante, corresponde a otro en una correlación (objeto correlato de...): el objeto es el referente de la incompletud del sujeto, de que algo le falta a ese sujeto y que si bien se construye a la par de éste, no lo completa, no cumple su deseo y el trámite que puede ofrecer a la pulsión está siempre en relación a la misma subjetividad de aquél, así que el objeto resuelve una condición tensional en la medida que el mismo sujeto tiene posibilidad o forma de resolver.

Por ello el objeto es una representación marginal de la realidad, representantes que son elaborados a través de una serie de inscripciones y reinscripciones, por las que el objeto percibido no es el objeto del que da cuenta la conciencia, sino que da cuenta del sujeto mismo. Por ello se trata de un reactualizado objeto del pasado, prendido de una ilusión, de algo que está por venir.

El objeto primordial y original al que remiten todos los demás objetos (y los estudios psicoanalíticos), es un *objeto de la prehistoria del sujeto, que, por esa condición de pertenecer a otro tiempo de la historia del sujeto, éste ya no lo puede tener*, por lo que se eterniza la búsqueda de *el objeto* que se puede acomodar en el espacio libre que dejó vacante el primer objeto libidinal, incesante circulación de los objetos con los que se intenta una y otra y otra vez revivir aquél primer objeto.

De este recorrido histórico de las nociones de objeto en psicoanálisis Freudiano, se localiza el arquetipo de una teorización con base filosófica kantiana, que paulatinamente al pasar del lado del estudio psicoanalítico abre un amplio abanico de posibilidades de existir del objeto al ser correlato de amor, de odio, del deseo, de la pulsión, del yo, de la angustia, del ideal del yo...

CAPÍTULO 3. “AMBIVALENCIA” EN LA OBRA DE FREUD

El término de *ambivalencia* fue un neologismo acuñado por Bleuler, es de éste teórico que Freud toma el fenómeno aquí estudiado, del que parte atendiendo a las puntualizaciones que el primero señala. Antes de abocarme al estudio del concepto “ambivalencia” en la obra freudiana, voy a hacer un muy breve recorrido histórico de cómo llega Bleuler a éste término.

3.1. Construcción *bleuleriana* del término *Ambivalencia*

Eugen Bleuler se basa en el modelo teórico neuropsiquiatra de Emil Kraepelin (1899) que estudia la enfermedad mental por medio de una taxonomía en la que latiniza el término de Benedict A. Morel de *démence precoce* y explica la *dementia precoz* o *demencia precoz*, considerándola como una entidad morbosa específica que se caracteriza por su curso al deterioro, alucinaciones y delirios (Garnica, Rodrigo; El botánico del manicomio Emil Kraepelin, México, 1997); de aquí inicia Bleuler la para, en 1911, elaborar un nuevo término, el de esquizofrenia, a razón de que da cuenta de un grupo de las psicosis que se caracteriza por el ‘*desdoblamiento*’ de las distintas funciones psíquicas, no necesariamente degenerativo como una de sus características más importantes, en este *rompimiento de la mente* localiza cuatro síntomas fundamentales: asociaciones anormales, autismo, afectos comprometidos y ambivalencia, además de esto, entiende que las alucinaciones y delirios son expresiones simbólicas de conflictos inconscientes.

La teoría de Bleuler (1911) supuso el intento de conciliar las corrientes organicistas con las psicodinámicas; Así, Bleuler observó inicialmente la ambivalencia como uno de los síntomas fundamentales de la esquizofrenia por lo que siempre se hallaba presente en ella (p. 61)

Bleuler no explica la etimología de su neologismo, el que aquí trato de analizar: La palabra se compone de dos aspectos, primero un vocablo griego:

amphi (alrededor; ambos) y segundo, un término tanto de la ciencia de la biología como de la química: *valencia*. *La biología* designa el poder de un anticuerpo (sustancia existente en el organismo animal o producida en él por la introducción de un antígeno, contra cuya acción reacciona de manera específica) para combinarse con uno o más antígenos (sustancia que, introducida en un organismo animal, provoca la formación de anticuerpos). Para la química es el valor de combinación o reacción de un elemento, representado por el número de átomos de hidrógeno que cada átomo de dicho elemento puede retener.

Si Eugen Bleuler (1911) explica que la ambivalencia es “La tendencia de la psique esquizofrénica a otorgar a los psiquismos más diversos un índice positivo y otro negativo, al mismo tiempo...” (p. 61), me parece que es poco lo que en realidad rescata del significado de *valencia* en la química y/o en la biología a excepción de la referencia en ambos a un aspecto de *combinación*, que en sí revela una mezcla, una composición; Otra posibilidad, es que haya derivado la palabra *valencia* de la de *valor*, a saber, una característica o conjunto de características que hacen apreciable a una persona o cosa, esto es, que se tace en una estimación, una apreciación de su valor, por ejemplo, valor positivo, valor negativo.

Si desmenuzamos un poco la definición que Bleuler (1911) ofrece, tendremos más claridad: se refiere a *otorgar una condición de combinación contrapuesta de un índice positivo y otro negativo*; el acento del significado está puesto en la combinación de positivo–negativo, una especie de relación de contrarios a la que antecede la palabra *índice*. Índice es un indicio o señal de alguna cosa, también se refiere a la magnitud de una determinada variable de medida en números cuantitativos y a un número que indica la proporción de una sustancia. En resumen, la palabra ambivalencia revelaría, en este caso, una combinatoria de magnitudes positivas y negativas.

Bleuler (1911) consideraba que la ambivalencia tenía tres vertientes: (1) afectiva, inclinación que contiene sentimientos agradables y desagradables, amor y odio, (2) volitiva –Ambi-Tendenz–, que se indica por un actuar que señala comportamientos opuestos y, (3) intelectual, en la que el sujeto enuncia simultáneamente proposiciones contrarias, Aunque Bleuler la circunscribía a la esquizofrenia, reconocía la existencia de lo ambivalente en el terreno de lo “normal” como complejidades y alternancias en los sentimientos y actitudes: señala lo plural (Bleuler, Eugen. Demencia Precoz. El grupo de las esquizofrenias. pp. 61 y 388)

Un aspecto respecto de lo que Bleuler (1911) definió como *ambivalencia* es que el sujeto no nota las contradicciones de sus respuestas ambivalentes (p. 62), vale decir, son elementos que pueden coexistir sin que la presencia de uno impida la de su contraparte, incluso sin que aparentemente surgiera un conflicto. Este argumento es crucial en la definición del término según éste autor.

De aquí en adelante en el presente capítulo, intentaré dar cuenta de la forma en que Sigmund Freud fue delimitando el uso del concepto que aquí me ocupa y que indudablemente parte del acotamiento teórico de Bleuler. Para empezar, me parece lícito dejar explícitas algunas puntualizaciones de la teoría freudiana que si bien no se refieren específicamente a la *ambivalencia*, si me es posible rastrear en ellas aspectos para luego relacionarlas con éste término.

3.2. Estudios sobre la histeria. La conexión disociada entre el suceso traumático y el afecto.

En *Estudios sobre la histeria* (1893-95) texto escrito por J. Breuer y S. Freud, se desprende la idea de que la patogenia tiene que ver con el saber, puesto que la naturaleza misma del trauma, por supuesto no tramitado, está en el enfermo (o en la enferma, como Freud se refería) la ignorancia de aquello que origina su afección, de manera que el material patógeno se organiza a partir de

un núcleo traumático y “(...) aparece como propiedad de una inteligencia que no necesariamente le va a la zaga a la del yo normal” (p. 293). También, de estas primeras experiencias se puntualiza la conjetura de una fuerza ligada al síntoma neurótico. El síntoma histérico obtiene su fuerza de la energía psíquica que es utilizada en una innervación corporal y la cura es, por lo tanto, concebida como el restablecimiento de una conexión olvidada entre el recuerdo, la representación de un suceso traumático y el afecto que le va acompañado.

Freud luego coligió que este lugar psíquico dissociado de la conciencia se debía a un olvido activo por parte del sujeto, olvido que él iba a llamar represión y, por otro lado, que los pensamientos inconscientes consignados en ese lugar eran pensamientos sexuales, teorización explicada en 1898, en su ensayo *La sexualidad en la etiología de las neurosis*,

Iniciar así el estudio de la ambivalencia en la obra freudiana se debe al hecho de que creo que aquí está un punto especial y fundante de la ambivalencia, el que la vida anímica esté dividida, el que el sujeto sea un sujeto dividido; mucho de aquello que de sí mismo no sabe, no va a la zaga con cosas de lo que sí sabe, o que sí cree saber, esto lo constituye a partir de incongruencias.

Aquí empieza a postular una desmezcla en el sujeto que está entre el saber y el no saber, un sujeto no integrado sino dividido en esa sabiduría-ignorancia, que lo hace constituido así, como un ser que a la vez que sabe, ignora. Por esto, el estudio de la ambivalencia no puede hacer a un lado la consideración de otros supuestos psicoanalíticos: la vida pulsional y el aparato psíquico. La vida pulsional en cuanto al estudio de la diversidad de las pulsiones (y de sus objetos, claro está) y el aparato psíquico en su estructura y dinámica, aunque son aspectos a los que iré refiriéndome en éste capítulo tratando de respetar la cronología de la producción teórica de Sigmund Freud.

De tener razón en estas ideas en torno a que la ambivalencia está en directa relación con el que el sujeto no sea un sujeto integrado sino dividido, indica el camino para localizar una gran diferencia con la ambivalencia bleuleriana, la presencia del conflicto que Bleuler niega al coexistir los opuestos psíquicos.

3.3. Interpretación de los sueños. La desmentida de los afectos intensos y contradictorios del soñante: “Figuración onírica de su ambivalencia”

Freud toma este concepto de “ambivalencia” en una breve nota en *Interpretación de los sueños* (1900⁴), donde a la letra dice:

Los sueños sobre muertos queridos plantean en general a la interpretación difíciles tareas, cuya solución satisfactoria no siempre se alcanza. La razón de ello puede buscarse en el sentimiento de ambivalencia, fuertemente impreso, que preside la relación del soñante con el muerto. Es muy común que en tales sueños primero se trate al difunto como si viviese y después se diga de pronto que está muerto, pero en la continuación del sueño vuelva a vivir. Esto mueve a perplejidad. Por fin he colegido que esta alternancia de muerte y vida está destinada a figurar la indiferencia del soñante («Me da lo mismo que viva o esté muerto»). Desde luego, esa no es una indiferencia real, sino deseada; lleva el propósito de ayudar a desmentir las actitudes afectivas del soñante, muy intensas y a menudo contradictorias, y así pasa a ser la figuración onírica de su ambivalencia. (pp. 430-431)

He aquí dos aspectos de la anterior cita: El primero de ellos es que la ambivalencia está, en este ejemplo de sueño, al seno del vínculo sujeto-objeto, es parte constitutiva del lazo entre ambos, más no solo es un aspecto que participa en la configuración del vínculo entre el sujeto y el objeto, Freud indica que *preside la relación*, esto es que, en el soñante, la ambivalencia viene a gobernar, a dirigir dicha relación del sujeto con la representación de un objeto con el que ya no puede compartir el vivir y es precisamente esa condición del que ya

⁴ Es de llamar la atención el que en 1900 aparezca en una obra freudiana el término ambivalencia, no obstante que Bleuler aún no la hubiera hecho pública, lo que sucedió hasta 1908. Esto se debe a que el párrafo de donde se extrajo la cita fue agregado como pie de página en 1919 e incluido en el texto en la edición de 1930. La presente nota se toma de traducción del la 8ª edición alemana realizada en 1930.

no vive la que pone en marcha la afectividad ambivalente del soñante, más estos afectos contradictorios lo son así antes de la muerte por lo que de inicio no es solamente la ausencia concreta del objeto lo que pone en marcha la ambivalencia, más si es algo que viene a dar otro espacio en el que estas dinámicas se jueguen, en el espacio de lo onírico: *figuración onírica de su ambivalencia* que ¿desea a su objeto tanto muerto como vivo?

Pero en éste caso, ¿qué es aquello a lo que la ambivalencia encabeza? La referencia es a un conflicto significativo en el sujeto, conflicto entre dos afectos contrapuestos y que cada uno de ellos participa en la vida emocional de éste con un peso que tiene la facultad de llevarle a actitudes opuestas la una de la otra. Si esto es así, existe una diferencia radical con la ambivalencia de Bleuler (1911) y es la del conflicto producto de la contradicción.

El segundo aspecto en torno a la ambivalencia que Freud apunta en la *Interpretación de los sueños* (1900), es la formación de postulados que luego van a dar cuenta, en psicoanálisis, de la ambivalencia como aquello mixto, y por lo heterogéneo, mezclado contradictoriamente; Este otro aspecto de la ambivalencia es que esta trata de una operación de desmentida por la que rechaza las que denomina, *actitudes afectivas intensas y contradictorias*, en esta desmentida hay algo de la realidad que se reniega, sin duda algo que es angustioso para él a grado tal que requiere poner en marcha una operación psíquica por la que contradice un concreto perceptual; Esta refutación es hacia segmentos de una realidad, de un objeto que representa al sujeto aspectos amenazantes y aspectos no amenazantes, y lo impugnado corresponde a lo primero, o bien, impugnación hacia su propia contradicción por el conflicto que la ambivalencia opera, objetando el sujeto su propia contradicción hacia el objeto.

3.4. Tres ensayos de teoría sexual: La ambivalencia como carácter de la organización libidinal sádico-anal

En *Tres ensayos de teoría sexual* (1905⁵), en el ensayo de *La sexualidad infantil* y dentro del apartado *Fases del desarrollo de la organización sexual*, Freud dedica un espacio designado *Ambivalencia*, justamente antes de esta referencia explica la segunda fase pregenital que denominó “organización sádico-anal”, al respecto explica que

Aquí ya se ha desplegado la división en opuestos, que atraviesa la vida sexual; empero, no se los puede llamar todavía masculino y femenino, sino que es preciso decir activo y pasivo. La actividad es producida por la pulsión de apoderamiento a través de la musculatura del cuerpo, y como órgano de meta sexual pasiva se constituye ante todo la mucosa erógena del intestino; empero, los objetos de estas dos aspiraciones no coinciden (...). (Pág. 180)

Aquí, activo y pasivo son cualidades de lo pulsional, cualidades diferentes que, por su misma diversidad van hacia objetos diferentes, aunque ambos, objetos parciales, en esto no se debe olvidar que es en *tres ensayos* donde Freud (1905) postula al objeto como lo más variable de la pulsión.

No obstante que la división en opuestos se localiza como un desarrollo de la organización sádico-anal, puede sugerir una condición fundante de lo que Freud designa como ambivalencia, ya que no puede haber tal si previo no se da dicha segmentación, que es de algo inicialmente no seccionado, entonces se da por acción de una fractura; Me interesa este aspecto porque sugiere un primer tiempo en el que esta fractura no existía, hace así referencia a algo en la naturaleza de lo unitario que luego resulta bifurcado. Solo quiero dejar acotado este comentario respecto de lo unitario para retomarlo más adelante. Por lo pronto, continúo con lo de la división en opuestos anotándola como precursora de la ambivalencia.

Resulta interesante la frase *no se los puede llamar todavía masculino y femenino, sino que es preciso decir activo y pasivo*. Resulta innegable aquí la

⁵ En la nota introductoria de este texto, James Stachey apunta que las teorías sobre la organización pregenital de la libido fueron incorporadas en su totalidad en 1915, año al que corresponde la 3ª edición de las 6 que se realizaron a este escrito.

influencia del biologismo en Freud, la influencia de la anatomofisiología en la concepción de la sexualidad donde a lo femenino le corresponde la pasividad y a lo masculino la actividad. En este orden de ideas, mi intención es llevar la explicación de la constitución de la idea freudiana sobre la ambivalencia hasta el punto inicial de lo anatomofisiológico, del haber nacido macho o hembra, a lo que le corresponde un funcionamiento sexual activo o pasivo, pero también, la posibilidad de desplazarse de la actividad a la pasividad y de la pasividad a la actividad, sobre todo si se tiene en cuenta lo perverso polimorfo e la sexualidad que es donde se rompe el rígido esquema biologista de la sexualidad. Esta consideración de la ambivalencia en relación al desarrollo de lo masculino y lo femenino no trasciende en la teoría freudiana.

Luego de estas disertaciones, Freud (1905) hace propiamente la mención a la ambivalencia: Señala respecto a la segunda fase pregenital, la organización sádico-anal que

Esta forma de la organización sexual puede conservarse a lo largo de toda la vida y atraer permanentemente hacia sí una buena parte de la práctica sexual (...) posee este (...) carácter: los pares de opuestos pulsionales están plasmados en un grado aproximadamente igual⁶, estado de cosas que se designa con el feliz término introducido por Bleuler: ambivalencia. (p. 181)

Al señalar a la ambivalencia como el carácter dual de la fase anal, designa a lo ambivalente como constitutivo de la subjetividad, algo que es propio de la condición subjetiva y por ende, repetible en el dinamismo psíquico. Siguiendo el análisis del párrafo, la sugerencia de que la ambivalencia indica una suerte de equilibrio de los pares, a la vez que remite a la idea dualista, revela que los dos aspectos del par presentan magnitudes similares, de ahí que ninguna pueda cancelar o anular a la otra, pero si quizá, modificarse mutuamente, influirse recíprocamente.

⁶ El resaltado de la oración no está en el texto original, es colocado a fines de centrar la atención del lector, a propósito de esta tesis.

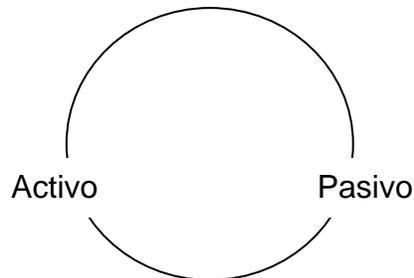
Ahora bien, con la intención de ser más puntuales en el análisis y rastreo de la constitución de la ambivalencia del sujeto, considero prudente remitirnos a una etapa más temprana: la oral.

En este texto Freud (1905) escribe una teoría contundente acerca de la sexualidad infantil, haciendo referencia a las pulsiones parciales y a la perversión, donde la erotización de las zonas corporales no genitales, privilegian el placer ligado a estas zonas. Cuando señala las pulsiones parciales, enumera que cada una tiene su objeto y su meta particulares, así dirige su atención a los heterogéneos integrantes de la actividad sexual, siempre en estrecha relación a fijadas zonas erógenas dispuestas en fuentes orgánicas, además que le confiere a cada una de ellas, una actividad y meta específicas.

Freud siempre estudió las pulsiones en pares, esto es, pares pulsionales, así, la vida pulsional es una vida dividida en opuestos; a la oralidad le corresponde la incorporación (vía el comer, devorar) y la expulsión (cuyo correlato es el escupir); los objetos son incorporados o expulsados, formas opuestas de tratar a los objetos, de relacionarse con ellos. Aún más, los objetos amados se incorporan, los odiados se destruyen, habríamos de recordar que amor y odio son los opuestos de la ambivalencia afectiva.

Volviendo sobre los pares pulsionales, solo quiero poner un acento: el comprender la vida pulsional en pares opuestos, que permiten el tránsito de un lugar al otro de la pulsión, ofrece la perspectiva de un sujeto que no está encasillado en una gama unilateral de trámites a su pulsión, sino puesto en una variabilidad de posibilidades en cuanto a objetos y en formas de relacionarse con los mismos, par que marca los extremos de un continuum (graficada como una circularidad) por el que transita el sujeto y le asigna la posibilidad transitar de un lado hasta su opuesto; si tomamos el ejemplo de la actividad-pasividad, la vida

pulsional podrá ser situada no solamente en uno u otro lado, también en cualquier segmento entre ellos.



3.5. Sobre la dinámica de la transferencia. Ambivalencia “normal” y ambivalencia “enferma”

3.5.1. Ambivalencia normal y psiconeurótica, cuestión de grados.

Continúo el estudio freudiano de la *ambivalencia* en un texto de 1912, *Sobre la dinámica de la transferencia*. Es en este escrito cuando por vez primera Freud escribe de forma mas elaborada sobre la “ambivalencia”; explica que se da al dirigir simultáneamente hacia una misma persona la transferencia «positiva» (de sentimientos amistosos o tiernos) y «negativa» (de sentimientos hostiles), explicando que se las encuentra a la par en las formas curables de psiconeurosis. Designa que “... parece ser normal hasta cierto punto, pero un grado más alto de ella es sin duda una marca particular de las personas neuróticas”; aquí me parece por demás rescatable el hecho de considerar “normal” esta confluencia de aspectos contradictorios si no supera algún límite tolerable y asocia a una mayor ambivalencia la presencia de desórdenes neuróticos; se esboza la idea de que la contrariedad entre las representaciones, si bien es en cierta medida llevadero, implica el conflicto de oposición siempre presente en los neuróticos, de suerte tal que involucra la idea de que algún peso tiene ya en el establecimiento, ya en el curso, de trastornos de orden neurótico. (pp. 104)

En la postulación freudiana la ambivalencia resulta “normal” en la vida cotidiana de los sujetos (noción que deviene también de Bleuler) y con un especial acento en la enfermedad mental está implicando que ese conflicto de oposición a veces no resulta tolerable al sujeto, sea porque el sujeto en sí no es competente para lidiar con estos conflictos o porque éstos últimos presenten un grado alto; Independientemente de ello, la vida emocional está complicada por algo que el sujeto le resulta difícil de tolerar y es precisamente una dinámica de oposición al seno del mismo dinamismo psíquico.

3.5.2. La ambivalencia y la vida pulsional

Luego, en el mismo texto continúa “El temprano «divorcio de los pares de opuestos» parece ser característico de la vida pulsional en la neurosis obsesiva, y constituir una de sus condiciones constitucionales. La ambivalencia de las orientaciones del sentimiento es lo que mejor nos explica la aptitud de los neuróticos para poner sus transferencias al servicio de la resistencia. Donde la capacidad de transferir se ha vuelto en lo esencial negativa, como es el caso de los paranoicos, cesa también la posibilidad de influir y de curar.” (pp. 104)

En el anterior párrafo se localizan un par de ideas que bien merecen una observación más puntual.

Primero, asocia el divorcio de los pares opuestos a la neurosis obsesiva, relacionando esto con lo escrito en *Tres ensayos de teoría sexual*, los pares opuestos de activo-pasivo de la forma de organización anal, asignando con estricto dogma esta condición a la obsesión; Se está asignando una etapa del desarrollo psicosexual (la fase anal) a una entidad (la neurosis obsesiva), o al menos, a un rasgo caracterológico (la obsesión) por la vía de un modo de relación de objeto (la ambivalencia)

Luego, haciendo mención a los sentimientos ambivalentes, encuentra en ellos una idoneidad para que la transferencia actúe a manera de resistencia: un lugar privilegiado de los sentimientos ambivalentes en el psiquismo. Lo que aparece proyectado en sentido transferencial se posibilita al haber algo no claro e idóneo para los desplazamientos. Se está señalando alguna condición en que precisamente los sentimientos ambivalentes son los que estarían en mejor posición para ser proyectados de la historia personal del sujeto a las relaciones que en el presente vive. Pareciera que es precisamente esa falta de claridad que hay en los sentimientos ambivalentes los que llevan a la repetición, como intento de dejar algo claro o de insistir en un lazo que, por la mixtura de su condición, deja una inquietud que le lleva a volver sobre sus pasos, reiterando un modo de relación.

A más de esto, localizo algunas nociones implícitas a lo largo del breve texto en torno a la ambivalencia:

- La lucha por crecer y el apego a las imagos infantiles
- El deseo de salud y la resistencia a abandonar modos enfermos de relación

Quizá en gran parte estas contraposiciones tienen que ver con la división de la mente en consciente e inconsciente, las defensas por mantener reprimido cierto material y la lucha de éste por tener expresión.

3.6. Tótem y Tabú. Ambivalencia de las mociones de sentimiento

3.6.1. La obsesión y el tabú: Lo pulsional y la ambivalencia entre el placer y la prohibición

En 1913, el concepto de *ambivalencia* en la obra freudiana toma un lugar central en el desarrollo del texto *Tótem y tabú*. Aquí se le dedica un capítulo intitulado *El tabú y la ambivalencia de las mociones de sentimiento*, continuando

en el tenor del estudio de las obsesiones haciendo un correlato comparativo de éstas y del tabú, mostrando la

(...) concordancia de los usos del tabú con los síntomas de la neurosis obsesiva: 1) el carácter inmotivado de los mandamientos; 2) su reafirmación por constreñimiento interno; 3) su desplazabilidad, y el peligro de contagio por lo prohibido, y 4) la causación de acciones ceremoniales, mandamientos que provienen de prohibiciones. (p. 36).

Aquí solo una observación: la desplazabilidad responde al mecanismo de la transferencia, ya estudiada en el apartado anterior en relación al tema que nos ocupa.

Respecto a la historia clínica y el mecanismo psíquico de los casos de enfermedad obsesiva, explica en torno a un caso de angustia de contacto en el cual, en la primerísima infancia se exteriorizó un intenso placer de contacto por los genitales propios, pero que luego,

(...) una prohibición contrarió desde afuera (el) placer; la prohibición, justamente, de realizar ese contacto. Ella fue aceptada, pues podía apoyarse en poderosas fuerzas internas; demostró ser más potente que la pulsión que quería exteriorizarse en el contacto. Pero a consecuencia de la constitución psíquica primitiva del niño, la prohibición no consiguió cancelar a la pulsión. El resultado fue sólo reprimir {esforzar al desalajo} a la pulsión -al placer en el contacto- y desterrarla a lo inconciente. Tanto prohibición como pulsión se conservaron. La segunda, porque sólo estaba reprimida, no cancelada; y la primera, porque si ella cejaba, la pulsión se abriría paso hasta la conciencia, y se pondría en ejecución. Era una situación no tramitada, se había creado una fijación psíquica, y del constante conflicto entre prohibición y pulsión derivaba todo lo demás.

El carácter principal de la constelación psicológica fijada de ese modo reside en lo que se podría llamar la conducta ambivalente del individuo hacia un objeto o, más bien, hacia una acción sobre el objeto. Quiere realizar una y otra vez esa acción -el contacto- [ve en ella el máximo goce, mas no tiene permitido realizarla], pero al mismo tiempo aborrece de ella. La oposición entre esas dos corrientes no se puede nivelar y compensar por el camino directo porque ellas -no nos resta otra posibilidad que formularlo así- están localizadas de tal modo en la vida anímica que no pueden encontrarse. La prohibición es expresa y conciente; en cambio, el placer de contacto, que perdura, es

inconciente: la persona no sabe nada de él. De no mediar este factor psicológico, la ambivalencia no podría durar tanto tiempo ni producir tales fenómenos consecutivos. (p. 37)

La ambivalencia que aquí se define no es ni hacia el objeto ni a la relación con el mismo sino a la acción sobre éste; quizá un análisis superficial pudiera llevarnos a la idea de que se está haciendo referencia a una indecisión sobre la acción más no es así, en cambio se trata de la lucha de dos fuerzas donde la voluntad del sujeto poco tiene que ver en el resultado de una contienda inconsciente, en la cual es complicada la victoria definitiva de algún elemento y aunque en ocasiones gane expresión aquel ímpetu que arremete con mayor energía, por lo común la lucha persevera y es como la situación queda sin trámite definido, por ello aunque es apariencia pudiera indicar la *ambivalencia de la voluntad* o *volitiva* –Ambi-Tendenz– bleuleriana, en realidad señala otra cosa. Esta ambivalencia deriva como un producto de la continuidad de las fuerzas en contienda, de la incesante vida pulsional y de la perseverante interdicción superyoica.

Continuando con el análisis de la cita. Lo pulsional se mantiene, sosteniéndose así la prohibición. Misma que inicia aquí, como lo expresa, desde afuera, procede de lo externo pero luego internalizado con fuerza tal que desaloja de la conciencia el placer del contacto: las fuerzas se oponen, una funcionando en gran medida concientemente, de la otra, el sujeto no puede dar cuenta, le es ajeno a acceder este contenido por ser inconscientes.

Las pulsiones se esfuerzan hacia su meta, en ese camino, el goce aparece y también el obstáculo al placer y al goce. Todo esto forma parte del sujeto, le son propios los elementos que están de un lado y del otro

3.6.2. La Ley, caldo de cultivo para la ambivalencia del Sujeto

El enlace en la explicación del tabú y la neurosis obsesiva la encuentra en la historia del tabú (Freud, 1913-14):

Los tabúes serían unas prohibiciones antiquísimas, impuestas en su tiempo desde afuera a una generación de hombres primitivos, o sea: una generación anterior se los inculcó con violencia. Tales prohibiciones recayeron sobre actividades hacia las que había fuerte inclinación (...) Pero del hecho de que el tabú se mantenga se infiere algo: que el placer originario de hacer aquello prohibido sobrevive en los pueblos donde el tabú impera. Así, estos tienen hacia sus prohibiciones-tabú una actitud ambivalente; en lo inconciente nada les gustaría más que violarlas, pero al mismo tiempo temen hacerlo; tienen miedo justamente porque les gustaría, y el miedo es más intenso que el placer. Ahora bien, ese placer es, en cada individuo del pueblo, inconciente como en el neurótico. (p. 38)

Se da cuenta así de una cualidad invariable del tabú y que es compartida por la obsesión, “la aptitud para atizar la ambivalencia del ser humano e instilarle la tentación de violar la prohibición”. (p 38)

Si el temor puede limitar la expresión conciente del goce, e incluso llegar a detener el goce mismo, es porque lo que está amenazado representa una parte vital del ser que desea ese goce, pero que está sometido a prohibiciones respecto al acceso de su objeto de deseo. Las mociones ambivalentes son las que aquí dan cuenta de la instauración y condición tanto de las neurosis obsesivas como del tabú, dando continuidad a la idea que las mociones que se oponen entre sí, continuidad de mociones enfrentadas que tienen la posibilidad de enfermar, pero se amplía aquí la elucidación, ya que además de enfermar, de alienar, tienen por función la de instaurar en el sujeto el orden de lo social, de hacerlo sujeto a una serie de normatividades a las que tiene que responder a fin de pertenecer a su grupo, es el costo de tener un grupo de referencia.

El tabú es una convención prohibitiva y no acatarlo constituye una falta importante e inaceptable por el grupo que lo sustenta, se eleva a la categoría de ley como un precepto que, al prohibir, reditúa en beneficio para el grupo a costa

del goce del sujeto o de cada sujeto. Aquí me quiero detener en un asunto particular. Las mociones ambivalentes de sentimiento, si bien se encuentran al seno de la angustia obsesiva, también lo están al centro de una interdicción que hace lazo social al hacer ley, una prohibición que une al sujeto con sus semejantes, en una condición compartida a partir del corte en el goce, de la castración, de modo que la ambivalencia está en la doble insistencia en conservar tanto el goce propio como la protección y compañía que ofrece el lazo con los semejantes.

3.6.3. Los sentimientos bi-escindidos tiernos-hostiles: contraposición

Dentro de este apartado de *El tabú y la ambivalencia de las mociones de sentimiento*, hay un espacio dedicado a *El tabú de los muertos* (Freud, 1913-14), donde continúa en el orden de las ideas de la ambivalencia al hacer referencia a “los sentimientos bi-escindidos -según nuestra hipótesis bien fundada: tiernos y hostiles- hacia el ahora difunto quieren imponerse, ambos, en la época de la pérdida, como duelo y como satisfacción” (p.73) así, los pares opuestos dejan de ser solo el de la prohibición-placer, se ubican también en la vida pulsional con sus matices de ternura y hostilidad, contraponiéndose una a la otra.

De esta cita me interesa particularmente lo de los sentimientos bi-escindidos tiernos-hostiles. Escindido viene del latín *scindere* –rasgar, rajar– y tiene el sentido de dividir en partes algo que inicialmente fue un todo integrado y de nuevo llego a la idea que aquello ahora opuesto lo es a una contraparte de la que algún tiempo primitivo estuvieron constituidos en uno solo; Luego las vicisitudes del desarrollo psicológico bifurcaron este elemento en dos que además de diferenciarse uno del otro, también se contraponen uno con otro, incluso pudieran complementarse mutuamente. Esto que era uno y luego resultó escindido viene del orden de lo pulsional, devenido en Eros y en Tánatos, cada uno con su correspondiente quantum de afecto.

En la página 73 de este texto, aparece la idea de la probabilidad de que

(...) la conciencia moral nazca sobre el suelo de una ambivalencia de sentimientos proveniente de unas relaciones humanas bien definidas a las que adhiere esa ambivalencia, y nazca bajo las condiciones que se hacen valer en el caso del tabú y de la neurosis obsesiva, a saber, que un miembro de la oposición sea inconciente y se mantenga reprimido por obra del otro, que gobierna compulsivamente.

Cita que me hace volver a la idea que la ambivalencia participa continuamente en la subjetividad de todo ser humano, en la conciencia moral, en la instancia superyoica. La interpretación que de la ambivalencia nace la conciencia moral es también por el orden pulsional en juego con los recursos superyoicos en el reclamo del pacer y de la represión que luego han devenido en tabú así como en los motivos de la neurosis obsesiva por todo aquél intento de vivir el placer, topados con las defensas por cuanto llega a ser considerado representante pulsional.

3.6.4. El Padre totémico, el padre ambivalente

Un aspecto que quiero dejar asentado es la noción de *padre* (Freud, 1913-14) que aquí se localiza, un padre totémico que fue asesinado y que darle muerte fue la condición de eternizarlo: Un acontecer que une la vida y la muerte, un deseo de dar muerte que viene a perpetuar el dar vida, la instauración de “El violento padre primordial... arquetipo envidiado y temido”, envidiado porque posee aquello que el hijo desea, temido porque defiende todo cuanto posee (p. 143); en esta eternización del padre, éste sale del registro de lo humano y se le instaura en el registro de lo divino, cito, “... en cada quien, dios tiene como modelo al padre; que su vínculo personal con dios depende de su relación con su padre vivo, sigue las oscilaciones y mudanzas de esta última; y que dios en el fondo, no es más que un padre enaltecido” (p. 149), sin embargo, me parece que se está postulando a un padre que no solo es glorificado, solemnizado y exaltado, sino también le es asignada una especie de personificación demoníaca de un

persecutor, así la imagen paterna está muy lejos de ser solo bondad y contiene también sus dosis de maldad: La imagen del padre ambivalente.

En *Tótem y tabú* Freud (1913-14) menciona al padre de la horda primitiva y el banquete totémico que sería una forma de asumir la identificación de hijos con el padre; el padre totémico es un padre que, aunque muerto, no murió, más bien tiende a sobrevivir a los hijos; su asesinato no anuló la interdicción que su presencia imponía sino que ésta luego del acto criminal se reforzó:

El significado que el sacrificio ha adquirido en términos universales reside justamente en que ofrece al padre el desagravio por la infamia perpetrada en él, la misma acción que continúa el recuerdo de esa fechoría... la venganza del padre abatido y restaurado se ha vuelto dura: el imperio de la autoridad ha alcanzado su punto máximo. (p. 151)

La deuda eterna contraída con el padre: El haberlo destruido en su autoridad jerárquica significó haber perpetuado su imperio soberano, su amplia dominación. Al ser abatido, el padre se immortalizó, ya glorificado y exaltado: Renovación en una personificación de una autoridad más impositiva ¿es esta una sumisión de los hijos a manera de solicitud de perdón o porque el padre, al immortalizarse, ascendió a un imperativo categórico?, aunque creo que la primera opción pudiera en muchas ocasiones tener validez, me inclino en mayor medida por la segunda, la del padre como un imperativo categórico luego de su muerte.

3.7. Pulsiones y destinos de pulsión: subsistencia de mociones pulsionales opuestas

3.7.1. Activo - Pasivo

En *Pulsiones y destinos de pulsión* (1915a), Freud vuelve al estudio de la oposición activo-pasivo, donde hace referencia a la pulsión sádica y la pulsión

de mirar, donde opera “la mudanza pulsional mediante trastorno de la actividad en pasividad y mediante vuelta sobre la persona propia”. (p. 125)

Respecto del sadismo (Freud, 1915a):

“a. El sadismo consiste en una acción violenta, en una afirmación de poder dirigida a otra persona como objeto.

b. Este objeto es resignado y sustituido por la persona propia. Con la vuelta hacia la persona propia se ha consumado también la mudanza de la meta pulsional activa en una pasiva.

c. Se busca de nuevo como objeto una persona ajena, que, a consecuencia de la mudanza sobrevenida en la meta, tiene que tomar sobre sí el papel de sujeto”. (p. 123).

En relación con el voyeurismo, en la página 125 plantea el esquema:

α) Uno mismo mirar miembro sexual	=	Miembro sexual ser mirado por persona propia
β) Uno mismo mirar objeto Ajeno (placer de ver activo)		Objeto propio ser mirado por persona ajena (placer de mostrar, exhibición)

Explica Freud (1915a) que:

La dirección pulsional más antigua, activa, subsiste en cierta medida junto a la más reciente, pasiva,... Todas las etapas de desarrollo de la pulsión (tanto la etapa previa autoerótica cuanto las conformaciones finales activa y pasiva) subsisten (...). (p. 125)

y luego apunta (Freud, 1915a) que “El hecho de que en esa época más tardía del desarrollo pueda observarse, junto a una moción pulsional, su opuesto (pasivo), merece ser destacado mediante el certero nombre introducido por Bleuler: ambivalencia.” (p. 126)

La propiedad de mudar de un par pulsional a su opuesto, aparece aquí como algo inherente a la vida pulsional: el proceso de transmutación, que no se da de una vez y definitivamente, sino como una especie de movimiento continuo que, con todo y que subsista la orientación más antigua, no impide que la más reciente también tenga vida; aquí la ambivalencia como algo que siempre tiene la posibilidad de aparecer. La mezcla y desmezcla de pulsiones es, a mi juicio, precisamente la que da esa posibilidad de transitar de una meta pulsional a otra por completo opuesta, de un objeto de la pulsión a otro.

3.7.2. La ambivalencia como herencia arcaica

Haciendo referencia al ensayo de *Tótem y Tabú* (Freud, 1913-14), indica:

El desarrollo pulsional se nos haría comprensible por la referencia a la historia del desarrollo de la pulsión y a la permanencia de las etapas intermedias. La experiencia nos indica que la cuantía de la ambivalencia comprobable varía en alto grado entre los individuos, grupos humanos o razas. Una extensa ambivalencia pulsional en un ser vivo actual puede concebirse como una herencia arcaica, pues tenemos razones para suponer que la proporción de las mociones activas, no mudadas, ha sido mayor en la vida pulsional de épocas primordiales que, en promedio, en la de hoy. (p. 26)

Aquí la indicación es un asunto de la filogénesis, si bien no indica cuales son las razones por las que concluye que el monto de ambivalencia disminuye con el desarrollo filogenético de modo que es complejo analizar esta cita más allá de que la condición de civilidad va ganando en el psiquismo una menor oposición entre los afectos, así también quizá entre las ideas y entre los actos. La propuesta es que a mayor desarrollo de los procesos sociales, los humanos ganamos una mayor concordancia psíquica, quizá relacionado el declive de los mecanismos del ello, para los cuales la contradicción es no solo tolerada sino parte constituyente del dinamismo psíquico.

3.7.3. Amor y odio

Con relación al quantum de afecto al que corresponde a la pulsión (Freud, 1915a) señala que

La mudanza de una pulsión en su contrario (material)⁷ sólo es observada en un caso: la trasposición de amor en odio. Puesto que con particular frecuencia ambos se presentan dirigidos simultáneamente al mismo objeto, tal coexistencia ofrece también el ejemplo más significativo de una ambivalencia de sentimientos. (pp. 127-128).

Este aspecto de la ambivalencia afectiva de que solo el amor traspone en odio, es compleja de entender si nos acotamos a este texto, ya que habría que tomar en cuenta otras producciones teóricas freudianas a saber, principalmente Introducción del narcisismo, a fin de completar una explicación de la dinámica del amor y del odio.

Antes de abordar la afirmación de que los afectos ambivalentes demarcan en la trasposición del amor en odio, inicialmente en esta explicación habríamos de explicar al amor como un sentimiento de apego hacia objetos libidinizados por el placer que éstos le ofrecen y, al odio también como un sentimiento en este caso de insatisfacción dirigido a los objetos investidos de libido que son causa de displacer. Ambos son sentimientos las más de las veces intensos que resultan de la relación con los objetos libidinales.

Si tanto el amor y el odio transcurren en la vida pulsional del sujeto como montos de afecto resultantes del placer o displacer, la transición del amor al odio se hace posible cuando el objeto amado es provocador de sensaciones displacenteras, de modo que estas alteraciones tienen su acontecer en función de las vicisitudes de los encuentros del sujeto y sus objetos.

La condición de que sean estas incidencias las que revistan la posibilidad de transición del amor al odio en función del placer o displacer

⁷ El trastorno de una pulsión en cuanto a su contenido.

obtenido, indican que los motivos de la ambivalencia afectiva son, en última instancia, del orden de lo pulsional y es así que el quantum de afecto que corresponde a la pulsión, tal como la pulsión misma, tiene esa propiedad de la ambivalencia. No sólo esto, no solo hay un traslado del amor al odio y viceversa, también estos sentimientos pueden coexistir y converger en un mismo objeto.

3.8. La represión: La ambivalencia como el espacio del retorno de lo reprimido en la neurosis obsesiva

En este texto Freud (1915b) señala que en la neurosis obsesiva “Es muy probable que la situación de ambivalencia en que se insertó el impulso sádico que debe reprimirse posibilite el proceso (la represión de las aspiraciones hostiles hacia la persona amada) su conjunto” (p. 151); el apuntar esta posibilidad de que en la situación ambivalente la que haga viable la represión del impulso hostil hacia el objeto de amor, implica un par de cosas: la primera es que hay un conflicto por la oposición entre las mociones tiernas y las hostiles cuando son dirigidas al mismo objeto; y la segunda, el que precisamente sean las aspiraciones sádicas las reprimidas podría ser indicador de en esta represión actúen además de mecanismos del yo, otros procesos superyoicos que serían aquí los que ponen rumbo al tipo de este intento de resolución a la situación ambivalente ya devenida en conflicto.

Enseguida, Freud (1915b) continúa en la explicación de la resolución que al parecer se le da de inicio a la situación ambivalente y apunta:

Esa represión inicialmente buena no resiste, empero; en el circuito ulterior, su fracaso se esfuerza resaltando {sich vordrängen} cada vez más. La ambivalencia, en virtud de la cual se había hecho posible la represión {esfuerzo de desalojo} por formación reactiva, es también el lugar en el cual lo reprimido consigue retornar. El afecto desaparecido retorna mudándose en angustia social, en angustia de la conciencia moral, en reproches sin medida; la representación rechazada se reemplaza mediante un sustituto por desplazamiento, a menudo por desplazamiento a lo ínfimo, a lo indiferente. (Ibid).

En el dinamismo descrito, de inicio la represión se causa cuando el goce que procura la pulsión depara la amenaza de inducir displacer en aptitud de otras exigencias (quizá superyoicas), y la represión se dirige a desbaratar la progresión de retozos sensuales agresivos; pero de alguna manera, la represión no tiene éxito ya que el afecto retorna mudándose en angustia (Freud, 1915b): "...Si una represión no consigue impedir que nazcan sensaciones de displacer o de angustia...ha fracasado, aunque haya alcanzado su meta en el otro componente, la representación..." (p. 143);

En virtud de que la represión no inmoviliza a las representaciones, les otorga de una sostenida persistencia, las eterniza, así se requiere permanentemente de la defensa de la represión como un proceso constante que impide un trámite, de manera que se trata de un constante y fallido mecanismo represivo, en el cual, repitiendo la explicación ya dada del mecanismo represivo respecto de las mociones hostiles en la neurosis obsesiva, la representación rechazada se remplaza mediante un sustituto por desplazamiento, a menudo por desplazamiento a lo ínfimo, a lo indiferente.

La situación ambivalente a resolver la exigencia de la contradicción se intenta por la vía de la represión, más la ambivalencia no se resuelve y así continúa esforzando la continuidad de la represión de aquí que Freud le llame el espacio del retorno de lo reprimido.

Si de esta manera se retorna a lo reprimido por efecto de la ambivalencia en la neurosis obsesiva, no resultaría extraño que el mismo proceso pudiera acontecer en dinamismos diversos del obsesivo, siempre y cuando se den, hacia un mismo objeto de amor, aspiraciones amorosas tanto como otras tiernas.

3.9. Duelo y melancolía: el conflicto de ambivalencia en melancolía

Continuando con el estudio de la ambivalencia en la obra de Freud y en este mismo orden de ideas respecto a los objetos libidinizados causa de placer y de displacer, sigo con el escrito de Duelo y Melancolía, donde Sigmund Freud (1915d) explica que la similitud entre duelo y melancolía, estriba en la pérdida del objeto amado, aunque hace una diferencia entre ellas:

(...) la melancolía (...) contiene algo más que el duelo normal. La relación con el objeto no es en ella simple; la complica el conflicto de ambivalencia. Esta es o bien constitucional, es decir, inherente a todo vínculo de amor de este yo, o nace precisamente de las vivencias que conllevan la amenaza de la pérdida del objeto. (p. 253)

La condición de ambivalencia en la melancolía se da precisamente porque el objeto le denegó su acceso o porque de algún modo este sujeto ya no tiene esa vía al objeto de amor, de modo que el trámite de sus pulsiones no deviene placer, y creo que la transmudación del amor en odio se complica en la ausencia del objeto quedando la agresión dirigida al mismo sujeto en la forma de esos sentimientos melancólicos por el que en esos tiempos hay una drástica disminución del entusiasmo a la conquista del placer y por la ida hacia las huellas némicas de registros de placer que otrora facilitó con su presencia el objeto perdido.

Es importante este señalamiento de la ambivalencia con la posibilidad de ser constitucional, como propio de los lazos amorosos aunque es una condición que ya venía siendo inferida en el estudio freudiano que expone la transposición del amor y el odio. Esta ambivalencia constitutiva es la que embrolla el vínculo con ese objeto perdido, por los sentimientos mezclados, no solo del tiempo de la pérdida del objeto, sino también de cuando aún no se le perdía: la ambivalencia no es exclusiva de la presencia o ausencia del objeto, una vez que el sujeto ha quedado enlazado en un vínculo emocional con éste.

En la melancolía se urde una multitud de batallas parciales por el objeto; en ellas se enfrentan el odio y el amor, el primero pugna por desatar la libido del objeto, y el otro por salvar del asalto esa posición libidinal. (p. 253)

Lo que se explica aquí es como los montos de afecto correspondientes a la pulsión devienen en el amor que insiste, a causa de las huellas némicas de placer, en sostener el lazo libidinal con el objeto perdido y el odio que, a causa del displacer, pretende aflojar y soltar ese vínculo ante la expectativa de la prolongación del displacer.

“La ambivalencia constitucional pertenece en sí y por sí a lo reprimido, mientras que las vivencias traumáticas con el objeto pueden haber activado otro [material] reprimido” (p. 254). Así Freud (1915d) diferencia un tipo de *ambivalencia constitucional* (la que circunscribe estrictamente al orden de *lo reprimido*) y *las vivencias traumáticas con el objeto* (que tienen la posibilidad de activar otro material reprimido); confusiones que generan un amplio uso del vocablo *ambivalencia*, hasta el punto de que a casi cualquier oposición entre pares (de deseos, de sentimientos, de actos, de intenciones, de temores, de pensamientos, de propósitos...) se les llama de este modo ambivalentes y considero que a pesar del inicial distinguo que hace Bleuler en sus vertientes intelectual, volitiva y afectiva, Sigmund Freud privilegió ésta última y le confirió una especial asociación con lo pulsional.

Al señalar la existencia de una ambivalencia constitucional y de otra operación diferente de ésta, creo que está dando a entender que es un material reprimido secundariamente, entonces, lo constitucional reprimido tendría que ver con la represión primaria de las pulsiones del triángulo edípico y que otro tipo de conflictos serían los que se dan causa de las vivencias traumáticas con el objeto y que también activan material reprimido, valga decir inconsciente, si bien no queda claro si este otro tipo de conflictos pueden ser también designados

ambivalentes, al menos no son “constitucionalmente ambivalentes”, pareciera que si, aunque literalmente además de la ambivalencia constitucional, Freud no acredita ninguna otra a menos de la que pudiéramos designar como “general”, que es cuando no le asigna forma o categoría específica alguna.

La cita anterior continúa (Freud, 1915d) explicando que la melancolía cede cuando la investidura de objeto regresa al yo, de alguna manera la fuerza que suelta el lazo libidinal es cuando la balanza se inclina por la acción de las conrainvestiduras:

“Así, de estas batallas de ambivalencia, todo se sustrae de la conciencia hasta que sobreviene el desenlace característico de la melancolía. Este consiste, como sabemos, en que la investidura libidinal amenazada abandona finalmente al objeto, pero sólo para retirarse al lugar del yo del cual había partido. De este modo el amor se sustrae de la cancelación por su huida al interior del yo.” (p. 254)

“Tras esta regresión de la libido, el proceso puede devenir conciente y se representa {repräsentiert} ante la conciencia como un conflicto entre una parte del yo y la instancia crítica” (p. 254) El que el conflicto surgido ambivalente en la melancolía mude de estar mediado entre el ello y el yo, hacia el yo y el superyo, igualmente no se señala si en esta muda conserva su carácter ambivalente o se le puede designar de algún otro modo pero si se indica la continuación de una oposición.

Así como el duelo mueve al yo a renunciar al objeto declarándoselo muerto y ofreciéndole como premio el permanecer con vida, de igual modo cada batalla parcial de ambivalencia afloja la fijación de la libido al objeto desvalorizando este, rebajándolo; por así decir, también victimándolo. De esa manera se da la posibilidad de que el pleito {Prozess} se termine dentro del lcc, sea después que la furia se desahogó, sea después que se resignó el objeto por carente de valor. No vemos todavía cuál de estas dos posibilidades pone fin a la melancolía regularmente o con la mayor frecuencia, ni el modo en que esa terminación influye sobre la ulterior trayectoria del caso. Tal vez el yo pueda gozar de esta satisfacción: le es lícito reconocerse como el mejor, como superior al objeto. (p. 254)

Me parece que en resumen, lo que hace posible la ambivalencia constitucional es el encuentro de investiduras y contrainvestiduras al seno de un mismo sujeto en relación con su objeto o sus objetos, y creo posible que la ambivalencia de sentimientos en la melancolía se resuelva cuando el principio del placer es relevado por el principio de realidad que da cuenta del displacer; Además, localizo aquí la idea de la urgencia del sujeto por resolver hacia algún lado de la ambivalencia el conflicto ocasionado por ésta, la dificultad de vivir entre estos opuestos, así, cada batalla parcial de la ambivalencia, mueve al sujeto a valorizar al objeto o a devaluarlo, esto es, una batalla se gana (o se pierde), cuando toma prominencia uno de los polos del conflicto ambivalente, lo que considero que generalmente no anula ni acaba el polo “vencido”, más sí le da posibilidad al sujeto de deslizarse hacia un estado que, en ese momento, es menos angustiante

3.10. De guerra y muerte

3.10.1. Es designado como “ley” el constructo teórico acerca del sentimiento de ambivalencia que preside los vínculos amorosos más importantes para el sujeto

En este ensayo, Freud (1915e) escudriña el sentimiento hacia la muerte, en tiempos primordiales y en épocas modernas (pp. 294-300), explicando la vivencia de dos “actitudes contrapuestas frente a la muerte - una que la admite como aniquilación de la vida, y la otra que la desmiente como irreal- chocan y entran en conflicto” (p. 299),”. Explica que

La ley del sentimiento de ambivalencia, que todavía hoy preside nuestros vínculos afectivos con las personas a quienes más amamos, reinaba por cierto aún más incontrovertible en épocas primordiales. Así, esos difuntos queridos habían sido también unos extraños y unos enemigos que despertaron en él una porción de sentimientos hostiles. (p. 294).

Al designar “ley” el sentimiento de ambivalencia como aquello que gobierna los vínculos afectivos, está colocando la ambivalencia de sentimiento como algo que además de una condición común de lo perteneciente al sujeto, toma una posición privilegiada para dirigir el dinamismo psíquico por el peso del conflicto de los sentimientos opuestos, por ello aventura que “El más tierno y más íntimo de nuestros vínculos de amor, con excepción de poquísimas situaciones, lleva adherida una partícula de hostilidad que puede incitar el deseo inconciente de muerte” (p. 300). Amor y Hostilidad son así entendidos en una condición de par incluyente en una inmensa mayoría de los sentimientos amorosos, de modo que cuando se viven éstos últimos, se da paso a la condición de también vivir los sentimientos hostiles hacia el mismo objeto de amor.

3.10.2. La ambivalencia del hombre primordial: doctrina del alma y la ética. La ambivalencia del hombre moderno: la neurosis

Explica que “La ley del sentimiento de ambivalencia, que todavía hoy preside nuestros vínculos afectivos con las personas a quienes más amamos, reinaba por cierto aún más incontrovertible en épocas primordiales” (p. 294). En este sentido, sostiene sus conclusiones dadas desde su ensayo *Pulsiones y destinos de pulsión* (1915a), donde propone que la ambivalencia fue mayor en épocas primordiales del desarrollo social de la especie humana, solo que en esta ocasión (Freud, 1915e), amplía su tesis: “Pero de este conflicto de ambivalencia no surgen, como en aquellos tiempos, la doctrina del alma y la ética, sino la neurosis, que nos permite penetrar hondamente incluso en la vida anímica normal” (p. 300), distinción filogenético de la ambivalencia en los tiempos primordiales de la vida en los tiempos modernos:

1. Ambivalencia del hombre primordial: surgida de la doctrina del alma y la ética. Lo que surge de la doctrina del alma y de la ética es lo espiritual y los principios morales que regulan el comportamiento y las relaciones con los demás; de modo que la ambivalencia que Freud asigna al hombre primordial es la que se

desarrolla por consecuencia del dinamismo entre lo pulsional y lo espiritual-comunitario, esto es, aquello que le puede llevar a conflictos con su clan, y por ende, a ser castigado o expulsado, quedando sin el amparo que provee el ser parte de un grupo de referencia.

2.- Ambivalencia del hombre moderno: surgida de la neurosis. La neurosis (como una manifestación simbólica de un conflicto psíquico, éste a su vez producto del desarrollo psicosexual, con sus elementos edípicos como la castración y compromisos entre el deseo y la defensa) lleva intrínseca la amenaza y como se señala, el conflicto pulsional con los imperativos del superyó.

En ambas ambivalencias, es a partir de lo prohibido que van recorriéndose las vicisitudes de la vida pulsional, entre obstáculos-accesos, condenas-absoluciones, permisiones-denegaciones, enmarcados siempre por lo cultural de los medios de protección de cuales se vale el sujeto ante sus pulsiones:

1.- En los primitivos, del horror del incesto surge el tótem como espíritu protector y amenazante, a partir de lo cual nace la exogamia.

2.- En los modernos, de la castración edípica que se ejerce como un freno a los deseos incestuosos, también lleva a la exogamia.

La ambivalencia, en ambas épocas se localizan el conflicto entre el mandato a la renuncia (de lo que sigue el sometimiento ante lo moral de la cultura) y la resistencia a esa renuncia, esto es, la insistencia del sujeto en el goce absoluto, el deseo a la infracción de la ley social que intenta inscribir al sujeto en la cultura.

3.11. Más allá del principio del placer: Pulsiones de vida-pulsiones de muerte, amor-odio

Para cuando Freud escribe el ensayo de *Más allá del principio del placer* (1920), había ya explicado la oposición amor-odio en un aparato anímico regulado por el principio del placer y que es puesto en marcha algo displacentero; en 1920 hay una redefinición a otro dualismo pulsional Freud da cuenta de que no todos los procesos anímicos conducen o buscan el placer, de que existen otras fuerzas que no conducen al placer, como ejemplos, la neurosis traumática.

En este segundo dualismo pulsional, primeramente opone las pulsiones de vida a las pulsiones de muerte, e intenta encontrar la relación de éstas con una segunda polaridad:

El propio amor de objeto nos enseña una segunda polaridad de esta clase que media entre amor (ternura) y odio (agresión)... Desde siempre hemos reconocido un componente sádico en la pulsión sexual; según sabemos, puede volverse autónomo y gobernar, en calidad de perversión, la aspiración sexual íntegra de la persona... ¿cómo podríamos derivar del Eros conservador de la vida la pulsión sádica, que apunta a dañar el objeto? ¿No cabe suponer que ese sadismo es en verdad una pulsión de muerte apartada del yo por el esfuerzo y la influencia de la libido narcisista, de modo que sale a la luz sólo en el objeto? Después entra al servicio de la función sexual; en el estadio de organización oral de la libido, el apoderamiento amoroso coincide todavía con la aniquilación del objeto; más tarde la pulsión sádica se separa y cobra a la postre, en la etapa del primado genital regido por el fin de la reproducción, la función de dominar al objeto sexual en la medida en que lo exige la ejecución del acto genésico. (pp.52-53)

Este es el tratamiento que le da a este último dualismo pulsional en las formas en que el sujeto va hacia el objeto, tratándolo tierna y/o agresivamente, otorgándole al objeto la posibilidad de que ese sadismo sea particularmente dirigido hacia él, que tendría la condición de un objeto idóneo para las pulsiones de muerte devenidas en sadismo.

Continúa:

Y aun podría decirse que el sadismo pausa a salir {herausdrängen} del yo ha enseñado el camino a los componentes libidinosos de la pulsión sexual, que, en pos de él, se esfuerzan en dar caza {nachdrängen} al objeto. Donde el sadismo originario no ha experimentado ningún atemperamiento ni fusión {Verschmelzung}, queda establecida la conocida ambivalencia amor-odio de la vida amorosa (pp.53)

El hecho de que el sadismo enseñe a los componentes libidinosos el camino a la pulsión, es una afirmación de que, en el temprano desarrollo psicológico, son las pulsiones de muerte las que primero buscan al objeto, lo refiere como “sadismo originario”, que es lo que, al ir aún tras el objeto, da la pauta para que la pulsión de vida también dirija sus componentes libidinales hacia el mismo, estableciéndose así la condición ambivalente en la vida pulsional, resultando la mezcla de pulsiones.

3.12. El yo y el ello

3.12.1. La ambivalencia hacia el padre y el Complejo de Edipo positivo o simple

En este texto, Freud (1923) especifica un apartado que intitula *El yo y el superyo (ideal del yo)* en el que vuelve a acentuar los sentimientos ambivalentes:

El caso del niño varón (...). En época tempranísima desarrolla una investidura de objeto hacia la madre (...); del padre, el varoncito se apodera por identificación (...) hasta que por el refuerzo de los deseos sexuales hacia la madre, y por la percepción de que el padre es un obstáculo para estos deseos, nace el complejo de Edipo. La identificación-padre cobra ahora una tonalidad hostil, se trueca en el deseo de eliminar al padre para sustituirlo junto a la madre”. (p. 33)

De nuevo aparece la idea de asociar estrechamente el conflicto edípico a la ambivalencia, donde los aspectos que tienen peso para definir la condición ambivalente son los deseos incestuosos hacia la madre por una parte y por la otra la hostilidad hacia el tercero involucrado en el triángulo edípico; sin embargo, si confluyen ambos en un solo objeto, en el padre, hacia el que guarda sentimientos amorosos y hostiles.

3.12.2. Lo constitucional de la ambivalencia

Sigue Freud (1923) su ensayo indicando que “A partir de ahí, la relación con el padre es ambivalente; parece como si hubiera devenido manifiesta la ambivalencia contenida en la identificación desde el comienzo mismo” (pp. 33-34); Hasta antes de este enunciado pareciera que la ambivalencia sería un desarrollo a posteriori del conflicto edípico, sin embargo, al anotar que es *contenida en la identificación desde el comienzo mismo* la trata entonces como un elemento constitucional, algo que de hecho ya está presente desde un inicio y solo esperara un detonador para que se manifieste en la vida anímica del sujeto.

3.12.3. Bisexualidad y ambivalencia

Si bien cierra el párrafo que hemos estado tratando en el presente ensayo de *El yo y el ello* (1923) con la afirmación de “La actitud {postura} ambivalente hacia el padre, y la aspiración de objeto exclusivamente tierna hacia la madre, caracterizan, para el varoncito, el contenido del complejo de Edipo simple, positivo.” (p. 34), adjudicando hasta aquí la condición ambivalente a la resolución simple o positiva del Edipo, pero más adelante corrige:

(...) Una indagación más a fondo pone en descubierto, las más de las veces, el complejo de Edipo más completo, que es uno duplicado, positivo y negativo, dependiente de la bisexualidad originaría del niño. Es decir que el varoncito no posee sólo una actitud ambivalente hacia el padre, y una elección tierna de objeto en favor de la madre, sino que se comporta también, simultáneamente, como una niña: muestra la actitud femenina tierna hacia el padre, y la correspondiente actitud celosa y hostil hacia la madre... Podría ser también que la ambivalencia comprobada en la relación con los padres debiera referirse por entero a la bisexualidad, y no, como antes lo expuse, que se desarrollase por la actitud de rivalidad a partir de la identificación. (pp. 34-35).

De este modo, la ambivalencia se enmarca en la vida afectiva tanto de sujetos que hubieron resuelto el complejo de Edipo de forma positiva como en los

que lo hicieran de forma negativa, esto es, viene a teñir un amplio margen de los vínculos eróticos y de las elecciones objetales.

3.12.4. Las dos clases de pulsiones, mezcla y desmezcla

En este texto, Freud (1923) habla de la mezcla y desmezcla de las dos clases de pulsiones (de vida y de muerte):

Una vez que hemos adoptado la representación {la imagen} de una mezcla de las dos clases de pulsiones, se nos impone también la posibilidad de una desmezcla -más o menos completa de ellas. En los componentes sádicos de la pulsión sexual, estaríamos frente a un ejemplo clásico de una mezcla pulsional al servicio de un fin; y en el sadismo devenido autónomo, como perversión, el modelo de una desmezcla, si bien no llevada al extremo. (p. 42)

Y luego, al estar teorizando acerca de la desmezcla de pulsiones, elabora lo que en el mismo espacio llama una generalización súbita:

(...) nos gustaría conjeturar que la esencia de una regresión libidinal (p. ej., de la fase genital a la sádico-anal) estriba en una desmezcla de pulsiones, así como, a la inversa, el progreso desde las fases anteriores a la fase genital definitiva tiene por condición un suplemento de componentes eróticos. (p. 43)

También se plantea una pregunta: La regular ambivalencia que tan a menudo hallamos reforzada en la disposición constitucional a la neurosis, ¿no ha de concebirse como resultado de una desmezcla? Pero ella es tan originaria que más bien es preciso considerarla como una mezcla pulsional no consumada.

Lo que Freud aquí plantea es que, si no hay desmezcla pulsional, el sujeto no se extraña de de sus afectos contradictorios y no ocasionan así conflicto, entonces, el precursor de la disposición a la neurosis es un desenmarañamiento entre las pulsiones de vida y las pulsiones de muerte. La mezcla pulsional daría entonces una constitución menos proclive a los neurosis,

en donde los pares opuestos toleran a sus antónimos o bien, desarrollan un dinamismo entre ellos, en el que la existencia de uno no excluye al otro, más bien como una dualidad en la que sin mayores dificultades, la pulsión de vida incluye a la pulsión de muerte y viceversa.

(...) la experiencia clínica nos enseña que el odio no sólo es, con inesperada regularidad, el acompañante del amor (ambivalencia), no sólo es muchas veces su precursor en los vínculos entre los seres humanos, sino también que, en las más diversas circunstancias, el odio se muda en amor y el amor en odio. Si esta mudanza es algo más que una mera sucesión en el tiempo, vale decir, un relevo, entonces evidentemente carece de sustento un distingo tan radical como el que media entre pulsiones eróticas y de muerte, que presupone procesos fisiológicos que corren en sentidos contrapuestos. (pp. 43-44).

Este último párrafo es substancial y si bien es aventurado como una hipótesis (lo que es frecuente en sus ensayos), se localiza en él una idea que cambia radicalmente el sentido de sus entendimientos respecto a la vida pulsional, la que hasta este momento había sido concebida en forma de dualismos de elementos contrapuestos; La alternancia de las pulsiones se daría entonces no solo como el juego entre dos caras de la misma moneda, sino también como la alteridad donde algo se transforma en lo otro, de modo que el odio quizá no sería, en este caso, la antítesis del amor.

3.13. El malestar en la cultura: El odio, la culpa, el arrepentimiento y el amor = aquello que empezó en odio, devino en amor; la ambivalencia en la castración

Transcribo una cita extraída de *El malestar en la cultura* (1930 [1929]):

Pero si se hace remontar el humano sentimiento de culpa al asesinato del padre primordial ¿no fue ese un claro caso de « arrepentimiento », y no vale para aquel tiempo el presupuesto de una conciencia moral y un sentimiento de culpa anteriores al acto? ¿De dónde provino el arrepentimiento?... Ese arrepentimiento fue el resultado de la originaria

ambivalencia de sentimientos hacia el padre; los hijos lo odiaban, pero también lo amaban; satisfecho el odio tras la agresión, en el arrepentimiento por el acto salió a la luz el amor; por vía de identificación con el padre, instituyó el superyó, al que confirió el poder del padre a modo de castigo por la agresión perpetrada contra él, y además creó las limitaciones destinadas a prevenir una repetición del crimen. Y como la inclinación a agredir al padre se repitió en las generaciones siguientes, persistió también el sentimiento de culpa, que recibía un nuevo refuerzo cada vez que una agresión era sofocada y transferida al superyó. Ahora, creo, asimos por fin dos cosas con plena claridad: la participación del amor en la génesis de la conciencia moral, y el carácter fatal e inevitable del sentimiento de culpa. (pp. 127-8)

Hay odio al padre primitivo, pero también amor, amor que Sigmund Freud pone en la génesis de la conciencia moral y ésta en estrecha relación a la culpa que se instituye a partir de entonces.

La imago paterna es una imago que resume en ella tanto la castración como la protección; La castración tiene un doble filo, esto es, corta el goce hacia la madre pero lo hace posible hacia otros objetos, a la vez, le asegura contra las amenazas del mundo, al llevarle a ser tomado ya no por la madre, sino por la cultura, así el sujeto puede funcionar como ser social, asimilando los preceptos a través de los que su transitar cotidiano le deparará más posibilidades favorecedoras del desarrollo como sujeto gregario, y esto solo es a través de rendirse ante la amenaza del padre en un lazo de sujeción que por un lado le limita y al limitarlo le da la opción de una amplia variedad de posibilidades.

Además, el sostenimiento de su autoridad presenta una prohibición y una indicación. La prohibición versa *no puedes tener lo que yo tengo –la madre –* y la indicación dice *puedes tener lo que yo tengo –en la forma de objeto subrogado de la madre –*. Es así que la instauración del Padre como un imperativo categórico que así deviene como (a) figura de castración tanto como (b) figura que, al cortar el placer lo que hacía era dirigirle por caminos exogámicos, esto es, un objeto que, al castrar –en lo endogámico-, daba la posibilidad de gozar –en la exogamia.

3.14. Sobre la sexualidad femenina.

El último ensayo a analizar es uno escrito en 1931, titulado, la *Sobre la sexualidad femenina*, en el que vuelve a hacer referencia al término *ambivalencia* y destruye algunas ideas que anteriormente había desarrollado acerca de ella.

No es ley La ambivalencia de las investiduras de sentimiento

No podemos llegar tan lejos como para aseverar que la ambivalencia de las investiduras de sentimiento sea una ley psicológica de validez universal, ni que sea de todo punto imposible sentir gran amor por una persona sin que vaya aparejado un odio acaso de igual magnitud, o a la inversa. Es indudable que la persona normal y adulta consigue separar entre sí ambas posturas para no tener que odiar a su objeto de amor ni amar también a su enemigo. (p. 236)

Este es el último desarrollo teórico donde hace referencia al término ambivalencia, y lo hace destituyéndolo de la categoría de *ley*, de modo que ya no fue aquí entendida como una regla y así no se espera su existencia constante en la vida emocional del sujeto, con lo que Freud da cuenta de que el dinamismo psíquico no presenta una disposición que le tenga sujeto a la condición ambivalente.

Lo que sí rescata es la idea de que la ambivalencia es como un componente de la vida anímica de los primitivos, que por razón de la evolución hacia civilizaciones más desarrolladas, y que por vía precisamente de esta civilidad, perdió lo ambivalente su categoría de regla:

(...) no tener que odiar a su objeto de amor ni amar también a su enemigo parece ser el resultado de desarrollos más tardíos. En las primeras fases de la vida amorosa es evidente que la ambivalencia constituye la regla. En muchos seres humanos este rasgo arcaico se conserva durante toda la vida; es característico del neurótico obsesivo el equilibrio de amor y odio en sus vínculos de objeto. También

respecto de los primitivos podemos sostener el predominio de la ambivalencia. (Ibid).

3.15. La ambivalencia en Freud

A manera de cierre del presente capítulo, intento hacer un análisis de la construcción freudiana del concepto “ambivalencia” lo cual me hace necesariamente partir de donde Freud lo hizo, de Bleuler, concepción que me es posible acotar esquemática y brevemente en unos pocos incisos:

- Es una de las cuatro características más importantes o síntomas fundamentales de la esquizofrenia,
- Otorga una condición de combinación contrapuesta de un índice positivo y otro negativo
- Presenta tres vertientes: afectiva, volitiva e intelectual.
- No surge un conflicto entre las contradicciones que la constituyen.

A diferencia de la teoría bleulerina de la ambivalencia, su correspondiente freudiana es con mucho más amplia y compleja, difícil de esquematizar por los múltiples aspectos y procesos que en ella intervienen, pero de la cual es viable realizar un análisis a través del cual tratar de comprender con mayor precisión y amplitud sus características:

3.15.1. En relación a lo social

Freud construye una explicación de la ambivalencia en el marco del desarrollo histórico social, que va de los tiempos primitivos a la modernidad, etapas en el que la ambivalencia perdía espacios al irse ganando mayor desarrollo de los procesos sociales:

- La ambivalencia del hombre primordial surgía del horror del incesto a partir de lo que se instauran las figuras totémicas como espíritu protector y amenazante que dirige hacia la exogamia.
- La ambivalencia del hombre moderno se manifiesta en la neurosis: de la castración edípica que se ejerce como un freno a los deseos incestuosos, también lleva a la exogamia.

La ambivalencia es entonces una herencia arcaica estructurada a partir del conflicto entre el mandato de interdicción y la resistencia a esta renuncia, entre el deseo de un goce libre y las sujeciones de la cultura.

3.15.2. En relación al psiquismo

La ambivalencia, como un modo de relación de objeto, hace su aparición desde el inicio de los procesos de identificación y se manifiesta seno del vínculo sujeto-objeto, es parte constitutiva del lazo entre ambos, preside esta relación. Las vicisitudes de los trámites pulsionales que someten al sujeto a vivir montos de placer y de displacer, dando pauta a alteraciones en el vínculo señalado, con un amplio espacio para vivirse en los vínculos eróticos y de las elecciones objetales, disposiciones que vive tanto el sujeto que ha dado una resolución positiva al complejo de Edipo como el que da una resolución negativa.

Los sentimientos ambivalentes se originan en un sentimiento “unitario” que luego resulta bi-escindidos entre ternura y hostilidad, con la posibilidad de que cada uno de ellos mude a su par pulsional opuesto, una alternancia donde algo se transforma en lo otro, en lo contrario, lo cual además de indicar la propiedad de la mezcla y la desmezcla, hace presente la alteridad. Hay en ellos (en los sentimientos ambivalentes) una idoneidad para que la transferencia actúe a manera de resistencia, mostrando que a los sentimientos ambivalentes le corresponde un lugar privilegiado en el psiquismo. Hacer referencia a la transferencia señala la impronta de prototipos infantiles que dejan ver la historia

del sujeto con las figuras primordiales y su actualización en un personaje diferente a éstas y en otra escena.

Siguiendo con los referentes al padre y madre, Freud asocia estrechamente el conflicto edípico a la ambivalencia, donde los aspectos que tienen peso para definir la condición ambivalente son los deseos incestuosos hacia la madre y la hostilidad hacia el tercero involucrado, el padre en el triángulo edípico; es hacia ésta última figura que confluyen los sentimientos amorosos y hostiles del sujeto, ya que la instauración del Padre construye un imperativo categórico que así deviene como (a) figura de castración y (b) figura que le dirige por caminos exogámicos del placer a través de todo un proceso en el que se dan cita sentimientos de odio, culpa, arrepentimiento y amor, distinguiendo a la ambivalencia como un producto de la continuidad de las fuerzas en contienda, a saber, la vida pulsional, las defensas yoicas y la interdicción superyoica.

3.15.3. En relación a lo psicopatológico

Al igual que la concepción bleuleriana, en la postulación freudiana la ambivalencia resulta “normal” en la vida cotidiana de los sujetos y con un especial acento en la enfermedad mental, pero en ésta última, es localizada en la neurosis en general y en la neurosis obsesiva en particular: respecto a lo primero, señala que la ambivalencia se halla reforzada en la disposición constitucional a la neurosis, lo que hipotetiza como producto desmezcla pulsional que haría al sujeto extrañarse de sus afectos contradictorios; en cambio, la mezcla de pulsiones daría una constitución menos proclive a las neurosis.

Las mociones ambivalentes de sentimiento se encuentran al seno de la angustia obsesiva, asociada al divorcio de los pares pulsionales: La represión se echa a andar cuando el goce que procura la pulsión depara la amenaza displacer en aptitud de otras exigencias; pero los efectos de la represión no ofrecen un éxito definitivo ya que el afecto retorna mudándose en angustia. La situación

ambivalente compromete a la represión a resolver hacia algún lado la contradicción, más la ambivalencia no se resuelve y continúa esforzando la continuidad de la represión de aquí que Freud le llame el espacio del retorno de lo reprimido, más allá del principio del placer.

Los fenómenos y procesos ambivalentes están en estos tres incisos, involucrados intensamente a la vida pulsional y a la condición del sujeto como un sujeto de los demás, de grupos a los que pertenece, a sus reglamentaciones y en general, a su cultura.

CONCLUSIONES

Un punto de vista epistémico

Generalmente se ha utilizado el término "investigación" regido por un método que garantiza el rigor de los resultados que le es propio a las ciencias llamadas duras, en cambio, Sigmund Freud se debió inventar su propio método que engarza la investigación a su ejercicio clínico. El que el psicoanálisis sea tanto una teoría del funcionamiento psíquico como una técnica de práctica terapéutica, le coloca en una posición especial respecto a la interrelación de estos, donde se van armando conjuntamente y apoyados simultáneamente uno en el otro. Esto me parece claro al estudiar sus textos en los que es franca la articulación de los elementos teórico, técnico y epistémico. Con esto, no es posible separar hallazgos teóricos de su intervención en la clínica.

Lo estilístico de algunos de sus escritos (por ejemplo, *tres ensayos de teoría sexual, pulsiones y destinos de pulsión, más allá del principio del placer*) exponen una forma de investigación, una manera de recabar, analizar y sintetizar los datos obtenidos, ya de la observación, ya de la clínica; mediante éstas, registra lo que acontece y que para él, dé cuenta de un aspecto de la vida psíquica, luego del análisis de los datos obtenidos, formula algunas conclusiones que muchas veces pone en valor de lo genérico, de aquello elevado a la categoría de ley, vinculando con esto lo teórico y lo clínico, y en todo ello, Freud no se limita a tratar los procesos subjetivos en la experiencia prácticamente pura y sin mediar interpretación alguna, todo lo contrario, si bien requiere del *fenómeno* este se encuentra, en la teoría, elaborado por la reflexión, la elucidación, el comentario y las determinaciones teóricas al respecto con un manejo dinámico estructural y de estructura dinámica de la teoría que se basa andamiajes proveídos por la clínica.

Este intento de empezar las conclusiones con referencia a la metodología de construcción teórica ligada directamente con condición de los conceptos freudianos, se debe a que considero que es precisamente su método de construcción de la teoría psicoanalítica lo que hace que Freud encuentre en la clínica un fenómeno al que luego puede ir analizando de diversos modos y en ese proceso irlo construyendo detalle a detalle.

Respecto al tema que nos ocupa, en 1912 (*Sobre la dinámica de la transferencia*) localiza un fenómeno como la confluencia de sentimientos tiernos y hostiles, que pueden vivirse en cuestión de grados, dando así una condición normal o una patológica y que está asociada a la vida pulsional; con estos datos y elucidaciones, asocia lo observado y analizado a un término recientemente acuñado por Bleuler y le llama así ambivalencia al hacer referencia a esa realidad psíquica de la que pretenden dar cuenta. El anudamiento de teoría, método y técnica, obliga a un continuo desarrollo de cada uno de éstos (teoría, método y técnica), prosiguiendo a cada paso la observación y el análisis, con lo cual, Freud volvió a encontrarse con esa condición psíquica que luego, en diversos momentos fue acercándose a ella desde otros ángulos, principalmente, en relación a la vida pulsional.

La vida pulsional

La teoría psicoanalítica freudiana localiza, en la dinámica y estructura psíquica, un determinante pulsional, la actividad psíquica está centrada en la pulsión, la cual, en su condición de ser el engarce entre la subjetividad y el cuerpo, hace referencia a las vicisitudes del sujeto y sus objetos, al apuntalamiento de su sexualidad y en general, a su condición de sujeto de la libido y de su sexualización desde el autoerotismo a la madurez, marcando la historia de un ser sexuado, construcción histórica que es posible localizar a través del desarrollo psicosexual.

La división en opuestos (activo-pasivo) como un desarrollo en la fase anal, que Freud designa como ambivalencia, indica una segmentación de algo inauguralmente no fraccionado; en esos mismos términos de escisión Freud indica una cualidad de los sentimientos tiernos y hostiles, condiciones que, luego de sufrir la escisión, se oponen entre sí. Es una constante lucha de fuerzas, de la vida pulsional (con su correspondiente quantum de afecto) y su búsqueda del placer, de las funciones yoicas y sus defensas y de la interdicción superyoica. Lo pulsional se mantiene, esforzándose hacia su meta, sosteniéndose la prohibición, la búsqueda de la disminución de la angustia y la insistencia en la adaptación al mundo y sus objetos. Las mociones ambivalentes de sentimiento, eje de una interdicción que hace lazo social al hacer ley, articula al sujeto con sus semejantes, con quienes comparte la condición de castración.

En la serie de convenciones prohibitivas y de la ley como un precepto que, al prohibir, reedita en sujetar el grupo a costa del goce del sujeto, ajustes convencionales surgidos, ya de la doctrina del alma y la ética o ya de la neurosis, que instauran la prohibición al seno de la subjetividad, de vicisitudes pulsionales por el conflicto entre el precepto de resignación a un sujeto indócil. Se está haciendo referencia a lo reprimido. Siguiendo este orden de ideas, habrá que recordar que lo reprimido es del orden de lo pulsional, y que en gran medida la vida pulsional se da en el sistema inconsciente el que, por una de sus características, no le estorba la contradicción, a la que parece tolerar ampliamente y en esta ausencia de la idea de lo antónimo no censura la coexistencia de lo antitético, incluyendo aquí lo ambivalente.

En este dinamismo pulsional, hay desencuentro entre pulsión y objeto, vale decir, entre sujeto y objeto, cada falla en este encuentro va imprimiendo su huella mnémica, permitiendo la reactualización del sentimiento de desvalimiento primario, de la angustiante amenaza del objeto faltante. Huellas mnémicas como improntas objetales, que llevan a tratar a un objeto ausente cual si estuviera, a un objeto perdido cual si sólo ausente.

Sujeto y Objeto

La participación del objeto en la cadena de representaciones a través de la cual se lleva a cabo el funcionamiento mental hace que el sujeto esté sujeto a sus objetos, desde el narcisismo y su objeto (quizá mítico y siempre insubrogable) primario, a la constitución múltiple del yo por acción de la variabilidad de sus objetos, multivocidad de aspectos constitutivos del ser de la que da cuenta en psicoanálisis freudiano, y que en algunas ocasiones es designado como ambivalencia.

El objeto y el sujeto se van construyendo mutua e históricamente de forma múltiple, de manera que muchas veces muestran elementos contrapuestos, si se les quiere llamar, ambivalentes, que es un calificativo usable al igual que otros.

Al igual que la constitución del sujeto y el objeto, los lazos entre estos nunca son puros, están en una constante mezcla y desmezcla de elementos no siempre congruentes entre sí, al contrario, las más de las veces se oponen unos a otros, se contraponen en su intención.

Ilustración: El caso Wagner

Tratar de explicar, a través de los datos de la lectura de la monografía de Vindras, el supuesto de que Wagner, al vivirse como pastor, maestro, dramaturgo, padre, vecino, militante, estudioso de la ciencia, perteneciente a una familia de origen y sodomita (al menos todo esto y quizá ni él mismo tuvo conciencia de cuantas representaciones más le venían a la zaga a la construcción de su subjetividad), se vivía ya en suabo, ya en alto alemán, más no como un ser articulado en ambas lenguas, cada una de las cuales, hablaba de diversos Ernst Wagner, representantes del sí mismo que, muchas de ellas, eran para Wagner

imposible de pensarse en ellas, o al menos, difícil de aceptarse como constitutivas de su variada subjetividad.

El sujeto, en cuanto a conformado en su yo por una serie de identificaciones, se constituye a múltiples imágenes y semejanzas, en un sujeto de todo ello. En este sentido, el que Wagner sea pastor, maestro y todo aquello de lo que pueda decir “soy” no es algo que me llame particularmente la atención, tampoco el que pueda en ocasiones aparecer todo pulcro e impecable y otras veces con heces de vaca en las ropas, o bien, con formas cuidadosas de comportamiento y lo contrario en estado de ebriedad.

El punto al que quiero ocuparme es: Ernst Wagner nació “en suabo”, y “se educó” en “alto alemán”; la matriz que lo engendró (biológica, familiar, cultural y socialmente) hablaba en suabo, pero intelectualmente él nació de otro útero, el de la intelectualidad, la ciencia, los ideales políticos y la racionalidad, matriz que hablaba en alto alemán.

Así, había dos claustros que lo contenían, dos claustros que, parece, se excluían mutuamente, así, no eran, por ello, dos matrices que amparaban todo, uno cobijaba en algo, el otro, cuidaba de otro algo, de uno diferente.

Pero algo contenía o significaba el claustro del suabo para que Wagner lo rechazara abiertamente; No pretendo ocuparme aquí del porqué de ese rechazo de su lengua materna, más bien, mi interés es escribir sobre la posibilidad de que, independientemente del rechazo, Ernst *se sabía* tanto suabo como alto alemán, *se sabía* contrapuesto a si mismo, pero a la vez, *se rechazaba* como constituido en esas parcialidades contrapuestas.

En resumen, tratar su pasaje al acto como un intento de confluencia de todas sus diversidades, para ser tomado por todo lo que es: un suabo que habla en alto alemán, y un alto alemán que nació y siente en suabo; ya se que esto es

contradictorio pero, ¿acaso la subjetividad no se va construyendo a partir de múltiples vicisitudes, y así mismo el sujeto resulta en sí mismo en una contradicción, una conraindicación dada por si misma y a si misma?, al fin, ¿por qué habría de ser imposible que él y los demás escucharan su suabo detrás de su alto alemán y viceversa, dieran cuenta de su alto alemán aún cuando su *hablar* o *actuar* fuera en suabo?

Esto es lo que pretendo desarrollar como mi lectura personal del caso Wagner, la explicación de la múltiple subjetividad de elementos mezclados y contradictorios entre sí y de su angustia de aceptarse en esa constitución múltiple. El objeto causa de angustia fue la amenaza de vivirse dividido, escindido, de su imposibilidad de integración, la que al parecer, solo se dio en el pasaje al acto, en el que se vivió con toda la reflexión del alto alemán en conjunción a todo el arrebatado suabo. Integración más allá de lo civilizado y lo primitivo, construcción abarcadora de su múltiple subjetividad, que exceden a las cuestiones que aparentemente señalan la oposición de elementos ambivalentes.

Freud plantea una condición que denomina desmezcla pulsional, y sostiene que, si no hay desmezcla pulsional, el sujeto no se extraña de sus afectos contradictorios, no habiendo entonces conflicto. La mezcla pulsional ofrece una constitución menos propensa a la neurosis, yo diría a la enfermedad mental en general, ya que en mezcla, los antónimos (e incluso lo que no siendo antónimos pero si diferentes) se toleran o al menos, desarrollan un dinamismo entre ellos, en el que no excluyen, sino que funcionan en un conjunto. En Wagner hubo una desmezcla pulsional, y el sujeto se extrañó de sí mismo.

La ambivalencia

Valencia es lo que tiende a una dirección, forza a un lugar, lleva un sentido, no es algo que pueda ir al norte y al sur a la vez; Sería entonces un término diferente al de ambivalencia el que estaría idealmente nombrando aquello

que Freud designa de ese modo. Por ello, al ir analizando los dinamismos localizables en las construcciones teóricas de sujeto y objeto, así como las ideas de lo que S. Freud entendió como “lo ambivalente” considero que estaba haciendo referencia a fenómenos que sobrepasan a la ambivalencia.

Si se entiende que lo pulsional es marcado por la contradicción, es posible que quepa designarla como ambivalencia, ya que contradicción se refiere a la afirmación y negación que se oponen una a otra. Sin embargo, creo que es más correcto decir que lo pulsional trae como marca constitutiva a la contrariedad, esto es, la oposición que impide o retarda el logro de un deseo, y en este sentido, el término de ambivalencia no abarca en suficiente grado, el fenómeno del que se intenta dar cuenta.

El juego representacional se da mediante los mecanismos del inconsciente, en desplazamientos, condensaciones, proyecciones e identificaciones; Se permite así lo ambiguo y lo mixto, que se vive con una ausencia de concepto de contradicción, por esto, la vida pulsional se topa, más que con contradicciones, con contrariedades al deseo que va tras la revivencia de una huella mnémica de una vivencia mítica de satisfacción pulsional.

De modo que, si bien Sigmund Freud parte de la idea Bleuleriana de *ambivalencia*, cada vez que en su construcción teórica se topaba con fenómenos que consideró, tenían relación con ella, va intentando explicarla y en esta sucesión de explicaciones construye otra idea de aquello a lo que continuaba llamando *ambivalencia* pero que resulta mucho más complejo y diverso para finalmente, llegar a una noción para la que me es imposible sostener el constructo de ambivalencia como el concepto de aquello que intentaba dar cuenta.

Pudiera decir que poco duró el tiempo de convergencia entre la ambivalencia bleuleriana y la freudiana, pero en realidad, considero que desde *los Estudios sobre la histeria*, Freud ya estaba tomando otro camino que en dicho

texto tenía que ver con nociones en torno al *conflicto* devenido de un núcleo traumático; Sin embargo, cuando trabaja sobre su texto *La dinámica de la transferencia*, localizaba *la contradicción* en el dinamismo psíquico y encontraba, al igual que E. Bleuler, cuestiones de grados (en cierta medida, la contradicción es pasadera, más allá de ella, se asocia a desórdenes que en Freud llevaban a la neurosis y en Bleuler era síntoma de esquizofrenia), así le asigna también la denominación de *ambivalencia* y continúa en diversas ocasiones llamando así a lo que localizaba en éstos términos de contradicción, oposición, división, conflicto, contraposición y, en todo ello, localizó la vida pulsional, el dinamismo y estructura psíquica, así como el desarrollo psicosexual que sobrepasaban lo que pudiera ser designado como *ambivalencia* e indican la variabilidad de la subjetividad, el desplazamiento del sujeto en la búsqueda de quien sabe qué objeto, en conclusión, su multiplicidad subjetiva.

LITERATURA CITADA

- Bleuler, E. (1911). *Demencia Precoz. El grupo de las esquizofrenias*. Editorial Horme. Buenos Aires.
- Ferrater, J. (1979) *Diccionario de filosofía*. Tomo 3. Ed. Alianza editorial. Madrid.
- Ferrater, J. (1979) *Diccionario de filosofía*. Tomo 4. Ed. Alianza editorial. Madrid.
- Freud, S. (1897). *Manuscrito G. Melancolia*. Obras Completas. Vol. 1. Ed. Amorrortu Editores. Buenos Aires, 1979.
- Freud, S. (1895). Proyecto de psicología. Obras Completas. Vol 1. Ed. Amorrortu Editores. Buenos Aires, 1979.
- Freud, S. Carta 52; en *Fragmentos de la correspondencia con Fliess*. Vol. I. Amorrortu Ed. Buenos Aires, 1979.
- Freud, S. (1893 [1888-93]). *Algunas consideraciones con miras a un estudio comparativo de las parálisis motrices orgánicas e histéricas*. Obras completas, Vol. I. Ed. Amorrortu. Buenos Aires, 1979.
- Freud, S. (1950 [1892-99]). *Fragmentos de la correspondencia con Fliess*. Obras completas. Vol. I. Ed. Amorrortu. Buenos Aires, 1979.
- Freud, S. (1893) Sobre el mecanismo psíquico de fenómenos histéricos: comunicación preliminar (Breuer y Freud)
- Freud, S. (1893-95). *Estudios sobre la histeria*. Obras completas. Vol. II. Ed. Amorrortu. Buenos Aires, 1979.
- Freud, S. (1898). *La sexualidad en la etiología de las neurosis*. Obras completas, Vol. III, Ed. Amorrortu, Buenos Aires, 1979.
- Freud, S. (1898). *Sobre el mecanismo psíquico de la desmemoria*. Obras completas, Vol. III. Ed. Amorrortu. Buenos Aires.
- Freud, S. (1900). *La interpretación de los sueños*. Obras completas, Vol. V. Ed. Amorrortu. Buenos Aires.
- Freud, S. (1905). *Tres ensayos de teoría sexual*. Obras completas, Vol. VII. Ed. Amorrortu. Buenos Aires.

- Freud, S. (1909). *Análisis de la fobia de un niño de cinco años*. Obras completas, Vol. X. Ed. Amorrortu. Buenos Aires.
- Freud, S. (1910). *Cinco conferencias sobre psicoanálisis*. Obras completas, Vol. XI. Ed. Amorrortu. Buenos Aires.
- Freud, S. (1911[1910]). *Puntualizaciones psicoanalíticas sobre un caso de paranoia descrito autobiográficamente*. Obras completas, Vol. XII. Ed. Amorrortu. Buenos Aires.
- Freud, S. (1912). *Sobre la dinámica de la transferencia*. Obras completas, Vol. XII. Ed. Amorrortu. Buenos Aires.
- Freud, S. (1914[1918]). *Historia de una neurosis infantil*. Obras completas, Vol. XVI. Ed. Amorrortu. Buenos Aires.
- Freud, S. (1913-14). *Tótem y tabú*. Obras completas, Vol. XIII. Ed. Amorrortu. Buenos Aires.
- Freud, S. (1914). *Introducción del narcisismo*. Obras completas, Vol. XIV. Ed. Amorrortu. Buenos Aires.
- Freud, S. (1915a). *Pulsiones y destinos de pulsión*. Obras completas, Vol. XIV. Ed. Amorrortu. Buenos Aires.
- Freud, S. (1915b). *La represión*. Obras completas, Vol. XIV. Ed. Amorrortu. Buenos Aires.
- Freud, S. (1915c). *Lo inconsciente*. Obras completas, Vol. XIV. Ed. Amorrortu. Buenos Aires.
- Freud, S. (1915d). *Duelo y melancolía*. Obras completas, Vol. XIV. Ed. Amorrortu. Buenos Aires.
- Freud, S. (1915e). *De guerra y muerte*. Temas de actualidad. Obras completas, Vol. XVI. Ed. Amorrortu. Buenos Aires.
- Freud, S. (1920). *Más allá del principio del placer*. Obras completas, Vol. XVIII. Ed. Amorrortu. Buenos Aires.
- Freud, S. (1921). *Psicología de las masas y análisis del yo*. Obras completas, Vol. XVIII. Ed. Amorrortu. Buenos Aires.
- Freud, S. (1923). *El yo y el ello*. Obras completas, Vol. XIX. Ed. Amorrortu. Buenos Aires.

- Freud, S. (1925). *La negación*. Obras completas, Vol. XIX. Ed. Amorrortu. Buenos Aires.
- Freud, S. (1926). *Inhibición, síntoma y angustia*. Obras completas, Vol. XX. Ed. Amorrortu. Buenos Aires.
- Freud, S. (1930 [1929]). *El malestar en la cultura*. Obras completas, Vol. XXI. Ed. Amorrortu. Buenos Aires.
- Freud, S. (1931). *Sobre la sexualidad femenina*. Obras completas, Vol. XIX. Ed. Amorrortu. Buenos Aires.
- Garnica, R. (1997). *El botánico del manicomio Emil Kraepelin*. Ciencia y Cultura Latinoamericana. México
- Kraepelin, Emil (1899) que estudia la enfermedad mental por medio de una taxonomía en la que latiniza el término de Benedict A. Morel de *démence précoce*.
- Vindras, Anne Marie, 2002; *Ernst Wagner. ¡Ecce animal!: pastor, maestro, masacrador, dramaturgo*. Edelp. Argentina.